

# VIVIR DOS VECES

JUAN CARLOS ROJAS FERNÁNDEZ



**el silencio**  
EDICIONES

Rojas Fernández, Juan Carlos, 1959-

Vivir dos veces: soliloquios, retóricas del recuerdo y poemas /  
Juan Carlos Rojas Fernández. -- Cali: Universidad Santiago de Cali:  
Ediciones El Silencio, 2021.  
p. 272.

Incluye datos biográficos del autor.

ISBN: 978-628-7501-14-0 ISBN (Digital): 978-628-7501-15-7

1. Poesía colombiana - Siglo XXI 2. Cuentos colombianos - Siglo  
XXI 3. Escritos colombianos - Siglo XXI I. Título

CDD: Co861.5 ed. 23

CO-BoBN – a1081086

**1ª edición:** Octubre de 2021

© **Universidad Santiago de Cali, Editorial, 2021.**

editor@usc.edu.co

Ciudadela Universitaria Pampalinda

Calle 5 # 62-00

Tel: (+57 2) 5 18 30 00 Ext. 324 - 414

Barrio Pampalinda - Cali, Colombia

© **Juan Carlos Rojas Fernández, 2021.**

jrojas\_fernandez@hotmail.com

© **Dibujos de María Camila Rojas, 2021.**

© **Ediciones el Silencio, 2021.**

www.edicioneselsilencio.com

comunicaciones@edicioneselsilencio.com

freya.quintana@edicioneselsilencio.com

Cra. 36 N° 3bis – 25.

Cali, Colombia.

Tel: 3159262539

Preparación Editorial y Diseño:

Marcela Franco - marcelafcb@gmail.com

Juan David Osses - jdosses@gmail.com

Lady Tatiana Olarte L.

Impreso por

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

ISBN: 978-628-7501-14-0



## **CUERPO DIRECTIVO EDITORIAL**

Claudia Liliana Zúñiga Cañón  
**Directora General de Investigaciones**

## **COMITÉ EDITORIAL**

Claudia Liliana Zúñiga Cañón  
Edward Javier Ordóñez  
José Fabián Ríos  
Herman Alberto Revelo  
Mónica Carrillo Salazar  
Santiago Vega Guerrero  
Milton Orlando Sarria Paja  
Sandro Javier Buitrago Parias  
Claudia Fernanda Giraldo Jiménez



Juan Carlos Rojas Fernández nació en Cali, Colombia, en 1959. Estudió Medicina en la Universidad Libre, Cali, 1984. Psiquiatría en la Universidad del Rosario, Bogotá, 1989. Es Magíster en Literatura Colombiana y Latinoamericana, Universidad del Valle 2005. Magíster en Filosofía, Universidad del Valle, 2017. Desarrolla su tesis “*Una mirada desde la filosofía a la locura esquizofrénica*”, cuya publicación se encuentra en curso. Es profesor de salud mental y psiquiatría comunitaria de la Universidad Libre de Cali. En 2006 publicó el libro *La Literatura y el Psicoanálisis: Un intercambio conceptual entre dos saberes*. En 2015 publicó el libro *El hombre de las tres cervezas*, Editorial Universidad Libre. Ha publicado en la Revista Colombiana de Psiquiatría los siguientes artículos: “*Octavio Paz y el surrealismo, una mirada desde el Psicoanálisis*”, “*La Literatura y El Psicoanálisis*”, “*Análisis de los aspectos de la enfermedad mental en Colombia y la formación en psiquiatría.*” Su pensamiento ha girado en torno a temas como lo gremial/sindical; la violencia; la participación política del sujeto en nuestra sociedad actual. Su pensamiento crítico tiene expresión en su blog “Otras ideas” y en la página web de la ACP. En 2012 ocupó el cargo de presidente de la Asociación Colombiana de Psiquiatría. Actualmente se desempeña como coordinador del comité gremial de la Asociación.



## ÍNDICE

<b>Prólogo</b>	13
<b>Poemas</b>	17
Chernóbil	19
El tiempo	21
Diario de dos	33
Mujer araña	37
Las voces de los otros	43
Nadie espera	47
La isla	51
Mujer justa	53
El reloj del quinto piso	57
El otoño	61
A Jairo	65
Un dolor como notas agudas	67
Compañera de viaje	69
<b>Retóricas del recuerdo</b>	71
África	73
Cali, febrero 8 de 1997	83
Corazón para dos	93
Un pueblo olvidado	99
El encuentro de los 40	105
París 2017	127
Adenda	129
Elegí a Carlos Gaviria y a Nicanor Restrepo	131

París	137
Los hijos en el exilio I	143
Los hijos en el exilio II	147
<i>'Je suis Charlie'</i> 'Je suis Jaime Garzón' (Nunca te olvidaremos)	149
Carta a los amigos	159
A la guerilla siempre le faltó poesía	163
A Jaime Garzón	167
Dios es negro	169
Una noche sin luna	171
New York	177
En Anchères, Francia (2009)	187
Bajo la mirada de una luna que no era luna (2005)	195
Asdrúbal	201
A Rafa	205
A Maria Cristina	207
2019 Sobre <i>La mitad oscura de la esfera</i>	209
A mi hija, la maya	205
<b>Soliloquios del fútbol</b>	<b>215</b>
I. Campeonato Berchmans	217
II. Ocho tercios	221
III.	223
IV. Editorial de un desastre	227
V.	231
VI. Viejos sinvergüenzas V.S. Guerreras del futuro	235



VII.	241
VIII.	243
IX. Las barras bravas	245
X. La torcida	247
XI. La fe	249
XII.	251
XIII. Crónica de un partido de la mecha (América de Cali)	253
XIV. Siempre ganamos, antes de un mundial	255
XV. Rusia 2018	261
XVI. A José Nestor Pékerman	263
XVII. Copa América 2019	265
XVIII.	267
XIX. Barcelona, Diciembre 2019 De cómo me di cuenta de la pobreza	269



JUAN CARLOS ROJAS FERNÁNDEZ

## VIVIR DOS VECES

Soliloquios, retóricas del recuerdo y poemas

JUAN CARLOS ROJAS FERNÁNDEZ

*“Quienes vivimos para el goce, vivimos dos veces:  
relacionándonos con el mundo, con humor y poesía.  
Y escribiendo sobre lo vivido”.*



## PRÓLOGO

*“Todo empieza por la poesía...”.*

J. L. Borges

Una crónica de vida, las fracciones de tiempo, las experiencias, la búsqueda de respuestas, el tiempo, la noche y las conversaciones con los amigos, reflexiones compartidas en distancias mínimas. Describo y simbolizo mi entorno, con una apuesta política que ha bebido de la literatura y el cine, hacia un espacio común, con las pequeñas cosas, con la libertad y el afecto que conllevan las utopías y la soledad. Son mis reacciones a las diversas entonaciones que tienen algunas metáforas.

Me uno al dictamen de Shilley, todos los poemas, todos los relatos, son episodios o fragmentos de un solo poema infinito, erigido por todos los poetas del orbe.

Esta compilación de lo que he considerado tiene algún valor, quisiera que lograra el imposible de la integridad y la unidad de una meta. Expresando en la variedad y en el heterogéneo contacto con las palabras, géneros mixtos, expresados desde una vocación iconoclasta, y un diálogo callejero, dedicado a mis amigos y amigas, y a otros hombres y mujeres anónimos desde la soledad de mi biblioteca.

## VIVIR DOS VECES

En un principio copiaba minuciosamente a un escritor, con el tiempo me he confundido con su literatura y a veces ya no sé qué es lo mío y qué es del otro, representante infinito y único de lo universal. Creo en el equiparamiento de las invenciones literarias a las invenciones oníricas.

He procurado apartarme de todo deseo puritano, de tener prejuicios absurdos. Sí, van a encontrar confluencias momentáneas del mundo imaginario y del mundo real, sin misterios pueriles ni secretos insignificantes.

Creo en la transformación a través de la literatura, en el cambio moral del alma, con el vivir en el desorden aparente de nuestro misterioso mundo. Sin negar los símbolos del crimen y la miseria, las sombras del mal que entenebrecen la vida. Lo he intentado con el discernir y el corregir de lo que me aqueja. Mientras la mente siga soñando, nada se habrá perdido.

Consciente de la indestructibilidad del pasado, pues tarde o temprano vuelven todas las cosas, no queda sino el remedio de escribirlas. El haber caminado precavido no evitó la curiosidad de entrar por las grietas, por los intersticios, cayendo en bocas de abismos de oscuridad, y así, ser visitado por la irrealidad y la fantasmidad, reconociendo que solo la escritura enseña el camino de retorno.

Con mi edad, camino con más soltura por el tenue mundo crepuscular, o lunar, el de

las imaginaciones fantásticas. Reconozco mis limitaciones para inventar, a veces pienso que solo llego a describir lo que observo y siento, con un espíritu más bien melancólico, lejos de ser un tejedor de pesadillas, más bien cerca a Chesterton –sabiendo que en el alma hay tintes más desconcertantes, más innumerables que los colores de una selva otoñal–. Lo mío, si acaso, son representaciones de gruñidos y chillidos.

He dibujado en el tiempo una tenue figura, temeroso de ser nadie, alguien que se ha esforzado por entender. Lo de imaginar y sentir, vino después. En esta obra inconclusa, corro a apoyarme en el más grande, Jorge Luis Borges, para ocultar todas mis faltas, y que perdone mi pretensión.







POEMAS



## CHERNÓBIL

Después de todo  
¿podría llamarse pueblo  
si ya no existe el hombre?  
Casas despojadas de historia,  
recuerdos desdibujados  
en un tiempo sin nombre.  
Nadie mira a través de sus ventanas,  
ni intentará abrir sus puertas.  
Solo objetos desnudos de sentido,  
cables que no conducen a ningún lado.  
¿Será pasado o futuro?  
Densa niebla de partículas  
se cuele por cada resquicio.  
Paisaje gris, inerte, desolado...  
camino incierto hacia el vacío.  
Todo está muerto.  
¿Quién ahogó la vida?  
Solo un silencio indiferente  
intenta una respuesta.



## EL TIEMPO

### I

La casa se ha llenado de silencio,  
los recuerdos de los hijos se perciben tan lejanos e  
irreales.

Ahora que estamos tan solo los dos,  
ha llegado en una casita de madera un cucú que  
nos señala un tiempo mágico,

donde tu nombre, Margarita, se hace presente de  
la nada, al final de cada hora.

### II

En aquella casa de campo, ahora tan vacía,  
volví a ver aquel espejo colgado en el mismo lugar  
del tiempo,  
viejo y cansado de guardar imágenes y secretos.  
Te vi de nuevo mirarte en él desnuda,  
vi en el recóndito silencio de tus ojos el abismo de  
la orfandad y la profunda soledad.  
Te oí de nuevo llorar sin consuelo.  
Tu madre ya había perdido la razón y yo que  
nunca la tuve,  
veías el cuerpo mutilado y mi voz tan lejana...

## VIVIR DOS VECES

### III

También el amanecer se agota de tanta rutina...  
como una llama al viento,  
un corazón que envejece en cada atardecer,  
siluetas a lo lejos les recuerdan sus hijos,  
la voz del tiempo anuncia que todo ya ha pasado.

### IV

#### *A Raúl Gómez Jattin*

Siempre que voy a tu tierra, busco tu parque,  
poeta, para sentarme debajo de la ceiba en la que  
acostumbrabas hacer una siesta, ahí justo en la  
Casa Rosada de Bellas Artes, donde te hicieron un  
pequeño pero significativo homenaje, una placa  
que casi nadie ve, es como una pequeña lápida en  
donde está escrito uno de tus bellos poemas.

Te quiero contar, Raúl, el dolor que me dio ver  
cómo se van desdibujando las letras en tu placa, y  
pensar que ya las nuevas generaciones ni te cono-  
cerán; pero me dije, es mejor una placa y no una  
estatua donde las palomas te caguen, pero la rabia  
y el horror no tienen dimensión, mira ahora cómo  
estás, escondido detrás de un orinal público.

V

*A Jack Kerouac*

No aprendí a mendigar,  
mi soplo no logra crear un poema,  
en cambio, en el camino me he encontrado con  
poetas de otros mundos,  
fantasmas que constatan la eternidad.  
Aprendí a escuchar sus voces melancólicas,  
a decir las cosas por su nombre,  
a perder el miedo de morir en vida,  
a deambular por las sombras sin nombre,  
a acostumbrarme a la desolación del reino de lo  
mortal.

No aprendí a robar,  
lo hago con hipócrita vergüenza, de manera sutil,  
a través del dudoso arte del parafrasear.  
En la carretera, en los subterráneos, besé a los  
vagamundos del Dharma,  
conocí a Burroughs, Bukowski y a Bolaño,  
son los fantasmas de viejos mineros que viven  
entre fronteras imaginarias,  
donde el limbo, el purgatorio y el infierno suelen  
tener la misma temperatura.  
Dios, en su infinito silencio, les concedió un per-  
miso especial.  
Guerreros de un mundo infrarrealista, sin norte,  
ni sur ni oriente ni occidente,  
no es preciso saber cuándo arrojaron la brújula  
del tiempo al mar,  
navegaron en la noche, en medio de las  
tempestades,

## VIVIR DOS VECES

con el tormento que conlleva la búsqueda de la  
verdad,  
siempre preñados de peligro, de la inmanente  
locura,  
soñando en cada siniestro callejón,  
ángeles cansados, colgados y olvidados en  
cualquier rincón.

No aprendí a amar,  
un pájaro azul en mi corazón  
que quiere volar, pero canta poquito, solo  
murmullos.

El amor es triste y siempre será una despedida  
más,  
el amor hundido en el desierto, en un lago de  
vacío.

Yo también la conocí y percibí en ella un amor  
rencoroso y triste,  
un amor siniestro y alocado, citado con una son-  
risa tierna y cruel,  
desde entonces nos acompaña el miedo y me cubre  
el manto del desamparo.

No aprendí a leer, ni el tiempo ni el paisaje,  
un horizonte demasiado extenso,  
atiborrado de posibilidades e incertidumbres,  
soy como la mota del polvo de un paisaje árido,  
me abruman el fracaso y la conquista.

La agonía puede matar o sustentar la vida.  
Respiro y sufro todo tipo de dulces tristezas y de  
amargas alegrías,  
anhelo el recuerdo de una santidad perdida,  
de la horrorosa paz y la victoria de la batalla  
imposible,



vivo con la intensidad de poder recuperar y  
disfrutarla, cuando muera,  
el tiempo siempre será la cruz de todos.

## VI

### *A Bukowski*

Cómo extraño al viejo Bukowski,  
noches ebrias de reavivada existencia,  
de *saudade* vive el alma,  
la danza silenciosa, una mujer serpentea abra-  
zando el tubo del bien y del mal.  
Me ofrece una manzana.  
Un amor que ya no es.  
La miro, me acompaña el último cigarrillo, ahora,  
lo coloca en su vagina que succiona con pasión  
melancólica, exhala aros como pompas de jabón.  
La música se ha ido, hay testigos silenciosos que  
saben respetar su arte.

## VII

*“El vagón permanecía, maltrecho,  
donde la escoria recubre el talud.  
Envuelto en hierba hasta los topes,  
las ruedas hincadas en el terraplén.  
Y se convirtió en casa. Vivió...”*

Evgueni Evtushenko

## VIVIR DOS VECES

*A Richard M.*

A través de las ventanas del vagón donde vivías,  
entre geranios de niebla, ocultabas la fría soledad,  
la distancia con los demás era el silencio.

Las paredes empapeladas de planos de pirámides,  
diseños de naves espaciales,  
efigies de pájaros prehistóricos.

Habías aprendido el lenguaje silencioso de los  
pensamientos que navegan a velocidades mayores  
que la luz,

viajes interoceánicos que llevan mensajes  
encriptados,

incomprensibles para el vulgo,

ideogramas de cuevas por descubrir, fórmulas de  
una física cuántica por resolver.

Cartas por enviar a la NASA,

infiltrados de otros mundos nos espían desde hace  
muchos años.

El tiempo estacionado, a la espera de motores  
ingrávidos,

hechos de metales invisibles, de elementos químicos  
ocultos a las tablas periódicas.

Convencido de la existencia de mundos paralelos,  
más justos y solidarios, veías con esperanza una  
condición humana diferente.

Frías noches del sur de Bogotá, las combatías con  
el calor de una pequeña estufa

y con los recuerdos ardientes de una juventud que  
se desvanece en la memoria del pueblo lejano de  
Media Luna.

Noches oscuras y lluviosas, que enfrentas con  
luces de velas,  
el humo y la melancolía provocan  
los silbidos de un pecho que amenaza estallar,  
silbidos que recuerdan el tren que anuncia su partida.  
Noches enteras, sentado con la cabeza entre las  
manos,  
ávido de un oxígeno que se extingue,  
y con la tristeza infinita del tiempo que se agota  
para la construcción de la nave inconclusa.  
Surgen los brazos que rompen la neblina densa,  
son remos de un ser que te rescata de la luz ence-  
guecedora, revelada por los dioses.  
¡Cómo extraño esa mirada especial de ver el  
mundo!

## VIII

“Los tímpanos gimen, y se hunden luchando,  
y tú eres como un tempanito, delgada, lejana.  
Mientras un pedazo de sendero que nos unía  
el río se lleva corriente abajo...”  
Evgueni Evtushenko

Llueve en el parque Monceau,  
hace frío.  
Impasible, no distingo lo que pasa afuera,  
adentro también llueven recuerdos,  
los arrastro como hojas pesadas... briznas en mi  
boca amarga.

## VIVIR DOS VECES

Hay tanta niebla en mi vida.  
La lluvia suena como un acordeón de soledad y  
tristeza.  
Duermo debajo de la escalera,  
el abuelo desciende con un bebé en sus brazos,  
ruedan los dos,  
mi madre inmóvil, la mirada perdida en el infi-  
nito,  
lágrimas llenas de miedo.  
Huyo en la oscuridad,  
y me siento en la banca de un parque>.

Han pasado 50 años... la madurez avanza,  
me derrumbo pronto.  
Hoy estamos aquí de otra manera:  
Los hijos celados en su libertad, pienso en la inuti-  
lidad de los encuentros,  
camino por la rivera del Sena,  
su agua bondadosa acuna las ideas,  
se han ido las sombras móviles de las nubes,  
avanzo precavido, y en silencio, y de nuevo tú.  
Intento seguir tus movimientos.  
La alegría se funde en el azul del río,  
otra vez desaparece el parque Monceau.

## IX

Ella se fue  
y no hice nada para detenerla,  
no sé si ella lo quería,  
caminar a su lado era mi deseo.

El amor en el vértice de una vara de premios,  
el amor en la cima de una montaña lunar.  
La vida colmada de quimeras.  
A veces tú tan grande.  
A veces tú tan chiquilla.  
Es inmenso el vacío.  
Intento liberar de las entrañas su recuerdo.  
Todo se irá en silencio,  
partirán las palabras.

El tiempo se ha detenido  
como un enigma de Chirico.  
El río ya no fluye.  
Saudade del tiempo perdido.  
Cada día que pasa,  
¿cómo sería si no te hubieras ido?

X

*A la tía (María)*

Ayer la vi por última vez,  
me dijo: ¡Qué milagro!  
Guardé silencio.  
Era un dardo de ternura.  
No era fácil para ninguno de los dos,  
sabía que se moría y yo asistía a la segunda muerte  
de mi padre en ella.  
Ya la habían mutilado,  
parecía uno de aquellos pajaritos que apedreaban  
lo muchachos en la infancia.  
Sin una patica y el pico a medias,

## VIVIR DOS VECES

su canto era un murmullo de trino,  
manantial de dolor.  
En la noche y la distancia se permitían algunos  
quejidos con llanto,  
pensando en el crecimiento espiritual.  
Con su cabeza recostada en la almohada,  
sus ojos se resistían al sueño sin tiempo.  
Todo permanecía inmóvil,  
respirando serenidad por su piel.  
No se fue sin despedirse,  
lo hizo con cada uno de sus polluelos,  
que nacieron serios y bravos.  
Comunicando sus últimos deseos,  
ellos habían ayudado a cargar su cruz,  
cada uno a su estilo.  
Era como un pájaro herido,  
de esos que le llevaban a la abuela Justina para que  
lo curara.  
Ahora mi tía vuela como un pájaro libre,  
es la luz de las estrellas y el corazón del agua.  
Su vuelo ha dejado una estela de melancolía,  
que hace difícil respirar sin dolor.  
En sus deseos no estaba el hacer sufrir,  
pero se ha llevado nuestra costilla,  
sin proponérselo...

XI

Historia de amor

*A mis padres*

Vieja, ¿qué se hizo el tiempo de los sueños? ¿Qué ha hecho el tiempo con nosotros? Tengo la sensación de que ya todo lo he vivido.

—Parece que todo pasa y todo queda un poco, mira los hijos, mira los nietos, Chepe.

—¿Te acuerdas, vieja, aquellas noches de frío y temores?

— ¿Te acuerdas, Chepe, de la lluvia y los sonidos del mar?

¿Dónde quedaron los recuerdos de aquellos viajes?

—Tal vez en la piel del alma.

—Es cierto que caminamos los desiertos y los valles,

ahora mismo no preciso bien.

—Sí, bajo el sol y sus noches.

Recorrimos las montañas y los mares,

Bajo la luna y sus amaneceres.

—¿Dónde quedaron aquellos caminos?

¿En qué parte del camino estaremos?

—Ahora solo quedamos vos y yo,

—No te vayas aún, es tan cálido hablar con vos.

Solo los dos caminando, dame tu mano.

¿Vamos hacia el horizonte, cierto?

—Juntos con nuestros pasos lentos y firmes, ahora y siempre...

—Con los sueños y el amor.

## VIVIR DOS VECES

Meciéndonos con el viento,  
arrullados con la música que nunca nos faltó.  
Te oigo a lo lejos, acércate más, tengo un poco de  
frío.

—¿Sí ves, vieja, cómo te quise?

—Sí ves, Chepe, cómo siempre creí en vos.



## Diario de dos

*Día uno (18 de junio de 1992)*

Este diario nace en una tarde en que el lenguaje, con sus palabras, desvela su finitud. Ya la forma de las inflexiones de la voz, su timbre, su tono, el apoyo afectivo que la acompaña, convocan a una interpretación que depende de la historia que cada uno arrastre. Con los vestidos del pasado todo se distrae, se teatraliza, se desplaza. El contenido se deforma, parece otra cosa, no se ve lo esencial, todo es frágil, se va con el viento de la nostalgia, de la rabia, del tiempo. Queda el caos de la inmediatez. Unas rocas en el camino limitan el silencio, la reflexión, nos vemos a través de la neblina de la duda.

El lenguaje del alma es más colindante con la escritura, exige un mayor ejercicio consigo mismo y le permite en su lectura, una pausa, un tiempo, un silencio, pues no demanda una respuesta de lo mismo sino de sí mismo.

Una metáfora puede pretender decir todo o no decir nada y no pasa nada, y con el tiempo revienta, eclosiona en ese mundo interno, donde duerme ese gran monstruo de lo auténtico de cada cual. Es donde duerme la efigie, el oráculo que esclarece, donde las ideas están desnudas y por

nacer, los sentimientos aún no alcanzan a serlo. De pronto, y en cualquier momento, la verdad se revela, se descifra, se traduce.

Te invito a esta y muchas otras posibilidades que nos permitan que la relación crezca y no caminemos con tanto dolor, ni con tantas desgarraduras, ya parecemos zombis sin saber si vivimos o morimos. Tampoco se trata de vivir ilusionados por la alegría, tan efímera ella, tan vana como la caída de una hoja, que no modifica nada, para ella, no hay espacio en la memoria.

Propongo la gran aventura poética del amor, el sentir de sus pasiones, la vivencia de las pequeñas cosas, lo que aparenta ser innecesario. Propongo alimentarnos solo de lo que acompañe, para sobrevivir en este acabadero de ropa, como bien lo dices.

*Día dos (1 de julio de 1992)*

De un mes para acá vivo con el dolor de haber levantado una gran piedra, que me permitió ver una luz en la noche oscura, como una ventana que se abre por primera vez. Soy como el instrumento que hiere, provoca, prueba si el otro está muerto o se hace el muerto.

Me he gastado la vida en fantasías -¿a dónde miras, si estoy a tu lado, soy tu cómplice, tu compañero?-. Procuro no mirarme en el espejo, pues

ya no reflejo nada, ya no escucho la voz que mitiga el dolor, ya no delibero, estoy en mi propio asilo.

Hoy escucho tu tristeza, tu llanto, tu rabia, luego el silencio, y no ha pasado nada, la vida continúa en su rutina, con el tiempo lánguido y el color gris de la soledad, a pesar de todo.

Hay alguien que vive dentro de mí, que solo quiere poseerte, vivo con el horror de tener que verte partir, de saber que tienes una y siete vidas más, en las que no estoy, pues todo y siempre será a tu manera.

*Día tres (15 de julio de 1992)*

Nunca había esperado con tanto anhelo una llamada, saber de ti, cómo vas, oír tu voz, sentir el envío de tus besos que a veces me llegan como un gorrión de carpintero.

Siento la culpa de haberme despedido como lo hice, con tanto egoísmo, sin procurar un espacio para comprenderte. Tanto pensar en ti me distancia, pues cuando te escucho creo que ya te lo había dicho todo.

Hay una estela de heridas que han quedado en el camino sin poder cicatrizar. Un dragón bota fuegos, me consume con tu silencio. Muero en tu lejanía, no soy nadie si tú no estás.

## VIVIR DOS VECES

*Día cuatro (del 12 al 13 de septiembre de 1992)*

En tu inmensa soledad quisiera que contaras conmigo, estaré en aquel rincón esperándote, atento a tu voz.

Si fuera posible aliviarte de tu gran dolor, estaría dispuesto a cargarlo todo, a cambio de una noche tranquila, en la que los sueños sean sueños y no esa vida de mierda que nos cobra todo.

Ha llegado la hora en que los fantasmas salen a caminar y se alimentan de la carroña de nuestras dudas, de los desperdicios de nuestras culpas, de los pedazos de tiempo perdidos.

Si fuera posible salir juntos y sorprender el ojo de la culpa, sujetarla del cuello y escupirle a la cara, estaría dispuesto a ahogarla con todo el odio acumulado de mi vida.

Quisiera brindarte ese apoyo que solo nace de la conciencia de saber que la vida es un valle de miserables, que nuestra mayor tragedia es pensar que hay otra vida mejor. Aun estando seguro de tal promesa, estaría dispuesto a regresar, a cambio de un amanecer distinto, con vos.

Quisiera que nunca olvidaras que soy tu amigo ahora más que nunca. Es la hora de comprender por qué no estás aquí y sí allá, no podría ser de otra manera, porque así son las cosas.

## MUJER ARAÑA

*“La mujer araña es aquella de cabello en(m) arañado y cara ovalada. Es la que suelta una baba blanca (por eso mismo mujer babélica), aparentemente inofensiva, con la que va tramando su encantador tejido...”.*

Rodrigo Argüello

Guardo a mi mujer araña dentro de mí, ella dice que yo estoy dentro de ella, ahora mismo no sé cuál es la verdad.

Recuerdo cómo se inició mi parálisis y posterior desaparición de todo, fue lentamente, como una gota detrás de otra, músculo por músculo, como prendas que se van quitando una a una, primero la piel, luego las mucosas, hasta penetrar en la médula de los huesos. Cada tejido nuevo no era suficiente. Recuerdo su mirada de avidez, nunca satisfecha, una demanda traía otra demanda, de su boca una lengua que se lamía a sí misma, de gusto y a veces de disgusto.

Cada mañana, después del coito, se engullía algo, un brazo, una pierna, un testículo, luego dormía plácidamente hasta el atardecer. Al comienzo se distraía con algunas víctimas, moscas, insectos pequeños, de vez en cuando una mariposa distraída que caía en la red tejida por sus extremidades.

Se balanceaba como en un trapecio, bajándose de un hilo para subirse a otro, yo sabía desde el principio que iba a morir y con inevitable dolor me dispuse a ello. Sin pena ni esperanza de gloria, valía la pena, era tan hermosa, ella de negro con sus ojos dorsales, sus radios que nacían de sus glándulas venenosas, sus ocho patas largas y esbeltas, su telar de oro, era ella una diosa sin ley, solo su propia ley. ¿Cómo quitarme tal tentación? Solo podría accediendo a ella y después morir, sí, morir, así no más.

Recuerdo cuando ella era joven, nadie podía pretender hacerla prisionera. Fue esa inocencia una de mis tantas muertes, encerrada en su pasado, abrí la puerta y su imagen quedó quieta en mi mente, como un flash back me acompaña desde siempre.

A ella le gustaban las reuniones de arácnidos evolucionados. De noche, su caminar era más lento y sensual, recibía señales donde elogiaban su belleza natural, eran otros encuentros, sentía que moría una vez más, le rogaba que no aceptara, que se comiera de mí la mejor parte, la que quisiera, pero yo ya estaba atrapado en el miedo de perderla.

Mi mujer araña habla con misterio, entrecortado, deja puntos suspensivos para ser llenados por mi imaginación. Es un juego en el que ella siempre gana, pues siempre me sorprende a pesar de tantos años. Otras veces habla para no ser entendida

pero sí escuchada, y me enveneno de crueles dudas y de amargos pensamientos, siempre así, mi alma temerosa y desconfiada, y le pregunto: ¿Por qué me has enterrado vivo en esta red? Su lenguaje es antitético, cuando dice: “Te lo juro que no...”. Yo sé que significa, sí, siempre sí.

Hay días en que amanece más irritable, enfurecida por todo, incluso como si la molestara que yo hubiera nacido macho, como si se incomodara en esos días por su condición de haber nacido hembra. En esos días me desgarran a dentellada limpia, luego se pinta los labios y dice: “Una nunca sabe...”. Yo sé que le gusta competir y es buena para rivalizar, para desplumar, para envidiar, “si tú lo haces, porque yo no...”, y se imagina cosas y lo da por hecho y lo cobra por hecho y no hay nada que hacer, porque todo lo controla, incluso mis pensamientos, incluso mis sentimientos. Ella dice saber qué siento por ella, es infalible, todo lo sabe, es así, obstinada, y disfruta ser así, por eso nunca se arrepiente, no podría arrepentirse de nada, porque ha perdido la razón y no entiende de qué debe arrepentirse.

Con frecuencia le gusta mirarse al espejo y actúa como si se proyectara en una pantalla; si no la llamo, no llama; si no le escribo, no escribe; si no la miro, no me mira; si no me ve, no existe, pero a veces también me ve y, de todas maneras, hace como si no existiera, existe toda ella y sus deseos y su voluntad y solo ella.

A veces está alegre y canta y salta en su propia red y se balancea de un árbol a otro, sin cansarse. Le gusta bailar y jugar con las olas del mar y caminar en la playa; entonces le ofrezco la tarde y caminamos entre manos y patas. Corre como el viento y sabe sacar de cada cosa un rostro de hombre, el mío... En esos días, sus ojos brillan y de su cuerpo salen unos vellitos dorados hermosos, su corazón le palpita y los días no le alcanzan, está dispuesta a amar y se deja amar; escribe poemas, se siente amante como la savia del árbol, como el sol creciente... Nos decimos que el lugar de los amantes es eterno, que no es para todos, que hay que merecerlo, y comparte sus sueños literarios, sus fantasías astrológicas, y el techo de nuestra felicidad es el firmamento y los astros están alineados. Ella es tierra y yo agua, y la tierra contiene el agua, y el agua baña la tierra, y soñamos hablando en muchos idiomas y recorremos el mundo.

La locura es libertaria, pero tan cerca del frío, del desierto, la locura se convierte en insania, entonces sus ojos son extraños, su vena frontal se dilata, sus ventosas se esponjan y aparece un pensar social rígido como una bayoneta en posición de guerra, se torna drástica, se entristece, se vuelve rabiosamente triste, se queja de todo, su cuerpo se queja, las noches se vuelven imposibles, sus sueños son intranquilos, llenos de pesadillas y de fantasmas que señalan con un dedo, rostros que hacen muecas, voces que



descalifican, su piel cambia como una hoja amarilla, se mimetiza, se esconde, su fuego se apaga y mi corazón se arruga como un anciano inválido. Se siente incomprendida, nadie la entiende y se hace daño, exuda sangre y se aísla en un rincón de su telar, el más distante, y no quiere saber de nadie, de nada.

Se baña en aguas desechas, las que llevan el color del olvido y solo ve el ojo del agua y la casa gastada, entonces me resisto a creer que es la misma y quisiera decirle que ahora no soy el mismo. Mi mujer araña, hasta en mi alma han crecido callos duros y le comparto este poema:

*“Pobre el hombre  
aunque prolongue su sombra:  
con tantas causas mayores en una sola causa  
y tantos gaiteros en su silencio  
con tanto loco en las manos  
y tribus de mujeres en la mujer amada”.*

Jorge García Usta

Entonces me dice cosas, en esas noches de tristeza, de vigiliass sombrías, en las que hemos bebido juntos muchas veces el cáliz de la amargura, “¿tú crees que la vida y el placer deben ser una sola cosa? Ya te cansarás de gozarlo todo a la carrera y sin reflexionar”. Y yo me pregunto por qué algunas veces está plena de ironía y fogsidad, y otras, tan casta y dulce como la oración de una niña, y por momentos el amor es destrucción,

como si fuera exiliada de algún mundo, que con nostalgia lo recordará, más bello, más seguro, más claro, en donde solo existe lo consciente; y yo de otro mundo lleno de incertidumbres, oscuro, inseguro, en donde lo manifiesto es sospechoso y solo caben en mi mente las oraciones:

*“eres una dulce providencia bendecida con cantos  
y ofrendas de flores,  
eres también una divinidad sombría que reclama  
en holocausto la sangre de aquellos que la  
amamos, muéstrame en qué templo en qué cueva  
se eleva tu altar, en dónde iré a ofrecerte mi  
corazón cuando sufra tu corazón, en dónde  
iré a entregarte mi vida cuando tu vida esté  
amenazada”.*

George Sand

Ahora no sé qué hacer, mi cuerpo ha desaparecido en su estómago, solo me queda un ojo que me lo ha dejado con intención, sin párpado, para que la vea cómo se embellece, cómo sale sin mí, va a la playa, a las islas, a tierras lejanas, y mi ojo se quiere cerrar y no puede, no puedo más con esta larga agonía.

## **LAS VOCES DE LOS OTROS (2010)**

Solo y en su cuarto, sin poder salir, prisionero de sus fantasmas, reiteradamente dibuja en lápiz de color negro lo mismo: sus muebles antiguos, los libros empolvados que ya no le permiten leer, el televisor que nunca prende, la radio que oye con la única emisora posible, todo igual, siempre desde el mismo ángulo, con la misma perspectiva, como si no se diera cuenta de su compulsión por la perfección.

Pero un buen día expresa sus deseos de ocuparse en otras cosas. Acepta entonces la presencia de una profesora de pintura, aprende con facilidad la técnica en acrílico. Solo varias clases después se permite verle sus ojos y aparece el color; un color primario que se desborda en intensidad.

Pinta el cuarto de Van Gogh, tan solitario como el suyo; pinta castillos de países nórdicos llenos de neblina tan lejanos de todo, que pasan a decorar su cuarto; pinta naturaleza muerta y sus vacíos, sus sombras.

Con el tiempo, abre la ventana de su cuarto y sus ojos se inundan de luz y del paisaje que alcanza a ver. Su entorno crece, su bella y adolescente sobrina Antonella le trae las fotografías de sus recuerdos, son casas del barrio San Antonio, la iglesia, las

calles del pasado cuando podía recorrerlas. Trabaja pintando de color gris la casa donde nació, sus ventanas abarrotadas y sus puertas cerradas.

Aparecen también palomas blancas de cabezas inquietas y otros pájaros multicolores; sus primeros seres vivientes. Luego pinta el rostro de su profesora y resalta sus labios con un rojo vital.

Ahora se encuentra concentrado, creciendo en el conocimiento de sí mismo, ensimismado en sus recuerdos que se han convertido en sueños, se imagina que podrá vivir de su trabajo, que es el arte, se imagina sus cuadros en exposiciones. Hace muchos años, Carlos Alberto no soñaba como en aquellos tiempos en que bajo los efectos de la marihuana se acercaba un poco a un mundo posible sin temores ni culpas, ahora se embriaga con su lucidez.

No me acuerdo en qué tarde le pregunté, al calor de unas frías cervezas que compartíamos, acerca de lo que pensaba de la soledad. Noté su reacción de sorpresa ante la inquietud sobre lo obvio y me dijo que él nunca se sentía solo, pues las voces que escuchaba, así lo criticaran y le ordenaran cosas, siempre lo acompañaban, además oía la radio y estaba convencido de que a ellos les gustaba que él los escuchara y que detrás de sus voces había mujeres hermosas que sabían de sus pensamientos y de sus deseos.

Ahora puedo percibir otros universos, otras lógicas paralelas, otros caminos diferentes. Conversar con él es tener conciencia de los límites de mi imaginación. Todo es tan fácil cuando se trata de escribir lo que otros viven.



## **NADIE ESPERA (2011)**

Abro la casa y el silencio me abraza, luego me percató de presencias, de espectros del pasado que me dan una fría bienvenida. Ahora vivo en un mundo en donde todo puede ser posible, el ladrido de mi perro que ya no existe, el gato que frotaba su cabeza con la mía murió en una noche que no paraba de llover, con unos cólicos que lo hacían llorar como un bebé. Ahora escucho sus voces tan reales como las del pájaro que picotea mi ventana al amanecer peleando con su reflejo.

También he hablado con la soledad como a un otro, pero hay días en que no tengo conciencia de que estoy solo. Actuando como un ente sin mayor cosa, respondo con automatismo en la cotidianidad, me sorprende como cuando se es consciente de que la muerte es inevitable. Hay otros días en que la soledad me huele a humedad, a moho, a animal muerto de varios días; esas noches duermo oliendo la falda que ella dejó olvidada en un cajón, como cuando era niño y no podía dormir sin la frazadita que quedaba. El poder que me da el olor a ella, me permite enfrentar el misterio de la noche, es la capa que me protege de los fantasmas. ¿Qué será de mí cuando el olor también se haya ido?

Oigo las voces del pasado, sus risas y llanto, voces de las historias de amor y de desencuentros,

oigo el corretear de mis hijos, recorro sus cuartos ahora vacíos, tan solo habitados por sus osos, micos y jirafas de felpa, sus carros y dibujos en las paredes; veo a la abuela que los abraza y les da un beso interminable y les dice que son su vida.

La tristeza se ha metido por las rendijas de las puertas y por el anejo de las ventanas, se hace presente cuando preparo los alimentos y me dispongo a comer solo en aquel comedor de tantos puestos en donde nunca faltaron los amigos. Ahora ellos están tan lejos y siento la imposibilidad de ser escuchado y tampoco sabría qué decirles.

Todo es silencio y mi oído se ha agudizado, tanto así que puedo escuchar el correr de una cucaracha, la vibración de los bigotes de un ratón, la culebra que se desliza y entra por el portón de la cocina. Temor y rabia siento, estos animales saben olfatear el abandono, la soledad y pretenden poseccionarse del espacio, negando mi presencia. Cada vez una parte de mi cuerpo desaparece, estoy lleno de silencios y ausencias.

Paso algunas noches buscando las cajitas llenas de fotos, incluso intento ver en los negativos la foto que no he visto aún, la foto por tomar. Hay tantos recuerdos para revivir y los hay para olvidar. He intentado exorcizar la culpa de haber amado la locura de creerme libre, de haber hecho daño, de generar sufrimiento y odios como estela que deja el andar.



Otras noches las paso mirándome en los espejos, tratando de reconocirme, intentando crear mundos imaginarios, y solo en mi mente la puedo besar de nuevo. Pretendo escribir un voluminoso libro de estaciones, de comprimidos, de silencios, en donde no habrá capítulos de ruiseñores.



## LA ISLA

Estaba allí, en aquella isla, donde los inmigrantes eran detenidos para ser lavados de la peste. Recuerdo sentir el miedo, viendo sus rostros escondidos, han huido del horror, navegando en un barco a la deriva, sin tiempo, a una tierra prometida. Muy cerca, una estatua de sal, una mujer que no mira hacia atrás, con una llama que simula el viento. Es de noche, la cita pactada anualmente de los alienistas, exige un traje de apariencia, la industria una vez más nos ha uniformado... El vino fluye como un río que disuelve todo a su paso, la conciencia, la historia, las ideas. El lugar está imaginado como una utopía, es un gran escenario que invita a actuar, el guion se oculta detrás del telón, “lo absoluto es posible”. Su estética pareciera ser cómplice del engaño, lo bello sublima la esclavitud. Todo en un instante, es tan real, y en un segundo tan irreal. Frágil y delgada es la frontera. ¿Qué me impide nadar en este mar? La felicidad de lo soñado tan cerca, es el bello carnaval del consumo, es la música de nuestro tiempo. Camino como un sonámbulo, hay tanta abundancia en este lugar, que de repente he perdido el apetito. Solo, en la multitud, no atino esbozar un gesto que se ligue con otro, es difícil respirar y me alejo, escondiendo en mi traje una botella de vino, dispuesto a caminar hacia un horizonte más incierto, más infinito.



## MUJER JUSTA

*¿Cuánto daría por poder vivir sin ti...?*

Maná

¡Cuánto daría por escribir el antipoema perfecto! Escribir, por ejemplo, sobre el amanecer del olvido, sobre el triunfo de la indiferencia, sobre la sombra que cobija la tarde y lo oculta todo, sobre la niebla que todo lo acaricia y después parte sin mirar hacia atrás.

¡Cuánto daría por aprender del dolor de la oscuridad, del color de la melancolía, de la soledad y sus silencios, de la presencia de tu recuerdo!

¡Cómo podría huir de la mirada feliz, de su sonrisa explosiva, del llanto inconsolable, de su caricia en cada uno de sus gestos, de sus pequeños pasos que dirigen el camino de lo prohibido!

¡Cuánto daría por no ver el lado oscuro del alma, de la pasión sin límite, de la tiranía del deseo!

¡Cuánto no daría por reconciliarme con los demonios que me devoran, de la culpa que me asfixia y poder disfrutar la ironía, la insensatez, abrazando las sanguijuelas de mis dudas!

¡Cómo distanciarme del que todo lo tiene claro y poder deambular en el misterioso mundo de la sinrazón, vivir en aquellas profundidades laberínticas donde la luz no alcanza y los gritos se pierden entre los lamentos, el llanto y la risa!

¡Cómo pudiera renunciar a seguir siendo un artesano! ¡Cómo huir de aquel rincón donde se creaba la magia de las palabras, los sueños del mañana, el mundo justo, las utopías necesarias para aguantar la muerte!

¡Cómo deshacerse de las nostalgias, del lugar del encuentro, de la queja compartida, del abrazo sincero, del viernes anhelado, del compañero que ya falleció! Sin ningún adiós, ¡cómo encontrar el barredor de tristezas!

Intuyo mi hora de partir, sin certezas, parece ser el tiempo de las renunciadas, no logro entender la noche. Tal vez el equipaje es más ligero. Ahora, esperar la señal del eterno retorno, quedará entonces alimentar el gran vacío de lo insaciable. La calle está desierta, ya llegarán las historias que acompañarán mi soledad.

Agradezco el frío de sus huesos y el calor de sus besos, no queda sino el frío de la muerte en cada adiós. El tiempo es el mismo como en el principio, nada puede cambiar, además, para qué... el tiempo pasa y la soledad se carga de recuerdos y de presencias.

¡Cuánto no daría por ser el dueño de este verso hermoso!, “vuelve al iglú, no soporto el calor de tu ausencia”.





## EL RELOJ DEL QUINTO PISO

Abro la puerta del 503 B, después de haber pasado por el sótano donde se encuentra el casillero, que hace tiempo está vacío. Recuerdo, entonces, el tiempo en que la correspondencia del amor era a través de cartas escritas de puño y letra. En ellas se podía tomar el pulso de los sentimientos por sus diferentes formas de ser construidas; si la letra se tornaba pequeña, no había seguridad aún; si, por el contrario, desbordaba sus márgenes, tal vez intencionadamente, era un poco mentir, que en cuestiones del amor no es tan grave; si era tenue, se podía pensar en un sentimiento por nacer; si era palpitante, cabía la posibilidad de ser el umbral de la sensualidad o, si era presumida, anunciaba problemas de intensidad. Otra cosa era la espera del cartero, el tiempo podría ser perpetuo. A la distancia se delineaba su cofia inconfundible, su bicicleta de manubrios rectos con una trompetilla de viento, su andar pausado, ¿se detendrá?, ¿pasará de largo? La incertidumbre siempre compañera en el desierto.

Estoy adentro, el apartamento está en penumbra, la luz se fue también en el trasteo, el aire es pesado, aparto la ventana, la inmovilidad de lo inerte a veces no es tan clara, en esta ocasión se hace evidente, lo siniestro por unos segundos, pienso que oiré voces o algo se moverá, avanzo

hacia el escrito hecho en el ventanal de la sala, es de mi hija, lo leo de nuevo, cuando se fue, dejó una huella viva. Recorro cada una de las habitaciones, me sitúo en la mitad, respiro profundamente con la idea de captar el olor de mi gente, sus pertenencias ya no están, ahora es más difícil sentirlos. En el piso, en un rincón, encuentro una fotografía abandonada, trato de identificar quiénes son, en qué tiempo se tomó, creo que se ríen, eso parece, ahora todo lo dudo más que antes.

Me sorprenden sus paredes desnudas, descubro que son de un color blanco intenso y al no tener ningún cuadro que las cubra, se develan los pequeños montículos, los minúsculos agujeros, las manchas de diferentes formas. Intento con sus irregularidades construir imágenes, ya nada se puede ocultar, estas se expresan con decisión y no son flexibles para el imaginario. Se me ocurre por un instante pasar la noche aquí, me acostaría en el colchón que aún queda por regalar y seguramente en los sueños los recuperaría y hablaría con ellos, como en el pueblecito de Coloma de Pedro Páramo, pero me digo, es diferente, ellos sí están vivos, sus recuerdos están muy vivos. Qué tormento es pensar retenerlos en el claustro de una memoria, ya desaparecerán o mejor se irán, los recuerdos deben ser libres como el río que desde su nacimiento en la montaña se sabe morir en el mar y es importante no intentar retenerlos, todo esfuerzo será en vano.

Gotea lento y con sonido sordo, un grifo. El viento en el atardecer golpea la ventana, arrecia, pone el límite entre la tarde y la noche. No hay silencios absolutos, un tic tac lejano, como un latido embrionario, acudo a su encuentro con recelo, descubro un reloj de pared en el zócalo de la cocina, su minuterero avanza con prisa ¿o es su segundero? Mi corazón empieza a palpar a la misma velocidad, qué angustiosa arritmia, qué extraño es todo esto, ¿irá a pasar algo? Desisto de quedarme esta noche, no podría compartir el espacio con algo que se mueve sin ningún objeto, presiento el nacimiento de una revelación. Por reflejo, intento taparme los oídos, mis pensamientos también van al ritmo del minuterero o del segundero, ¿de qué se trata todo esto?, ¿se trata del sinsentido del tiempo que viene marcando este reloj, que ya no es visto por nadie? Desde hace varias semanas ya nadie lo lee, ¿nadie? De todas maneras, miro con desconfianza a mis espaldas, no vaya a ser... Mis palpitations van en carrera de alcanzar el segundero, extendiendo mi mano buscando la pila que le da la vida a este instrumento, regidor de la economía desde el siglo XV. Recuerdo el primero de todos en Praga, con su historia trágica. Su inventor se desprende de sus ojos. Este reloj no tiene ojos para ser visto, sin embargo, camina como si alguien lo estuviera viendo, marca el tiempo para alguien, es como una caja musical en donde de un momento a otro se abre y la bailarina se mueve, y sus notas musicales son de una dolorosa melancolía, marca

## VIVIR DOS VECES

el tiempo que ya no está. Saco la pila y me duele en ese mismo instante el corazón, sufro un fuerte retortijón que hace doblar mi cuerpo, pienso en mi padre y su marcapasos.

Ahora todo es quietud, él también se fue, camino con inseguridad, cierro la puerta con la convicción de que nunca regresaré. Ahora entiendo por qué es necesario mirar hacia atrás, es la tentación por un saber, comprendo el delgado límite con la tragedia, el encuentro con Ruth, los recuerdos son estatuas de sal, todo es posible, quedar paralizado, repetido y en compulsión por morir.

## EL OTOÑO

Cuando estaba solo desde las nubes errantes para abajo, o tal vez de las estrellas para abajo, llegaste tú como un amanecer en mi otoño, recogiendo las hojas caídas de mis sueños, hojas que perdían el verde de la ilusión.

Vuelan mis penas, yo que iba entre el ruido de la noche y la muchedumbre de botellas, tan lleno de miedo y amargura, llegaste tú como si estuviera esperándote sin saberlo. Tan alegremente con el amor nuevo de la primavera.

Venías vestida de esperanza cuando ya la noche vislumbraba su cercanía, como el silencio, con la dulzura que hermana las piedras con las estrellas. Vi flores en tus caderas y palomas en tus ojos. Convirtiendo las lágrimas en risas olvidadas.

El sol de nuevo se ha despertado en mí, la escarcha se desvanece, la hierba renace, mis silencios se llenan de trinos, las sombras se desvanecen, mis secretos se borran de su íntima penumbra.

Llegaste a llenar mis vacíos de paisajes, nace de nuevo el alba y un horizonte de sueños. Todo me asombra, todo es distinto, me alimento de tu fuego y me olvido de la muerte. Resuelvo mi suerte, en pájaros, en vida, en el silencio.

Camino entre los árboles vestidos de tiempo. Mi pequeño sol, reluces de sombra a sombra, claro mundo crecido en luz amarilla. Mi pequeña, la de cabellos de oro, has convertido mi otoño en luz de rocío en aquella casa de sonidos de río, donde las águilas vuelan con libertad.

La música escondida en un rincón de mi alma, devela un acordeón, tibio rumor lejano, se escuchan tus pasos en las playas de un río olvidado. Naces de repente en la alta luz herida de una noche, llegas en las alas de una mariposa amarilla, con el viento de aquel pueblo tan lejano, la Venecia de nuestra tierra.

En tus manos se despiertan las caricias, en tu boca se anidan mis besos, en tu voz, un colibrí se posa.

Las palabras heridas se distancian de sus culpas, nuestros cuerpos se encuentran, se reflejan en el espejo, el agua corre con transparencia, cómplice de lo que se puede olvidar. Todo viene de los bosques encantados.

Cuántas pequeñas cosas me han herido, cuántas espinas en mi camino, cuántos silencios sin espera, cuántas renunciadas de mis sueños, cuántos silencios sin Dios alguno, cuántas pequeñas muertes. Con resignación asumo la vida con sus estaciones de frío y hambre. En la oscuridad se aprende a ver más claramente, los caminos se abren hacia lo más profundo.

Yo crecía. Y crecías tú. Ahora estás conmigo, ya la noche no retiene tu entrega. Por ti soy yo todas tus veces, una palabra basta.

Siempre vuelves. Y siempre estoy aquí, con Tigre, Alf y Negro, esperando tus manos, llenándome de sueños como la lluvia de hojas de un árbol.

Es mi deseo que las ciegas mariposas no se nutran más de tu llanto helado del pasado, no más de mares insondables y musgos devorantes sobre tus hombros. Basta ya de tu angustia humana, de tu inquietud desolada. Seré tu guardián, tu compañero, tu cómplice en el amor, el que abre las puertas de la prisión, libertario de tus fantasmas.





## A JAIRO

No hace tanto, buscábamos las palabras en el vacío,

Qué tanto hace que llevábamos a cuestas, este particular infierno,

con un modo de andar, de sentir, de pensar, de ver las cosas. Un modo de decirnos

cómo acostumbrarnos a nuestras deformidades.

Ahora con tu ausencia solo queda un rastro, unos recuerdos, una pequeña luz, un fragmento de tu alma errante. Has dejado una estela de frío y soledad.

No hace tanto, que viajabas entre el balanceo de las hojas y el llegar e irse de la marea de los libros, aprendiendo del tedio de la intelectualidad para vivir de otra manera.

Cuando los dioses no prestaban oído a tus infortunios, te aferrabas a tu compañera de vida como un Sputnik.

Con el devaneo de tu colosal imaginación, encontraste la libertad, sin dejarte consumir, ni romperte por dentro.

## VIVIR DOS VECES

Con tan solo cierto desenfreno y la risa desbordada, saltabas por encima de la bruma, llegabas como saltimbanqui a un escenario repleto de bufones, a declamar una escena de teatro cualquiera.

La bohemia no te mató, te ayudó a morir, a apagar ese dolor sordo e insoportable que te apretaba los huesos.

Nada alivia la tristeza, ni el conocimiento de la verdad, ni la sinceridad, ni la fuerza, ni el afecto son capaces de al menos señalarnos una ruta de sosiego.

Atravesar el dolor, a la espera de que el tiempo lo haga diferente, mientras llega la cita inevitable.

Adiós Jairo,

Con tu ausencia, se ha talado un árbol más en este planeta cada vez más desértico e inhóspito.

## UN DOLOR COMO NOTAS AGUDAS

*A Mauricio Sadovnick y Doris,  
en memoria de "Papicho",*

A Mauricio Sadovnick y Doris, en memoria de  
"Papicho",

Un dolor como notas agudas de las teclas de un  
piano,

dos notas no más, iterativas, en un tiempo que  
parece estacionado,

al fondo un arroyo bermejo grita su herida,

las notas, gotas de lluvia de un llanto que no cesa

ausencia del hijo que parte de una estación sin  
nombre,

inesperado e incierto es todo devenir,

un dolor sin nombre,

dos notas que te calan en las entrañas, como  
puñales,

dos gotas que repican y repican,

el aire mismo oprime la respiración.

Cómo ocupar el lugar de los padres,

Cómo no llorar en un alabado de coros sin fin.

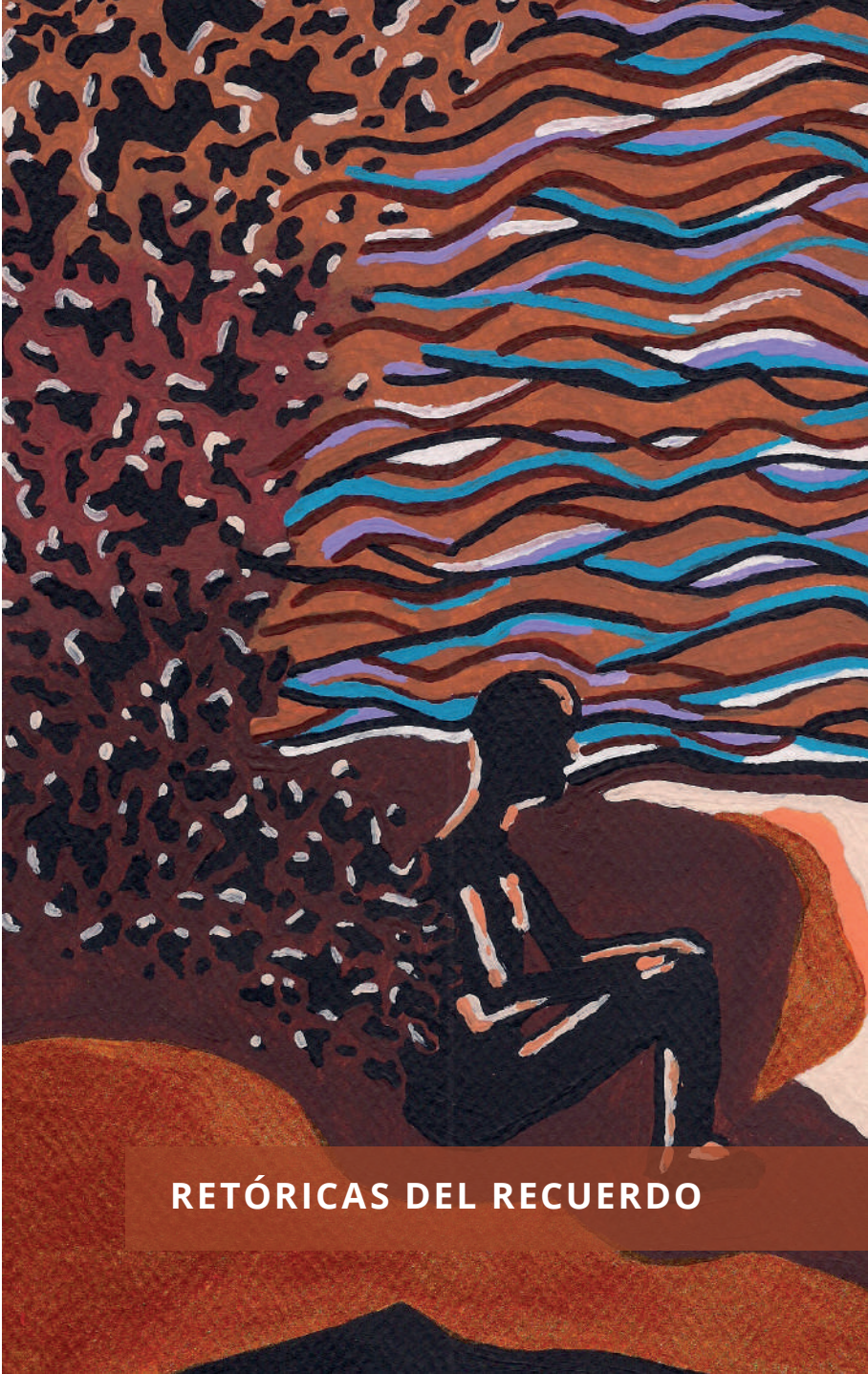
## VIVIR DOS VECES

Qué noche más oscura cubre de frío el alma,  
Ahora todo serán recuerdos,  
saudade de lo que pudo haber sido,  
ojalá toda poesía se convierta en el cuerpo de este  
nuevo hijo,  
acogido ya en un mundo análogo, mundo del sentir  
de la memoria  
donde el sufrimiento ya no es posible.

## COMPAÑERA DE VIAJE

Sueño ajeno que absorbe nuestros sueños  
respirar hondo que los tiñe de azul.  
Compañera de viaje, ahora que tu pelo luce inmaculado como nieve recién caída,  
recuerdas aquellos lugares, plenos de sentido  
Ahora, todo es tranquilo, demasiada belleza para uno solo  
caminemos juntos, detrás de las pequeñas muertes.  
Bajo una recia lluvia, naveguemos en la corriente que sabe de su final,  
dejemos los esfuerzos inútiles, rompamos las cadenas de los recuerdos.  
Una sombra siniestra se expande, los ojos apresados en la negrura del espacio infinito,  
a veces todo impregnado de las miserias y las renunciadas de los sueños  
de tantas personas.  
la habitación como la muda vacía  
una fina capa de piel la envuelve,  
continuemos nuestro camino así  
entrelazadas las manos  
y en medio de este profundo silencio.





**RETÓRICAS DEL RECUERDO**





## ÁFRICA

*República de Malawi, julio de 1992*

### **Introducción**

La miseria tiene el color de la noche, se respira desesperanza. El destino es incierto, se siente la ingravidez en la mirada de las mujeres. La metáfora es lo desértico en la sonrisa de sus niños, las tierras se han marchitado, no es la tierra prometida, los imperios las han reventado.

### **La prima noche**

Reconozco su música, llena de nostalgia como un fado; en sus bailes, la sensualidad es libre, danza de una gran tribu, la ceremonia comienza, el cuerpo es sacralizado para el deseo, las palmeras se abrazan, se fecunda la tierra; alumbrados bajo una luna diferente más blanca, sublime contraste con el color de su piel.

### **Del día de antes**

Deambulan hombres como fantasmas, sin nada que hacer, silenciosos como muertos en vida, sus sueños se han agotado, solo queda un gran vacío interior, es la soledad del ser, del existir.

La inmovilidad se apodera del entorno. Para qué salir, si al regreso mis manos estarán vacías. El aburrimiento se filtra por las hendiduras del cuerpo, se desvanece el alma, no hay nada, pero la nada nunca podrá ser nada, se enlentece el tiempo; hay instantes que se fusionan con el paisaje estático, siempre dando la idea de lo mismo.

Me pregunto sobre el impulso de estar aquí, tan distante de todo y tan cerca de mis fantasmas, ya nada me sorprenderá. ¿La gran aventura? ¿Lo exótico?

África, el origen de todo. No cabe sino en mi alma, alacena de lo imposible. ¿Quién te ha hecho tanto daño, te ha desnudado, te ha quitado tu vestido verde, tu dignidad, tu amor por la vida? No vengas voyeur morboso, sino la vas a reanimar.

Recorro sus estrechas calles, las pocas montañas surgen abruptamente, solitarias, pues no forman parte de ninguna cordillera, están sembradas de leyendas, testigos de lo eterno. El palpitar de tambores me acompaña.

Camino con deseos de conocerlo todo, con deseos de perderme, de volver a empezar.

Ya termina la tarde, las puertas de las contadas fábricas se abren, brotan numerosos hombres y mujeres como un enjambre de abejas, ágilmente se reparten por los caminos polvorientos, por las trochas surcadas de hierba seca, hablan un inglés

mezclado con sus lenguas nativas, lo hacen con rapidez y al mismo tiempo. Me observan con extrañeza. No puedo confrontar sus miradas. Solo los niños me permiten creer que es por mi barba que desconfían, pero es por mi piel, soy diferente.

Su actitud, el tono en que hablan, sus movimientos me recuerdan a sus hermanos que encadenados fueron traídos a mis tierras.

### **Periódico de ayer**

Blantire nace en una pequeña colina que pronto se desparrama como un pesebre en varios caminos, con casas en hileras hasta perderse de vista. Es una ciudad rural, de las más densamente pobladas en África. Hay barrios élite con grandes mansiones, ¿sus dueños?, ingleses rezagados, pastores de iglesias que alientan la fe, gerentes de banco que crean falsas ilusiones, dueños de fábricas que se alimentan de los que tienen fe.

Confluyen los extremos –la pobreza y la riqueza– no hay términos medios. En mi tierra ya hay señales de alarma que anuncian lo mismo.

Cambio dólares por kwachas, observo la dinámica del banco, todo se mueve lentamente, el tiempo interno no permite esperar. Compro sus artesanías de madera, con ingeniosos diseños, de fina elaboración, me duelen sus precios ínfimos, me duele África, pienso en nuestros artesanos y contraste la poca imaginación que tienen los de

mi tierra. De pronto me veo rodeado de un centenar de ojos ávidos de vender, su angustia genera la obstinación. Al parecer, no soy claro. Decido caminar rápidamente, aún la mitad me acompaña, su inquietud ya es mía. Corro. Ellos también lo hacen. Solo pienso en el hotel, hasta en el ascensor un brazo extendido, suplicante, desafía ser aprisionado por las puertas que se cierran.

Esa noche soñé en playas atestadas de vendedores, los semáforos llenos de niños, los desplazados, los improvisados malabaristas, los tragafuegos, los mutilados, los mendigos de profesión, sus manos desesperadas, suplicantes arañan el parabrisas y las ventanas del carro que conduzco. Despierto de nuevo bajo un techo seguro, pienso que no hay nada fuera del alcance de un control remoto, ni calor que se rebele contra un aire acondicionado, ni hambre o sed irresistible ante la nevera-bar. Soy un afortunado. ¿Por qué yo?

### **El día de lo real**

A Liwonde National Park hay tres horas de viaje en un carro ya desvencijado por el tiempo y el maltrato de las carreteras. Se conduce por la izquierda y el carro que viene en sentido contrario da la sensación de venirse encima.

Malawi fue colonia inglesa hasta 1964. Me cuestiono para qué la independencia, si no la podemos sostener con la libertad de una autonomía,

lejos del fundamentalismo de un mercado universal que nos gobierna como una dictadura. Siempre he pensado que nuestra constitución nos ha quedado grande, se pensó para un país distinto, de grandes seres humanos, de sentimientos civilizados. ¡Cómo deseo que nuestros nietos la puedan disfrutar!

Rumbo al Camp Kiuw, la carretera se estrecha mientras más me acerco, y queda una línea de casas de madera y barro a lado y lado. Los niños semidesnudos corren con la esperanza de una moneda, sus mujeres silenciosas con sus faldas de colores vivos como el sol implacable, delinean sus cuerpos, siempre cargan un niño en la espalda y sobre la cabeza un platón de ropa. Caminan grandes distancias para llegar al río. Sacan el agua de aljibes, los hombres aguardan en la antesala de sus casas, con recelo protestan para no ser fotografiados, juegan una especie de parque originario sin dibujos, sin dados y dejan pasar el tiempo. Es tan lento todo.

Se llega al río Shire, tan ancho como el Putumayo y tan claro como cualquier río de los llanos de nuestras sierras, de nuestros páramos. Hay que atravesarlo previa confirmación de las identidades en un retén bajo una palma solitaria. Se oye el gran bullicio de los inmensos pájaros pescadores, siendo su majestad uno tan pequeño como un canario, el malachi, vestido con los colores del arcoíris, de pico puntiagudo, anida en las

plantaciones de bambú que crecen de manera silvestre y circundan el río, nadie como él.

El conductor del boat, como buen ascendiente de los marines de Buenaventura, se olvidó de cargar el motor de gasolina, llegamos remando y con el viento a favor.

### **El día de lo exótico**

Un Jeep extralargo y acondicionado está dispuesto para que los turistas puedan ver sin ser obstaculizados por las cabezas de los otros; las cámaras fotográficas, las videocámaras, el guía, el chofer, los ingleses –no podría haber un safari serio sin ingleses–, un japonés de la National Geographic, solo faltan los animales prometidos, Discovery Channel será una fábula.

El guía comienza a decir: “Desde 1960, por esta zona ya no se ve un león –empezamos mal–, la tierra es seca y a los leones les gustaba esconderse detrás de la hierba alta, que ya no hay”. Es otra manera de ser desplazado, como nuestro oso de anteojos, jardinero de nuestros páramos, a alguien se lo ocurrió convertirlo en abrigo de pasarela.

Tiene su gracia, las gacelas saltando, los antílopes menos asustadizos observan ser observados, los babos desconfiados, los monkies hiperactivos con déficit de atención, luego un hipopótamo solitario con barro hasta el cuello, un elefante

inmenso jineteado por una garza –nos quedaron debiendo los cocodrilos–. Es como un zoo sin rejas.

Llega el atardecer, a lo lejos sus montañas azuladas, el color rojizo del cielo, el agua del río plateada y brillante, las palmeras balanceándose con el viento y el sol a punto de morir. Ya la luna reina, el manto de la noche empieza a cubrirlo todo, solo en este momento me siento en el corazón de África, acompañado por un coro diverso y democrático de pájaros, sapos, chicharras, el lamento de los mamíferos y el firmamento como un telón de fondo, al que no le cabe una estrella más.

### **La noche del insomnio**

¿Qué me pasará?, repaso mis corredores internos, invito a mis culpas irreparables que salgan de una vez por todas, intento limpiar el hollín de mi alma, pienso en mis maestros de buceo del inconsciente. ¿Qué será de su vida? Me doy cuenta de que estoy algo irritable, entonces traigo a mi profesora de yoga, logro relajarme un poco con su recuerdo, oigo la respiración suave de mi compañera, disfruto las curvas que se delinean debajo de la sábana, ella duerme plácidamente como una de las bellas durmientes de Kurowaba. Todos los intentos han fallado, nada me sirve para poder conciliar el sueño, leo un ensayo pesado de Sartre, en otro tiempo infalible. No puedo salir de la cama, pues habría que quitar el toldillo y al otro lado suenan

amenazantes los zancudos, los imagino plenos de malaria –eso lo sé–, ya me había ganado una en el Chocó, pequeña África de mi país. Nada me sirve, entonces invoco a los espíritus de sus chamanes, y en mi desespero les pido perdón y perdono a todos con tal de que llegue el sueño. Entra el alba y he podido dormir algo, a flor de tierra, a flor de agua me he mantenido, hasta que a dos micos les da por darse en la jeta justo en el portón de la cabaña.

Con tanto tiempo, recapacité en quienes padecen de insomnio crónico y me prometí tenerles más consideración. Tarde vine a saber que la droga que me había tomado para intentar prevenir el paludismo era la causante de toda esta noche interminable; ya no había nada que hacer, los había perdonado a todos.

### **El día en Sudáfrica**

En su aeropuerto se siente la opulencia de un pasado, la discriminación racial y su consecuente resentimiento social. La mirada y el trato en algunos es de desprecio, así como alguna vez fueron mirados, mutilados, masacrados –Sharpeville, 21 de marzo 1960. Mueren 69 personas entre hombres, mujeres y niños, cuando protestaban contra el porte de un pase (permiso para deambular por sus tierras)–. Otros fueron encarcelados injustamente.



Me pregunto, ¿qué será de la vida de ese grupo de blancos xenofóbicos que estaban en el poder de aquel nefasto tiempo? Recuerdo que solo fueron recibidos en tierras australianas. ¿Qué podrán hacer con sus odios?, ¿estarán en busca de nuevas víctimas?

Sus huellas de haber sido maltratados se reproducen con el paso de las generaciones. El ser humano abusado lucha por no convertirse en un abusador, a veces no logra despojarse de tal identificación. Pienso que las nuevas generaciones no están dispuestas a volver a ser maltratadas.

También nacieron nuevos cristos, como Mandela, Tuto, hombres y mujeres humildes que redimen. Pienso también en nuestros líderes comunitarios, que tienen la virtud de perdonar a pesar de haber vivido en encierros injustos, en espacios inhumanos, realizando trabajos sin sentido, pero sus convicciones con las ideas de libertad y la cercanía de la poesía del mar a través de sus ventanas abarrotadas, los salvaron de morir en vida, envenenados por el rencor de la impotencia.

Atesoro este mensaje de esperanza que hay en la bondad, mientras vivamos con la presencia de uno de ellos, siempre habrá una nueva posibilidad.

Hoy me despido de ti, África de mi alma.



**CALI, FEBRERO 8 DE 1997**

*A Sandro*

Mi estimado autor, acabo de leer Oraciones a una película virgen, en dos enviones y a palo seco. Diferente estado me acompaña ahora que me siento a escribir, me aperé de cervezas, buena dosis de saudade, y dando un sorbo a las ánimas, brindo por la adolescencia que ya se fue, por el sinsentido, por las miserias de esta vida, por las ausencias que nos fortalecen.

Fue un gusto descubrir que en vos también existe el gran placer de quejarse por todo, el poder revitalizado del onanismo como el único remedio curativo de la resaca, creer en la marginalidad como la única certeza, como lo es también el desamparo y la soledad. Solo nos queda el inevitable compromiso con nosotros mismos.

¡Que el amor no existe! ¡Te la echaste, bacán, la sacaste del estadio! En vos renace Andrés Cai-cedo, el de las quejas infinitas, quien se negó a salir del paraíso ya perdido y a ser adulto. ¡Drogo de mierda, cómo nos hace falta! Desnudaste la psiquiatría y, sin proponértelo, quedaron como

“maricas de playa”, con el conocimiento atravesado en el colon, como un bollo compacto sin poder parirse, porque ya no hay ideas, ni imaginación. Los últimos pensadores ya se fueron.

Hermano Sandro, insuperables las escenas de amor y sexo. Hernán Hoyos te quedó pendejo, él nunca pudo descubrir que en las gordas, tetonas, histéricas e inteligentes está el único picante que vale la pena sufrir y gozar.

También percibí un Jacques Prévert, camuflado en la ironía y el cinismo, en el guion que es más de teatro que de cine, a mi juicio ignoto. Estás hecho de una pasta, mezcla de Woody Allen y el perverso Pasolini.

Cali la bella, otra eterna adolescente, por eso mismo le importa un culo destruir su arquitectura histórica, siempre nueva, cada generación la hace, vive a la moda, tiene la profundidad de una actriz de telenovela del mediodía, venezolana o mexicana. Ojo, soy fan de las brasileras, ahí hay sensualidad sin sobreactuaciones.

Ni qué hablar de tus capacidades de mercado Marraquech, escribes 488 nombres auténticos, caleños amantes de la fanfarronería, venta segura, la edición se agota, todos quieren verse. 486 no leen sino la página donde aparecen, menos mal, porque si leyeran la hoja anterior, los más limítrofes entenderían y echarían el libro por el sanitario,

avergonzados por tus insultos, a excepción de unos pocos que no lo pueden votar por la lealtad.

Metáforas “Hit”: “Turistas de sus propios recuerdos” o la del “caucho estirado” al soplarse un maduro con queso, ahí me convencí de que no eres un escritor que vive a través de la ventana, sino que te has metido en el fango.

Ni sospecharlo de aquel niño flaco, lleno de barro, silencioso y arrinconado en el salón escolar del Aguacatal, con camisas mariconcitas bordadas de rosadito, por una madre acuciosa. No te quedaba otra opción que ser intelectual, hermano. El poder hecho discurso, como posibilidad de conquista.

Qué salto al verte varoncito en medio de esa cuquería alborotada del colegio Sagrado Corazón, niñas de bien para el bien supremo. Bien, hermano, ahí te la echaste por primera vez y te confieso que por primera vez te envidié.

Fue cuando decidí comenzar a leer y pasar la materia sin dejarme tocar las piernas del buen profesor de literatura. Desde entonces, por imitarte a condición de conquistar mujeres, me volví “culo”. De tal carga no he podido aliviarme, las mujeres me caen como moscas, ahora es más difícil espantarlas, lo he intentado todo, incluso simular que tengo una terrible enfermedad terminal y contagiosa.

Por eso me conseguí una amante hermosamente posesiva, que me vigila como guardián de cárcel alemana y se encarga de espantar a cualquiera que intente acercarse, reúne las cualidades anteriormente descritas de la gorda que aparece en Siete bellezas, de la Cavani.

Tal confesión con tintes de idealización –te aclaro de una vez por todas que no tengo ningún interés inconsciente del que tuvo Sergio Aragonés con Felipe Pardo, ¿OK?–. Haciendo a un lado dicho impase de asociación libre, quiero continuar diciendo que me jodiste con la duda, ¿los Piedras Rodantes estuvieron en Cali? Es probable que dicha incertidumbre tenga que ver con el hecho de que el libro que antecedió el tuyo fue Cien años de soledad. Ahora mismo no sé discernir entre la realidad y la fantasía. Entre el señor de Aracataca y vos me han vuelto un dominguillo, ¿o ya lo era?, no sé.

Esta reseña podría extenderse hasta 389 páginas, pero no pienso vengarme de esa manera.

### *A Andrés Caicedo*

Su nombre, Andrés Caicedo. Con 25 años de edad, de profesión escritor y crítico de cine; soltero, vive con sus padres y una hermana menor en un barrio de élite en la ciudad de Cali (Colombia), de donde es natural. Su escolaridad comprende

el bachillerato académico y diez años de cultura autodidáctica. No tiene una religión oficial, cree en un Dios interno y, además, mantiene una relación mística con su trabajo.

Andrés tiene como antecedentes varios ingresos en clínicas de reposo por presentar cuadros clínicos de características psicóticas, delirios de grandiosidad, se cree un genio de la escritura y del cine, se ilusiona con tener un cine club en donde todos los jóvenes de la ciudad participen. Mantiene una idea perseverante de lo anárquico como único sistema político, lo cual lo ha llevado a tener grandes dificultades con la autoridad. Se torna fácilmente referencial, se cree perseguido y es maltratado por los psiquiatras que lo han venido tratando. En sus palabras: “Los coloquios con los psiquiatras son bastante molestos; uno de ellos, por ejemplo, volvió mierda todos mis artículos en Ojo al cine, y está dispuesto a que a mí se me quite la idea de creerme un genio”.

Alucina con las películas, adopta la identidad de sus personajes, simula coitos con las actrices de su preferencia. Cuando se siente confrontado, vomita y pierde el control de sus esfínteres. Se hace llamar “la princesa”, no puede conciliar el sueño, permanece en un continuo de ensoñaciones diurnas y nocturnas. Además, desde los 13 años consume sustancias psicoactivas, y él lo resume así: “Marihuana en especial, cocaína por joder la vida, porque no me gusta, Benzedrina, Ritalina y,

sobre todo, el Valium que me quita la tartamudeadora de la que padezco”. Dos intentos de suicidio que los relata así: “A eso del 26 de mayo cometí un segundo intento, me tomé 125 pastillas de Valium 10 y si no es por mi hermana que estuvo oportunamente, me toteo. Hacía 15 días me había tomado 25 de las mismas y cortado las venas con toda la seriedad del caso, mi familia decidió internarme. Motivo cumpleaños No. 25 y terribles celos por Patricia, infundados todos, pero es que es la primera vez que me enamoro y la experiencia ha resultado tenaz”.

Relata su experiencia con los antipsicóticos tradicionales, en su diario y en una carta que le envía a un amigo que estaba por ver, para después compararla con su vivencia con el antipsicótico que recibía, que es lo relevante de este caso clínico que quiero compartir con mis colegas.

### **“Cali, julio 28**

He aquí lo que siento, ya casi al mes de haber sido inyectado con Prolixin: Antes que todo, imposibilidad de demostrar o sentir emociones, como ira o felicidad, lo único que puedo hacer es caminar de un lado a otro, o dormir bajo el efecto del Fenobarbital. Tampoco puedo leer y a duras penas escribir. Me dicen que el efecto dura 15 días, pero llevo mucho más. No puedo demostrar afecto, no puedo hacer el amor, soy como un ente que tiene dentro de sí una droga destinada a pensar bien. Realmente nunca me había sentido tan mal en la



vida, nunca ni en mis peores intoxicaciones con drogas peligrosas no formuladas, por las tardes me da una nostalgia terrible de mis anteriores estados de ánimo, y apenas abro el ojo por las mañanas, una profundísima tristeza del poco margen de actividad que me depara el día. Incluso el cine, que era uno de mis espectáculos preferidos... no me es posible estar una hora y media o más en una butaca, a la media hora ya estoy inquieto deseando salir... y no soporto la compañía de las personas, porque implica raciocinio, conversación, y no estoy dispuesto para ninguna de las dos... me da pena que me vean en este estado. Si uno no puede ni leer ni conversar ni pensar, entonces, ¿qué es lo que queda de uno? ¿Quién soy yo? Las cosas que antes me movían hoy me dejan por fuera, como si yo fuera un extraño a ellas. Y si estoy sintiendo esto con solo dos inyecciones y unas cuantas tabletas de C... ¿cómo hubiera sido con más? ¿Será que ya no hay remedio? ¿Será que ya me cambió el metabolismo? ¿Será que esta droga terrible se queda en el organismo y lo deja a uno sin oportunidad de nada en la vida?...".

**Dos años después, en su diario escribe lo siguiente, después de haber cambiado de psiquiatra:**

**"Julio 2 de 2000**

Me conseguí un nuevo loquero, este se parece un poco a mí, lo he visto en cine y en tertulias literarias, además lee lo que escribo y me escucha, me propuso un nuevo medicamento condenadamente

## VIVIR DOS VECES

caro, es como si las multinacionales de la industria farmacéutica no tuvieran ni idea de lo que puede pasar en un país tercermundista, se llama S..., con esta droga sí habrá remedio, mis amaneceres serán distintos, caminaré con mi propio ritmo, podré pensar y relacionarme mejor con las mujeres, las entenderé más y esto sí será mucho que decir. No volveré a ganar peso, ya no oiré las voces y haré el amor con amor... luego desperté con una profunda decepción, todo era un sueño”.

El paciente nunca se reintegra al trabajo, no pudo dejar de ser anarquista, continúa siendo irreverente con las figuras de poder, por más que lo intentó su psiquiatra. Mantiene cierta socialización, permanece felizmente soltero, devengando sueldo de hijo y sus padres viven contentos con él, a pesar de que el psiquiatra les dijo que eso no era lo adecuado.

### *En lista de espera*

Hoy logro entender la querrela tan angustiada de intentar sacarte la muerte a los totazos, por los oídos, por las fosas nasales, por cada orificio de tu cuerpo, buscando el espíritu que siempre te atormentó, una enfermedad sin tregua, una adolescencia de abismos y corredores sin luz.

Solo la marihuana, el cine, tus novelas cargadas de automatismo mental, fueron paliativos en tu soledad y en aquel silencio de Dios. Pero curiosa

es la vida, ahora eres inmortal, si hubieras sobrevivido en tu último intento, a estas alturas serías un viejito desvergonzado, de esos que se la pasan echando piropos a diestra y siniestra a cuanta mujer bonita vieras, acosándolas por la sexta, por la quinta, por San Nicolás, por toda Cali, a la que tanto quisiste.

He de contarte que ellas aún se desplazan con el mismo tumbao de la brisa al atardecer, sonriéndote al caminar y mirándote de frente. Te veo bailando cubierto de salsa, del chachá, de la charanga, o moviendo tu cabeza al ritmo de un rock tan lejano ya.

Y si vivieras ahora, serías un viejito de esos que se fugan de los ancianatos del Cali-calabozo, que son tan grises y aburridos, pues no te imagino haciendo sopas de letras, ni viendo telenovelas mejicanas, nada que se parezca a una tarde lánguida o a una noche insomne de imaginación.

*¿En dónde estás, Andrés Caicedo?*

¿Pues dónde vas estar?, en la plazoleta Jairo Varela, fumandote tus porros, ahora que son medicinales, en tu tiempo tan satanizados, estarías lanzando discursos de manera impetuosa y apasionada como “Guerra”, criticando a los de tu clase, o tal vez tendrías una vejez parecida a la de “Mayolo”, pero nadie te respetaría como le pasó a él. Y mira ahora, tú inmortal y yo escribiendo de vos, siendo un

## VIVIR DOS VECES

sencillo loquero que espera, con la confianza de un amanecer distinto y pueda tomarme una cerveza con vos. Ahí te mandamos a Luis Ospina, sano y salvo del mercado mezquino de los poderosos.

## UN CORAZÓN PARA DOS

*Diciembre 26, 2008*

He corrido de nuevo una prueba de fondo, esta vez la del Río Cali, fueron 10 km. El correr sin importarme el lugar que ocupe, se me ha convertido en una manera de orar. En esta ocasión ofrecía mi corazón que ya pronto cumplirá 50 años, un corazón que funge de haber amado con intensidad, pasión y locura, ya un poco cansado y aporreado de estas faenas, pero aparentemente aún en buenas condiciones, por el de mi padre que cada vez sus latidos son menos sonoros. Presencí su ecocardiografía y el colega con alarde pedagógico me explicaba cómo su sangre se devolvía cuando debía ser eyectada, cómo sus válvulas se estaban volviendo insuficientes, cómo su parte derecha estaba tan dilatada que ya era difícil recuperar sus fuerzas. A mi sentir, el colega se excedía en detalles. En esta oportunidad, entender era una manera de entrar en agonía, era del corazón de mi padre del que estaba hablando delante de él y de mí, sin percatarse de lo que pudiéramos sentir. Para este gran experto en la viscera cardiaca, como para tantos otros colegas, la medicina le ha servido para esconderse del encuentro irremediable con la enfermedad y la muerte, con

los sentimientos de sus congéneres, algo así como decía el maestro, “el que se muere es el otro”, no yo.

Convencí a mi hermano, que en una época fue buen atleta, ahora casado y con el abdomen abultado, signo de que lo cuidan, a que me acompañara, intuía que eso de estar en los últimos puestos de la carrera produce tal sentimiento de soledad que hace difícil tolerarla. Partimos en la noche, estaba fresca, acababa de llover, el pavimento mojado es menos duro, o por lo menos da esa sensación.

Con el entusiasmo de hacer una buena carrera, había quedado de encontrarme con mi amigo, el psicólogo, bastante repuestico, tal vez alrededor de unos 100 kilos. Los patrocinadores nos habían dado unas lucecitas para colocarnos a manera de collar, como si nos pudiéramos perder en aquella penumbra y en la compañía de unos 3000 atletas consumados, de ambos sexos. No entendía por qué la diferencia económica entre mujeres y hombres, en los premios prometidos a los tres primeros puestos. Las mujeres recibían como la tercera parte. Estaba convencido de que el esfuerzo es mayor para ellas por tener menos masa muscular, además, era la misma distancia. Bueno, pensaba para mis adentros, si me entrevistaban, lo diría en señal de protesta.

Partimos a las siete de la noche, después de varios intentos fallidos. Me hice adelante del grupo para tener la sensación de que, por lo menos

en el primer kilómetro, correría incluso con los de la élite. Ya para el segundo kilómetro, mi hermano, con paciencia me ponía un paso exigente para que no me quedara atrás. A los tres kilómetros, en el lugar de hidratación no alcanzaron las chuspitas de agua para los que veníamos rezagados.

Nos encontramos con mi otro hermano que junto a su esposa chilena y sus chilenitos nos animaban diciéndonos que los primeros ya nos llevaban como veinte minutos y que incluso un gran corredor con parálisis cerebral estaba por delante de nosotros. Creo que esto ya no lo toleró mi hermano en competencia y se fue alejando cada vez más. En los siguientes cinco kilómetros no lo volví a ver, solo quedaban unos soldados que lo hacían de mala gana quizás por haber sido obligados a trotar, a veces caminaban y apenas me los pasaba empezaban a correr.

En fin, un animador espontáneamente nos gritó que ya los primeros habían llegado a la meta y nosotros íbamos por la mitad. Ya un poco falleciendo, vi a un hombre joven conduciendo una moto con bandera amarilla y llevaba a una modelo de parrillera, a quien no me atreví a mirar en ningún instante, ya que una desconcentración a esas alturas podía ser fatal. Eran parte de la organización de la carrera y les oía decir a través de su intercomunicador que ya estaban oficialmente con el último de la carrera, y ese era yo de nuevo.

Cada vez que alcanzaba a alguno de los corredores, este optaba por retirarse y entonces de nuevo de último. Ahora me faltaban cuatro kilómetros y tenía atrás tres motos de la organización, tres motos de la Policía de Tránsito y una ambulancia con sus bombillos de colores girando. ¡Ahora sí me llevó el putas!, me decía, ya que había planeado descansar en el próximo kilómetro que lo anunciaba un cartel, pero ya era imposible, era cuestión de dignidad, pues el que más me hablaba me decía cosas tan elocuentes como: “Para nosotros, el último es tan importante como el primero”, así que me irían a acompañar hasta el final de la carrera, además, ¡qué vergüenza no hacer mi mejor esfuerzo!, no solo por el motivo primordial, el corazón de mi padre, sino porque cada vez que avanzaba, permitían que el tráfico fluyera por las vías que iba dejando atrás.

Una mujer joven de cabello ensortijado, espectadora y atenta al evento, trotó a mi lado para decirme que ella una vez fue última y que sabía lo que se sentía, pero que lo importante era llegar. ¡Qué linda!, me dije, y me transporté a un recuerdo lejano cuando estábamos con el compadre en una rueda de prensa que se le hacía a Silvio Rodríguez en un festival de cine en Cartagena. Una bella mujer espontáneamente y en la mitad del escenario le dice lo mucho que le habían ayudado sus canciones y, por lo tanto, le declaraba su amor. En fin, era algo parecido y eso me lo confirmó otra señora, como de unos cuarenta años,



que me gritaba: “Ahí va mi peluche, yo sé que tú puedes”. ¡Qué maravilla!, la noche estaba para mí, las calles de Cali desocupadas para mí, yo cuidado por todo el mundo, la gente me quería, un viejito me abrazó y me decía que por gente como yo, Cali iba a salir adelante, porque somos gente verraca.

Los policías se adelantaban en sus motos como unos tigres cuando algún despistado automovilista intentaba meterse en la vía de la carrera. Ya cerca de la meta, unos amigos me gritaban: “¡Vamos, juanchito, ya llegaste, vos sos un duro, papá!”. Era la gloria misma y no me cambiaba por nadie, ser el último era lo máximo.

Que mi hermano me hubiera dejado votado no me importaba, igual mi amigo, el psicólogo, que llegó como 20 minutos antes. No me iba a sentir humillado ante nadie, soy el último ¿y qué?, estoy solo ¿y qué?, este triunfo se lo dedicaría a las mujeres que me dejaron de querer y me pusieron de patitas en la calle. En estas calles, que me fascina caminarlas y correrlas sin horario, sin dar cuentas a nadie, solo el eco de la que me gritó “mi peluche”, sentía que algún día podría volver a enamorarme, así fuera por una media hora y las demás horas que se llenen de sufrimiento.

Siempre amaré como amo a mi padre, que está tan flaquito, consumiéndose como una velita de un 7 de diciembre cualquiera. Mi padre, de caminar lento y hablar pausado, todavía disfruta de

## VIVIR DOS VECES

mislocuras, y aun sabiendo que se está muriendo, me pregunta cómo estoy yo, cómo va mi soledad, ya no me juzga por mis fracasos. “¿Cómo va, mijo?”. “Bien, mi llave, contigo hasta el final, gracias por haberme enseñado a tener amigos, gracias por haberme enseñado a ser consecuente con mis pensamientos. Va esta por ti, mi viejo del alma”.

## UN PUEBLO OLVIDADO

*A mi hijo Juan Pablo, 2009*

San Lorenzo, Nariño, está rodeado de montañas, unas más bellas que otras. Las hay con forma de triángulo, como de señoras tradicionales; otras son trapezoidales e independientes; y unas más pequeñas, como niñas que empiezan a crecer. El pueblo se mece como en una batea.

En uno de sus costados está la cancha de chaza, juego milenario, ancestral. Es el parque principal. Después ocurre el descenso gradual, es como el contacto con el mundo, un abismo profundo como la puerta de entrada, que no precisamente permanece abierta, por lo general están las nubes grises y densas que impide el paso de la visión más osada, por lo tanto, no se puede ver el horizonte a todas horas, solo cuando se corre el cerrojo de nubes y esto puede suceder caprichosamente a cualquier hora.

Estas montañas se visten con todos los matices del verde, guardan una emoción melancólica y taciturna, están cargadas de silencios, solo murmuran las voces de sus muertos.

Sus habitantes son gente buena porque son humildes, porque humilde proviene de la tierra y aquí se cultiva el espíritu, como el tomate y la yuca, pastan las vacas lanudas y lecheras en las alturas. Al verlas tan ensimismadas en el ejercicio cotidiano de la rumiación, pienso que en la India, además de sagradas, deben ser sabias, aquí son un poco flacas, sus grandes ojos les permiten observarlo todo, pero pareciera que no hay mucho que ver.

A este pueblo verde y azul vengo a dejar a mi hijo. Para poder llegar a él hay que subir por el borde de un abismo, después de haber descendido por el cañón de Juanambú. Es aquí donde se fabrican las nubes. En su horario de las seis de la tarde, por sus chimeneas salen a pasear, jugando seriamente, convirtiéndose en niebla que lo cubre todo, y las personas parecen fantasmas como en el pueblo de Cómala, de Pedro Páramo, donde nació la abuelita de Karim.

Me dan ganas de correr como un niño para no dejarme atrapar por las nubes, pero en cada esquina me encuentro con ellas, entonces se estrellan unas con otras y lo envuelven todo, como aquellos niños de Boyacá, es decir, lo chuman a uno. Solo las siluetas de las mujeres y el balanceo de sus caderas anchas al caminar hacen que el deseo se mantenga vivo, persigo sus sombras, corro detrás de ellas, logro atrapar una al doblar la calle, la aferro contra mi cuerpo y le pregunto:

¿Eres tú mi niña?, solo tú eres posible, solo tú en mi soledad, solo a ti te busco, solo a ti te espero.

Duermo con el arrullo de una quebrada que desciende del mismo cielo que llora todos los días, sin ruidos de relámpagos, brevemente caen sus lágrimas sin esfuerzo desde la inmensidad de las montañas. El búho de la noche y su canto es la música para mis sueños.

Sueño con un mundo mejor, transparente como sus aguas frías. Sueño con esta gente buena, sin envidias, honesta y sin egoísmo, solidaria en su pobreza, unida en la incertidumbre de su futuro. Sueño que salto como el salmón a contracorriente, esquivando el oso y su boca insaciable.

Camino en busca de sus orígenes, la biblioteca no se abre, solo esperan las fiestas de negros y blancos, estas tierras pertenecían al gran Imperio inca, por eso son diferentes, por eso escogieron las alturas, quizás para tener un contacto más cercano con sus dioses, con el mismo cóndor que ya es fantasma, con las estrellas que llevan años luz muertas.

A mi hijo lo han recibido muy bien, la misma alcaldesa lo entrevistó y le hizo algunas recomendaciones pertinentes, como la responsabilidad de ser la imagen de la salud y el poseedor del conocimiento que viene de las grandes ciudades y que ellos tanto necesitan. Al final, y aparte, le dice en

voz baja: “Ojo con las mujeres de aquí, son hábiles en la seducción y en atrapar jóvenes incautos mediante la hipnosis de sus miradas”, y otras cosas más le dijo que aún no hemos podido constatar, pero estamos en ello, investigando.

El tío, mi hijo y yo hasta ahora podemos decir sí, son bellas como los frailejones de su tierra, inteligentes y ágiles en la conversación, tríada peligrosa si le sumamos el mensaje subliminal de la alcaldesa, ¿serán, además, desenfrenadas? ¿En dónde estamos, Dios mío?, estamos entonces en el mismo paraíso o en el infierno, depende de cómo lo miremos. Un amigo me decía que el paraíso pintaba como bueno por cuestión de clima, y el infierno por cuestión de amigos.

El hijo la tiene clara que para poder afianzar sus conocimientos como médico debe estar solo, ahora lo estará y dará otro paso en su vida, el de relacionarse con el dinero, el de administrar su soledad, ahora está distante de su familia que tanto lo ha querido, es un paso clave en su vida.

El tío y yo lo estamos acompañando por tres días como en la historia de la mamá osa que coloca a su oseño en la punta del árbol y después desciende; el oseño no la puede seguir por el temor a caerse. Dura tres días llorando y clamándole a la madre que lo ayude a bajar, ella, impaciente, da vueltas alrededor del árbol y lo mira. Al tercer día, el oseño decide bajar por sus propios medios

acosado por el hambre y la resignación de no ser ya un bebé, es cuando la madre osa decide irse y él se quedará solo de ahí en adelante.

En la misma cuadra donde vivirá está el chamán, ambos tratarán de encontrar solución a los problemas visibles, mediante los instrumentos, rituales y fenómenos invisibles.

Ahí también vive Tania, tiene 22 años y una moto que la hace rugir por entre sus piernas, nos mira de frente y decreta: “Esta noche es obligatorio bailar, no hay excusa, se tienen que quedar”. Tania, Tania la bella, es el mismo demonio en moto. Hui-mos cobardemente al amanecer cuando todos dormían, incluso ella.





**EL ENCUENTRO DE LOS 40  
PROMOCIÓN 76  
2016**

*La infancia*

Muchos de los que estamos aquí nos conocemos desde hace 52 años, cuando fuimos separados de nuestros padres a los 5 años sin nuestro consentimiento, desplazados de nuestras casas confortables con el tonto argumento de que íbamos a conocer amigos y de ñapa a ser educados según los criterios sociorreligiosos de ese entonces. Cumpliríamos las exigencias sutiles del capitalismo, seríamos entrenados para asumir el poder en el tiempo que nos correspondía por derecho propio, por haber sido privilegiados por algún designio o capricho de Dios.

Quién no recuerda ese primer día en que pensábamos “ahora qué van a hacer nuestros padres sin nosotros”. Ahí estábamos, uniformados con pantalones cortos caqui y chaquetilla de lores café oscuro, que algunos a estas alturas no se han podido quitar.

Era el Manresa del Aguacatal, situado en una montañita desde donde rodábamos en vueltacanela, alegres, ingenuos, sin sospechar lo que se

nos venía encima, ni en qué vueltacanela iríamos a parar. Quién no recuerda las monjas españolas dignas representantes de la colonización, en un país tan lejos del suyo, en tierras donde aún quedaban indios. A sor Teresa, inmensa y amplia como un buen armario, con su gran mano de dedos largos diciendo: “¡Que te caliente, ah!... ¡que te caliente...!”. ¡Ah, sor Teresa, cuán en vano fueron tus palmadas correctoras!, estoy convencido de que a muchos de los que están aquí presentes les hicieron falta más palmadas calentadoras, y como el mal no existe sin el bien, estaba sor María Luisa, quien a falta de hijos por el asunto de ser una de las esposas de Dios, estábamos nosotros para suplir dicho vacío uterino, colmándonos de ternura a unos más que otros, por supuesto, pues era evidente sus preferencias por esos compañeros raros de ojos claros, monitos y, por lo general, más blanquitos, esos permanecían en su regazo cuando la tristeza subía a niveles intolerables, o cuando alguien más crecido en talla había ejercido el mal llamado matoneo de ahora, que en nuestro tiempo se decía que “se la tenía adentro” con el otro frágil y débil, es decir, estudiantes adelantados que habían entendido tempranamente algunas de las veleidades del poder.

La madre María Luisa, con su afecto español, nos hizo olvidar por momentos a nuestras madres originales, esas madres que nos habían abandonado en ese sitio lleno de soledad donde estaban empecinados en reprimir, conjurar y coartar todos

nuestros primitivos deseos, donde nuestras vidas se reducirían a hacer tareas, trabajos, asistir sentados e inmóviles a clases eternas y siempre a la espera del recreo, del fin de semana. Solo con la fantasía de huir a través de la ventana podíamos mantener nuestra transitoria estabilidad emocional.

Estimados compañeros, ahí empezó todo el mal, en esa evidente separación del trabajo y la exclusividad del goce en el recreo. Esto mismo ha familiarizado la condena de no disfrutar del trabajo y, como hijos obedientes del imperialismo europeo, solo podremos gozar cuando ya en la agonía del agotamiento aparezcan los 15 días hábiles de las vacaciones. El único que ha sido coherente con su espíritu brillante y marrullero es Aguado, que tiene todo el tiempo del mundo para sacar al perro en horas laborales, no se pierde partido de la selección Colombia o del América, permanece las 24 horas en el WhatsApp del Berchmans y realmente no sabemos a qué horas trabaja, o quizás la que trabaja es su esposa, y la envidia hace que cada rato nos salgamos de ese chat que a veces se parece más a la voz de María. Pero, en fin, ya no podemos hacer nada, estamos ad portas de la pensión, solo habrá el tiempo suficiente para dedicarnos a asistir a las citas médicas y practicarnos las cirugías aplazadas, y los más afortunados, a conversar de lo maravilloso que son tales o cuales pastillas, o de las emociones ambivalentes de un examen prostático. Menos mal que la marihuana ya es

oficialmente medicinal, aunque muchos de nosotros siempre lo sospechábamos, pero no nos atrevíamos a publicar dichos resultados empíricos de investigaciones serias con cepas de tierras lejanas y misteriosas de la Sierra Nevada, “la punto rojo”, de calidad incuestionable para la salud espiritual. La ciencia está en deuda con nosotros, cuarenta años de retraso.

### *Preadolescencia*

Nuestra generación fue la primera en inaugurar la nueva y actual sede del colegio. Eran terrenos llenos de árboles jóvenes donde jugábamos a la guerra, y con estrategias de verdaderos guerrilleros liberábamos a los prisioneros de siempre, los ñoños que eran los primeros en capturar (lo pachos Prieto, los Álvarez, los Bechara, los Caicedo, los Morales, los Estrada, entre otros). Épocas en que jugábamos con bolas de cristal de múltiples colores, y ¿qué tal las tapas cargadas de cera con el logotipo de los ídolos del ciclismo? Participamos así en vueltas imaginarias por toda Colombia. Eran sueños de libertad, como cuando elevábamos cometas o nos poníamos las capas de los superhéroes de ese entonces; algunos muy convencidos de dichos poderes de volar, se alcanzaron a tirar del techo de la casa, ¿o miento?, compañero César Augusto Domínguez.

¿Quién nos enseñó a leer y a escribir? ¡Qué pena no recordar su nombre! Ella era delgadita,

entrada en años y con la virtud de la paciencia nos abrió las puertas y ventanas a este mundo tan raro. ¡Cómo hubiera sido sin poder interpretarlo con la precisión geométrica del profesor Huertas, sin la mirada literaria y filosófica de Uriel Salazar, sin las bases geográficas o históricas de los hermanos Quiroga, sin el piso de la ciencia de Villada o Varela! ¡Cómo hubiera sido la soledad sin la apreciación musical de Gutti, sin el coraje y la competencia de la disciplina deportiva de la compañía de Jesús o de Conde, de Herrera, de Portela o del mañoso de nuestro profesor de educación física, “el gordo Omar”, quien no había hecho nunca lo que nos obligaba hacer! ¡Cómo hubiera sido sin el histrionismo de payaso que llevamos por dentro y que nos ha hecho más fácil la vida, sin Laureano Gómez con sus clases de estética del teatro en vivo, o de lo útil y práctico que fue aprender la mecanografía con el profesor Velasco, lo cual nos ahorró humillaciones con nuestros hijos frente al computador actual! Aprendimos la solidaridad y la compasión cuando protegíamos al profesor de álgebra, Carlos Rodríguez, en sus múltiples borracheras y guayabos, le facilitábamos nuestras maletas para que a manera de cojines descansara su vida tristemente agitada, haciendo turnos de campaneros en la puerta de la clase para que no fuera a aparecer el impertinente de Villa, el prefecto odiado. ¡Cómo hubiera sido el enfrentar las épocas (que todos ya hemos vivido) cuando se viene el frío y pavoroso silencio de Dios, sin un Jesús jesuítico, humano, sensible y solidario!

*Adolescencia*

A medida que avanzábamos, ya identificábamos bichos raros en este zoológico de la diferencia. ¡Cómo no recordar la cultura precoz de Sandro Romero Rey!, gran elemento de desmotivación para la lectura obligada, pues para qué leer si él ya todo lo había leído, y formaba parte del grupo de los mazos, como también lo era Serrano o Estela, especializados en ciencias ocultas, pues siempre daban la impresión de que todo lo sabían. ¡Cómo no recordar el director de un pequeño periódico escolar heredado de su hermano mayor, Juan Carlos Henao! Desde entonces aprendimos de los monopolios familiares de la comunicación y, bueno, también aprendimos con él a tener las primeras bases para una mirada crítica frente a la falsa política y a empezar a sospechar que todo lo establecido es digno de ser cuestionado.

Otros bichos raros, por su definida vocación a temprana edad, como “el cantante de los cantantes” Fernando José Abadía, que desde la cuna ya sabía que iba a vivir de los aplausos y de los gritos de sus fans. Otros dignos de envidiar era el basquetbolista de la selección Colombia, Haroldo Penilla, futuro alcalde de Cali, o el atleta de gran fondo Mauricio Valdez, con quien aprendí los retos que tenía que asumir sin morir en el intento, con esta frase tan contundente que sentenciaba mi futuro: “Nadie da 10 centavos por tu futuro, Rojas”. A este personaje que se ganaba toda competencia, le llegó

su día. Una mañana lluviosa nos soltaron desde la alta montaña, casi como en el kilómetro 18, y la meta era el colegio. Teníamos que atravesar colinas, quebradas, y un grupo de deportistas élite ya se había seleccionado, hasta que llegamos a un punto ciego donde el camino de trocha se abría en dos, fue cuando el ídolo de todos decidió, en cuestión de segundos, con toda la seguridad del mundo, característica de los grandes, irse por uno de ellos, y otro grupo liderado por Óscar Zamorano, los Gaitán, los Herrera y los Plaza, se decidieron por el otro camino. Yo, claro, me fui con el ganador de todo, y fue la primera vez que la cagué para toda la vida, pues nos perdimos. Nos encontramos con abrojos, espinas, insectos, alambradas, hasta con una jauría de perros que nos persiguieron y todos a su manera dieron cuenta de nosotros. Llegamos como dos horas después. Todavía me pregunto, ¿y si me hubiera ido por el camino que eligieron Zamorano y su grupo?, mi vida hubiera sido de verdadero éxito, una vida tranquila, reposada, de dirigente y hasta una empresa de algo hubiera tenido, hasta un penthouse en San Andrés, quizás; pero no, seguí al campeón de la nada, al gran Mauricio Valdez.

¡Cómo no recordar a un actor de teatro como Juan Armando Sinisterra!; tengo entendido que sigue actuando, pero en los grandes escenarios de las audiencias como abogado con su gran socio Juliano Morini, el del bastón de mando de la banda de guerra. ¡Y qué decir del nadador de competencia

mundial Eduardo Herrera, ahora un gran empresario de vestidos de baño, bikinis e hilos dentales! Me comentaron los organizadores del evento que sigue nadando, pero en piscinas de fortuna, claro está. O las sorprendentes habilidades para las matemáticas de Hernando Vallejo, que permanecía durmiendo en las clases y de pronto se levantaba a solucionar los problemas planteados en el tablero que nadie había podido resolver. Desde entonces, intento dormirme cuando me asalta un problema de connotaciones matemáticas, una deuda, por ejemplo, para ver si así la puedo resolver. ¡Cómo olvidar al rey de la raqueta del club de tenis, el que quedaba a las orillas del río Cali, el Tobi Álvarez; o al rey de la transgresión, mi hermano mayor Óscar Roldán; o a los reyes del boxing, el indio Calderón, Arizabaleta y las vigas de los Londoño, primos de los gordos Castro, que ahora me dicen que son los flacos Castro!

En aquel acuario no faltaban los mellizos, los Ocampo, los Gaitán y los repetidos Illera; todos ellos confirmaban que el yin y el yan no era un cuento chino, que el bien y el mal existían en una misma familia. Tampoco faltaban las grandes peleas con el anuncio oficial: “A la salida nos vemos”. Aún escucho las voces de los buenos amigos que gritaban: “Dale más, dale más”, sin poder entender por qué coreaban dicho canto si a mí era al que estaban cosiendo a golpes.

Chapas inmemoriales como la de Trucu tuco Gómez, el Bimbo Ulloa, el Cocodrilo Múnera,



el Marranito López, el Truncho Zamorano, el Galgo Carlos Fernando Gómez y el Sapo Andrés Castro, superaron los nombres propios. Los Illera me pidieron que no dijera más porque podría herir susceptibilidades frente a sus señoras. Yo les hice caso.

¡Cómo olvidar esa experiencia traumática de la elección para prestar servicio militar! (haré caso omiso de los compañeros de espíritu precoz de renacuajos que se fueron de voluntarios y entregaron el cuerpo entero a la patria, claro que a Gerardo Cobo sí le sirvió, era muy consentido). El escenario era un gran salón, todos en pelota viendo nuestras pobres intimidades, unos más dotados que otros, pero sin mayores diferencias. El médico, chaparero de gran barriga, acompañado por su secretaria, joven de mirada curiosa, bajaba con sus dedos la lengua de uno después de haber escudriñado los testículos del anterior compañero en busca de hernias inexistentes, y con esos movimientos zigzagueantes fuimos evaluados todos los aquí presentes. Desde entonces, algunos mantienen infecciones crónicas y recurrentes en la garganta, culpa del compañero que por suerte tuvieron al lado.

### *Juventud precoz*

Caminamos obligados y juntos durante doce años, con el propósito, claro, de llegar a ser útiles para una sociedad que ya daba signos de decadencia. Las orejas del narcotráfico se asomaban y

sonaban en los grilles del “grillo”. La corrupción política campeaba, nos dirigía el papá de los bobos Pastrana, las instituciones del Estado se cuestionaban, y las elecciones de nuestros gobernantes eran una caricatura de la transparencia, pues estábamos en el frente nacional y ya estábamos a un año de empezar a votar y asumir con responsabilidad nuestros pecados.

El paisaje del bajo mundo que algunos de nosotros nos atrevimos a otear, al principio temerosos desde lejos, luego más cerquita y después ya no nos sacaban de lugares como Juanchito, que estaba en su esplendor, Honka Monka, El Escondite, Séptimo Cielo, soñando tirar paso con Amparito Arrebato o simplemente tirar con una de sus amiguitas de minifaldas de vértigo, y uno con los quesos intentando bailar en una sola baldosa. Gracias, Diego Hincapié, Óscar Roldán, Carlos Fernando Gómez, Lucho Daza, Fernando Soto (que ahora se volvió cristiano), entre otros, por mostrarme esos lugares tan hermosos, antesala del mismísimo infierno con sus luces rojas y negras que le hacían ver los dientes como pianolas a esas hermosas mujeres, y sus ojos como faros en la oscuridad. Afortunadamente, todavía no existía el internet y podíamos asistir a “las casas de citas, la 7-34”, para muchos de los aquí presentes, su segundo hogar. Allí nos dieron los primeros cursos de socialización, ya que nuestro colegio de curitas no era mixto y por culpa de ellos nuestros adversarios tenían un chiste elegante cuando

decían que a nuestro colegio lo iban a volver mixto, ¿sí?, ¿cuándo? Y ellos contestaban que muy pronto iban a ingresar hombres. Todavía me duele ese chiste-bomba, pues nunca me alcanzó a consolar nuestro eslogan: “Donde hay un Berchmans, hay un caballero”. Yo no quería, como muchos de ustedes, ser un caballero solitario, queríamos caminar de la mano con las niñas del Sagrado Corazón y huir de las del Liceo Benalcázar, que eran bien bravas, pues estaban siendo entrenadas para no dejarse joder de los hombres y demostrar que eran tan inteligentes como nosotros.

Pues sí, señores, en esa casa que en secreto a sota voz le decíamos la “7-34”, muchos hicieron el ritual indígena de pasar de niños bisexuales a varones consumados. Había un equipo encargado que coordinaba el asunto así: el viernes en la noche, un Renault 4 anaranjado salía de las montañas de Juanambú, conducido por un mono alto de gafas que le decían el Galgo, pasaba recogiendo en primera instancia al mánager de los asuntos sexuales, alto también, imberbe absoluto, fumador de Imperial, a quien le decían y aún le dicen Pitti. Él tenía la misión de hablar con los padres e informarles que había llegado la buena hora de su hijo. Era una especie de anuncio del arcángel San Gabriel, había llegado la hora de romper cachucha y, por lo tanto, la cuota era X, un valor que incluía obviamente los gastos del coro de testigos y gotereros de siempre, los Domínguez, los Daza, los Sánchez, los Rojas, los Soto. Así le fue llegando la noche a

cada uno, sin poder olvidar el anuncio más difícil, a Renato, a quien le decían simplemente René, un hombre juicioso, inteligente, compuesto, formal. A él, varios de aquí le deben el cartón de bachiller, o sino que lo diga la Viveza Bieler.

Propongo lo siguiente en este punto, hacernos una pregunta con la mano en el corazón, pues yo creo que más de uno quedó en deuda con alguien: ¿A quién le debemos ser bachilleres Berchmans? Por mi parte, yo se lo debo al Galgo Gómez, que un buen día me dijo con acento paisa: “Venga, parce, sálgase de ese grupo de caspas que lo llevan por el mal camino, usted es más inteligente que todos”. Y yo me dije a mí mismo: “Mí mismo, ¿es cierto eso?”, y de una me salí de ese parche de buenos para nada.

### *Ser adulto*

Creo que por las razones expuestas, muchos de nuestros hijos no ingresaron al colegio, porque aún no era mixto y, además, no ofrecían otra lengua, lo cual nos impidió a muchos de nosotros interpretar a la otra mitad del mundo. Ya es tarde para quejarnos; de todas maneras, éramos unos chicos privilegiados, pues recibimos una religión no como camisa de fuerza, a pesar de las miles de misas que nos incorporaron como ritual todos los martes. Multipliquemos 52 semanas por 12 años, es un montón de misas. Desde entonces, como muchos de ustedes, no volví a ir a ninguna misa

más, y después con lo del secuestro de La María, se afianzó más la decisión, era un lugar de alto riesgo. De todas maneras, seguíamos creyendo que éramos hijos del libre albedrío, por eso mismo estoy convencido de que el ritual quedó grabado para siempre, pues cuando vamos a cometer un pecado a conciencia, se lo ofrecemos a Dios y nos persigamos después de la cena consumada, claro está.

Pero también recibimos una educación de alto nivel filosófico y de claros principios morales y éticos que nos ha servido para liderar nuestros hogares, educación que se refleja siendo ejemplo en nuestros sitios de trabajo, y los que han llegado a posiciones donde se pueden tomar decisiones que atañen al bien común, lo han hecho con soltura y generosidad con el otro menos privilegiado. Siempre habrá una mano Berchmans para ofrecer.

En este punto debemos preguntarnos, según el cardenal Carlos Muñoz: Como Berchmans, ¿estamos actuando crítica y éticamente ante la realidad? Como alumnos jesuitas, ¿estamos promocionando la justicia como una exigencia absoluta?

Nuestra estructura también se consolidó con la música que oímos. Si reconstruimos cuál es la banda sonora que llevamos por dentro primordialmente, no sé si para bien o para mal, es la música de los 70, la que ahora le dicen “música de planchar”. Sí, compañeros, tenemos el mismo gusto y placer que nuestras servidoras del aseo, así que no

nos piquemos de nada. Morimos cuando oímos a un dudoso Camilo Sesto cantando “y a pesar de todo y a pesar de todo te sigo queriendo”; o a jurar “el amor de mi vida eres tú”, a pesar de todo, porque nuestro romanticismo anacrónico llegó a preguntarse “y cómo es él” en la voz de Perales, o “te lo pido de rodillas”, de los Ángeles Negros; o “quién no fue un payaso en una historia de amor” del enano del Brasil, que ya no me acuerdo cómo se llamaba. De ahí nacieron y aún existen eternos maridos como César Domínguez, Mario Yepes, Carlos Illera, Luis Fernando Morales, entre otros; o eternos novios, que es lo mismo, como Juancho Borrero o el Indio Calderón, Carlos Muñoz o Carlos Girón, entre otros; y eternos adolescentes como nuestro matador Omar Ramírez y el baterista Luis Illera, entre otros.

Podría asegurar, en cambio, que el destino fue diferente para los que se atrevieron a oír un poco más allá de los 14 cañonazos y se acercaron a la salsa de entonces. Qué tal un “Agúzate que te están velando”, de Ritchie Rey y Bobby Cruz, o qué tal “La fuma de ayer ya se me pasó, esta es otra fuma que traigo yo”, del único blanco que canta como negro, como dice Lucho Daza, profesor de audiciones de salsa en el bar de su casa, que es hasta donde lo dejan salir, “Y no hago más na” de El Gran Combo. Era una música que provocaba otras cosas, o por lo menos no tristes ni eternos maridos ni eternos novios ni eternos adolescentes. Y qué tal el destino de los que se metieron con los Rolling

Stones, sublimando el amor con “Angie”, cuando el “care’palo” de turno la soltaba en la noche, podía uno morir si no tenía una pareja a la mano, o peor, si atravesando la sala con paso firme decide sacar a la niña del otro lado con el riesgo 50-50 de que le dijeran que no, ¡trágame tierra, qué angustia! Por eso somos tan unidos, porque somos hermanos de la angustia. O qué tal Led Zepelin, con su “Escalera al cielo”. Muchos de ustedes se descabellaron por primera vez con la marihuana, ilusionados de subir quizás por esa escalera, y no voy hacer el listado aquí porque es muy largo y no me dieron mucho tiempo los organizadores de este magno evento de la tercera edad. Estos compañeros llevan más de un matrimonio y nada que encuentran la escalera para tocar el cielo con las manos.

¿Qué veíamos en los grandes cinemas de nuestra época?, ¿quién no recuerda el Cine Oro, el teatro María Luisa, el Alférez Real, el Alameda o el Avenida? Allí recibimos por primera vez educación sexual con el cine rojo de la época, pero también con las revistas suecas que Óscar Roldán le extraía de la mesita de noche a su padrastro y nos alquilaba. Bueno, a mí no me cobraba, yo era una especie de socio no capitalista que aportaba ideas. Con aquellas revistas aprendimos auténticas lecciones de anatomía femenina, resolviendo el misterio de “ese oscuro objeto del deseo”, que por causa de las manos temblorosas y el uso irresponsable del cuidado de ellas, se fueron manchando con una extraña sustancia leguminosa y pegajosa hasta

volverlas inservibles. Ese tipo de cine y las revistas aquellas nos hicieron omnipotentes y lo pudimos hacer con grandes estrellas, y con esas pequeñas muertes le perdimos el miedo a la mujer real, la de verdad, la que teníamos al lado. Bueno, algunos le perdieron el miedo, porque otros viven muertos de miedo y tampoco voy hacer el listado por lo largo y por las razones que ya dije anteriormente.

¿Qué leíamos? Yo no creo que mucho, a excepción de los bichos raros que ya nombré, leíamos los titulares de El Caleño, los titulares de las obras literarias que nos obligaban de tareas, por eso, a causa de esos hábitos tan precarios de lectura, no creo que nadie aquí haya podido leer completamente las novelas escritas por nuestro compañero Sandro Romero, culpa de él, pues cómo se le ocurrió escribir esos libros tan extensos de más de 500 páginas, es el colmo de la desproporción y desconsideración para con nosotros que tanto le toleramos su sabiduría. Con la primera novela duré como cinco años para llegar a la página 350. Y en esa época de intensa lectura me encontré con Haroldo en uno de los aeropuertos del país, y le dije: “Mira que en la obra del compañero Romero apareces nombrado”. Me dijo: “¡Sí, no jodas, qué bien!”. Entonces, después de la emoción repentina, guardó unos minutos de profundo silencio y con verdadera humildad me preguntó: “Cuántas páginas tenía el libro?”. Me temía esa pregunta. Le menté para no desanimarlo y le dije que era como de 100 páginas. Paso siguiente, me pidió que



le guardara un secreto, recordándome que todo acto de confesión era un secreto de tumba: que él nunca había terminado de leer un libro completamente. Entonces abracé a mi pana y le dije que yo le iba a decir en qué página exactamente estaba él nombrado y que siguiera adelante con ese empeño de no terminar los libros porque eso era lo mejor, así nunca se apagaría el deseo de leer los titulares y solo así podríamos reescribirlos a cuenta de nuestra propia imaginación y creatividad. Así que le cumplí la promesa, era en la página 76, mi querida promoción del 76.

Pero una cosa sí les diré en serio, con la sabiduría que me permite la edad, que en el corazón de Haroldo Penilla sí cabemos todos, sin distinciones de nada, ni clase ni raza ni camiseta política, independiente de cómo nos haya ido en la vida, el hombre tiene alma liberal, por eso mismo estamos aquí muy cómodos en su casa. Gracias, viejo Haroldo, sigo en su casa desde que usted hizo su Primera Comuni3n, en la casa que tenían vía al mar.

### *Tercera edad*

De toda esta cultura musical, literaria, del séptimo arte, de encíclicas y misas no nos pudimos escapar, de todo esto estamos constituidos esencialmente; es por eso que, sin vernos durante mucho tiempo, cuando nos volvemos a ver, nos reconocemos fácilmente. Sin ser iguales, sin haber

caminado al mismo ritmo, nos podemos leer y predecir, cogemos los cubiertos con el mismo estilo, pues siempre hemos tenido qué comer, siempre nuestras mesas han estado servidas, el buen vino nunca nos ha faltado.

Agradezco a todos por permitir esta deliciosa “coincidencia” de tiempo y lugar. Si supiéramos lo importante que es nuestra presencia para quien no nos ve hace tiempo, ¿quién no estaría dispuesto a dar este buen regalo con mayor continuidad y no esperar a vernos cada cuarenta años? “La buena vida se construye con buenas relaciones”.

Esto hace pensar que el logro de hoy sea interpretado como una victoria sobre la indiferencia. Si mi padre, quien también fue un caballero Berchmans, viviera, hoy cumpliría 65 años de graduado. Alcanzó a reunirse hasta el encuentro de los 62 años, con él quedaban siete compañeros, ya jugaban con la guadaña de sus bastones y trataban de leer señales para saber cuál no estaría en el próximo encuentro. Eran encuentros de tercer tipo, venían con enfermeras y con ciertos aditamentos como sondas vesicales y balas de oxígeno, y aparecían nuevos recuerdos y anécdotas de colegio, quizás ya reinventados con los conchos de memoria que les quedaban. De mi parte espero no enterrarlos a todos, ni hacerme la pregunta a los 92 años: “¿Qué se han hecho los amigos?, hace rato no los veo”.

¡Compañeros, en verdad, qué bueno volver a verlos! El tiempo nos ha afectado, la gran mayoría calvos, gordos, eso sí, ricos en lípidos, carbohidratos, con altos índices arteriales. Veo también que otros han podido moldear sus cuerpos gracias a la diabetes, la precirrosis y la cirugía bariátrica. Otros no tan afortunados no alcanzaron a participar de esta fiesta de la vida, se adelantaron a la inevitable cita, como Augusto Trujillo y Luis Fernando Morales, el Bueno. Algunos de ustedes han pasado por todos los estados civiles, sin donar sus brazos ni piernas; otros han pasado por cosas más dolorosas y ahí estamos inmutables a estos caprichosos vaivenes del destino, seguimos en pie, en la lucha o en el golf, los más afortunados; otros, quizás muy pocos, pudieron cambiar de género, ¡bienvenidos! Otros, como Pacho Prieto, que a estas alturas no sabemos qué es, ni el mismo sabe, ¡bienvenido también!

Cada uno de ustedes continuó con un grupo de parceros, reuniéndose en cada evento familiar, el mío continúa con Saúl Sánchez, que nos enseñó a fumar cigarrillo y otras porquerías, con el gran Pinino, Lucho Daza, nuestro eterno candidato para que asuma la Gerencia de la Licorera del Valle, ya estamos a tiro, y el jefe de Recursos Humanos del almacén de las bodegas de uno de los más grandes y prestigiosos ingenios de azúcar de nuestro querido Valle del Cauca, el paisa Domínguez, quien nos asegura que nunca ha hecho un torcido, siempre nos aclara eso borracho,

sin habérselo preguntado nadie, y eso ya nos está pareciendo sospechoso.

Dejé el discurso en este punto considerando lo escasos niveles de atención que siempre hemos tenido y las frecuentes interrupciones por la imperiosa necesidad de orinar y, además, para darles la palabra a ustedes, idea del repetido Luis Illera de venir al estrado y contar sus anécdotas y, ¿por qué no?, de contarnos cuál es el grupo de parceros con quienes se siguieron viendo.

Por último, propongo hacer un gran directorio donde esté consignado lo que hacemos y poder así reinventar una especie de cooperativa solidaria que nos defienda de este sistema económico que cada vez se pondrá más difícil, el capitalismo se encuentra en agonía y así como los toros, su última cornada es la más peligrosa. Bueno, por ejemplo, podríamos empezar así: Yo soy psiquiatra y observo que muchos de ustedes han capado consulta, por allá los espero, vayan, hermanos, no den tantos bandazos en la vida, se les hace descuento, mijos, por ser de la promoción del 76. Miren un ejemplo, mi paciente estrella, Alejandro Hernández, más conocido como Coco, cuando lo volví a ver llevaba cinco matrimonios y estaba al borde del suicidio y le dije: "Mijo, usted no es para esos trabajos forzados, arranque como soltero que en el mercado del usado nada le piden a cambio". ¿Pregúntele cómo está ahora? Es un ser feliz, administrándole la plata a su papá, viaja por

todo el mundo y no se cambia por nadie, ¿gracias a quién?, a este pechito, hermano (¡Qué vaina!, acabo de ver que recayó, pero es que el hombre no volvió a la consulta).

Bueno, ahora sí, para terminar y no seguir engolosinándome con la palabra, se me escapaba un detalle muy importante y no haciendo caso del todo a la recomendación de la junta organizadora de no hacerle homenaje a nadie, “ni más faltaba”, me dijeron, “si todos somos iguales”, quiero hacer una mención de honor especial a nuestro canciller de relaciones nacionales e internacionales, el compañero Hernando José Múnera, más conocido en el argot futbolístico como la Araña Negra, o a veces simplemente la Tanga Múnera, o como Cocodrilo, teniendo en cuenta la fauna de ese entonces. Pido para él un nutrido aplauso, sin él no se hubiera podido hacer este encuentro y recuento.

Muchas gracias.

*PD/ Juan Carlos Henao me asegura que él no heredó nada de su hermano, pero yo le dije que eso no me rimaba.*



## PARÍS, 2017

*A Miguel Ángel:*

A estos grandes y a otros pocos que quedan, para no estar en la soledad y orfandad absoluta, los transportaba desde el aeropuerto Charles de Gaulle hasta el hotel o residencia, o los acompañaba a recorrer Europa, como lo hizo con Jorge Robledo. Miguel Ángel Vargas, asilado político que por esas cosas del destino bien pudiera haber sido un abogado prestigioso o un senador de la República, como ellos mismos, pero frente a las amenazas por haber elegido como proyecto de vida el pensar en los demás y velar por su bienestar y no estar de acuerdo con el sistema político del poder, tuvo que refugiarse donde lo acogieran y le fue asignada Francia como destino.

Y fue en París donde creó su propia empresa, un trabajo decoroso que ha sabido posicionar, entre los grandes lo han elegido y él, como un conductor ilustrado de la política colombiana, trababa con ellos debates y acuerdos. En una ocasión, por esas cosas de su oficio, le dijo a Nicanor Restrepo que si no le molestaría compartir su transporte conmigo (habíamos llegado en el mismo vuelo a

París, pero lejos de sospechar que tendría la oportunidad de conocer a tan especial ser humano). ¡Por supuesto que no!, exclamó con naturalidad y autenticidad el Cacao antioqueño, como le decíamos afablemente en Colombia, un hombre asombrosamente sencillo, a pesar de ser uno de los empresarios más poderosos del país. Había decidido volver a estudiar a sus 62 años una maestría en Sociología, a cambio de no tenerle que contestar ni siquiera el teléfono al presidente Uribe, “es un ser de mucho cuidado, uno no sabe qué está tramando o en qué lo puede a uno enredar”, me decía.

Solo pedía para mí que un trancón del tráfico parisiense hiciera más lento el tiempo para poder prolongar tan grata y especial compañía con Nicanor, un hombre ilustrado, gran lector de la buena literatura y trabajador por la paz.

Miguel Ángel, mi amigo, ya eres un consumado barquero, Caronte, vienes transportando hombres notables sin aspavientos y sin alardes de grandeza. Conduces tu barca por el río de la tristeza. Acheron, el viaje sin regreso, solo nos quedan sus palabras, sus libros, sus entrevistas. A ti un abrazo porque sé que más que nadie sientes el dolor de las ausencias, de perder estos honorables pasajeros, gigantes de paso que trascienden nuestras vidas. Un abrazo fraterno de condolencia mutua.



## ADENDA

La gran mayoría de nuestros políticos padecen del mal del copiloto alemán, que estrella el avión en las montañas francesas con tal de pasar a la historia sin importar a quién se lleva en su camino al infierno. Sufren de “narcisismo maligno”, el bien particular por encima del bien común. Le meten mano a todo, todo lo contaminan, son una peste peor que el narcotráfico, viven pisoteando el país y después nos preguntan: ¿Usted no sabe quién soy yo? Sí sabemos, hijos de la chingada.



**ELEGÍA A CARLOS GAVIRIA  
Y A NICANOR RESTREPO**

Nos estamos quedando solos, sin luz, sin faro, sin metáforas, sin símbolos, sin modelos ideológicos, pues otros de los grandes (recientemente Nicanor Restrepo) se nos ha ido, el maestro Carlos Gaviria Díaz, imagen y símbolo de la decencia en un ser humano. Con él estuvimos cerca de lo imposible; con él, la honestidad y la política caminaban de la mano, como dice Patricia Lara Salive: “El faro que nos ilumina el lugar donde se ubican los principios de rectitud y la majestad de la justicia”.

Carlos Gaviria nos decía que en la vida pública hay dos cosas que no se pueden olvidar, “la ética y la estética”. Y sin poder cerrar los ojos, mis queridos compañeros, sabemos que en Colombia se perdió todo lo que tiene que ver con la grandeza del ser humano, la dignidad, la honestidad, la vergüenza, el pudor, la memoria, la justicia, la inclusión del otro, la trascendencia del sí mismo y el amor por el otro.

Agradezco a la Asociación Colombiana de Psiquiatría, a la Universidad Javeriana de Cali y a las

feministas de mi ciudad por haberme permitido participar en tres encuentros inolvidables para mí, en todos ellos siempre aprendí algo: la generosidad con el conocimiento, la escucha respetuosa del otro, la utilización y el valor de las palabras, la conducción del diálogo argumentativo, el buen humor, la elegancia en el comer y el disfrutar el pecado de los postres o un buen vino.

Tengo en la memoria que el primero de ellos fue con mis amigas feministas, quienes estaban empeñadas en ayudarlo en la campaña para ser senador de la República. Nos reunieron en un restaurante cálido y pequeño de la ciudad. Observamos su timidez ante la mirada de los demás; se extrañaba que todos los presentes lo saludaran con emoción. Lo invitamos a que repartiera sonrisas y volantes de su campaña, pero nos confesó que sentía mucha pena de hacerlo, sobre todo de tener que pedir que votaran por él. Fue allí donde nos dijimos, “esta campaña va a estar muy difícil”. Ya entrado en confianza y de manera temeraria, se lanzó a contar chistes feministas a riesgo de cualquier cosa, claro, pidiendo permiso a su notable público. Este acto me dio más seguridad en su campaña, en la política se necesita ser temerario y ya veía que tenía madera con qué responder a los avatares que se le auguraban.

Meses después, el segundo encuentro fue en la Universidad Javeriana (ya había sido elegido como senador 2002-2006, con la más alta votación de la

historia) en un foro sobre la eutanasia (ponencia que la Corte Constitucional aceptó, como también la despenalización de la dosis personal para la tranquilidad de mis amigos).

A este encuentro había sido invitado por los jesuitas intelectuales, y recuerdo a uno de ellos, el padre Carlos V., que en ese momento era el vicerrector de la universidad, quien no dejó solos a sus alumnos, no fuera que quedaran encantados con el discurso filosófico de uno de los representantes del mismo demonio liberal, un pensador libre o un libre pensador, esencia del maestro Carlos Gaviria, y a mí me habían elegido honrosamente para presidir la mesa de debate.

¡Qué maravillosa experiencia! Al final del foro, cuando todos ya habían preguntado, me atreví a controvertir la libertad de elegir la muerte cuando estábamos en estado depresivo, argumenté que no somos libres cuando el tono negro de la melancolía hace ver la vida sin esperanza, pero una vez se saliera de dicho estado, recuperábamos el libre albedrío y ahí nada podíamos hacer los psiquiatras o los psicólogos.

Él, de manera simple y profunda, dijo que el ser humano no deja de ser libre en cualquier estado afectivo que se encuentre, y sus decisiones, así sean bajo el color de la depresión, deben ser respetables. En un momento de la discusión ya no sabíamos si estábamos hablando de la eutanasia o

del suicidio. Quedó la grata certeza de que las preguntas filosóficas siempre quedan abiertas y a distancia de lo imperativo de los dogmas.

El tercer encuentro se lo agradezco a la Junta Directiva de la Asociación Colombiana de Psiquiatría, pues en uno de nuestros congresos en la ciudad de Cartagena, estaba invitado como conferencista y me habían designado la feliz tarea de acompañarlo en la mesa del almuerzo. Esta vez estaba con su esposa, una mujer cálida, tranquila y silenciosa, y también estaba mi colega y amigo Marco Fierro, el artífice o puente para que el maestro Carlos Gaviria aceptara la invitación a nuestro congreso.

Carlos y Marco se entendían a la perfección, y en esa ocasión hablamos de todo menos de psiquiatría. Recuerdo que ya se lamentaba del rumbo que estaba cogiendo la Corte Constitucional, los miembros que la integraban no eran los más idóneos, su transparencia venía cuestionándose y sus actos decisorios estaban contaminados con las urgencias políticas, o en el peor de los casos, manipulados “por los de ruana”, que son los mismos que en los siglos XVIII y XIX han hecho de la justicia su sayo.

Recordemos algunas de sus frases:

Cuando escribe sobre su amigo asesinado (1987), el médico Héctor Abad Gómez: “... los

males que abruman en nuestro país a vastos sectores de la población podrían desarraigarse bajo alguna forma de organización política más justa y humana, en un medio donde se santifica la iniquidad como efecto de inescrutables designios providenciales, el sentido común de Héctor Abad Gómez resultaba subversivo de un orden tradicional digno de ser preservado a cualquier precio”.

Después de despedir a su amigo en el cementerio, le aconsejaron que se fuera del país, pues su vida corría serios peligros ya que estaba en la lista de los doce apóstoles que ya dirigían el paramilitarismo y el poder de las castas.

Al poder eclesiástico le decía: “La creencia religiosa, así sea de la mayoría, no puede ser invocada para imponerse a las mayorías”.

Cuando aceptó la invitación de la revista Soho para disfrazarse de Papá Noel, dijo: “Soy alérgico al disfraz, porque mi propuesta vital ha sido la autenticidad: ser uno mismo y revelarse como es. Quien se disfraza o se maquilla, algo quiere ocultar... por la misma razón repudio la retórica y amo la dialéctica...”.

Tanto el maestro Carlos Gaviria Díaz como Nicanor Restrepo Santamaría no daban su brazo a torcer y, parafraseando a León Valencia, no deja de ser irónico y doloroso el destino de Colombia, que estando enferma de corrupción y con metástasis

de inmoralidad, se nos van por una enfermedad cualquiera dos grandes, llenos de salud mental, de honestidad y decencia, en un momento en el que sus visiones y sus ideas tienen una enorme vigencia, en un momento en que escasean los valores en la élite colombiana, dos ejemplos de las nuevas generaciones.

Acojo el twitter de Jennifer Cuesta y lo glosó de la siguiente manera: “A estos dos no hay que enterrarlos, hay que sembrarlos, hay que defender la democracia y las libertades, seguir construyendo su ejemplo”.



## PARÍS

### I

#### *A Maya*

El 30 de junio, después de trabajar en la mañana y de repasar una vez más todos los pendientes que quedaban por resolver en manos de la buena voluntad de otros y revisar los detalles del largo viaje que estaba a punto de comenzar, el temor de no soportar los días de improductividad, angustia a la que nos tiene ya condicionados el sistema capitalista occidental, me tenía dudando la confirmación del regreso.

Me encontraría con mi hija en El Dorado y de ahí por Air France a la Ciudad Luz, de donde las cigüeñas parten para traer los bebés de fantasía. 10 horas y 30 minutos de vuelo, anuncia el piloto, y de nuevo sobre las nubes, lugar que no dejará nunca de sorprenderme por las proezas de la tecnología, es un sentimiento vivido con la intensidad que acompaña las emociones que conllevan el riesgo de morir.

Habíamos conseguido unos buenos puestos, es decir, ella junto a la pequeña ventana y yo a su lado. Sabíamos de las posibles películas que nos iríamos a ver, a mí me esperaba la que Kusturica

le dedica al gran Maradona. Mi hija adolescente es una excelente cineasta, que se ha podido cultivar con sus amigas de la infancia creando pequeños cines foro de sus antojos. Recuerdo cómo me extasiaba verla a los 4 años en una sala de cine, concentrada, con su mirada en la gran pantalla, casi sin pestañear, embelesada, atrapada quizás con lo que después ha sido el alimento de sus utopías mudas.

Solo en diciembre del año pasado, en el festival de cine que se realiza en el bello y caluroso pueblo llamado Santa fe de Antioquia, pude ver la misma escena de mis recuerdos en la cámara del director español Manuel Gutiérrez Aragón, en una película del posfranquismo y sus consecuencias, es decir, en el periodo de la transición, cuando se gasta todos los minutos del mundo, con su cámara desde abajo, casi en el piso, para poder ver todos los gestos de la niña de 4 años que se extasiaba viendo el cine del pueblo donde vivía y después ese Frankenstein que se le aparece en sus sueños, en las horas de la noche cuando la invita a pasear por los bosques cogida de la mano y le enseña a perder sus temores y pasar los límites que simbolizan las dictaduras con sus represiones de caricatura o los dogmas religiosos que no aportan nada más allá de censuras morales sin sentido, que hacen crecer con vergüenza y culpa por lo que pulsa con inocencia en su interior, pulsiones del pecado original de haber nacido, ajenas al control de la voluntad y quizás por eso el desconcierto que embarga este sentir.

Once años después la sigo mirando sin que ella se percate, de soslayo, y pienso que si sería conveniente ser ese padre-Frankenstein en su vida real de afuera. Aprieto el libro que no termino de leer y esquivo la respuesta, por temor a la censura del auditorio de voces que siempre me acompañarán, voces con birretes y estola, voces de ancestros españoles, voces viejas de vejetes inquisidores, huellas de la maldición de la Conquista.

Con los vestigios de las “auroras de sangre”, siento que el odio me adormece a los 21.000 pies de altura, que no tiene sentido perder el tiempo con pensamientos bajos sin redención posible. Dejo entonces tranquila a la madre patria que los parió, ahora que se acerca una clásica aeromoza de película de James Bond, a quien tengo pensado pedirle mi primera botellita de vino tinto que daría el comienzo oficial del tiempo perdido que me he permitido programar.

## II

### *Al viejo Pot*

Una vez que se ha vivido en París, no hay posibilidad de vivir en otro lugar, incluso en el mismo París, decía un amigo.

Nuestro vuelo ha terminado, ya se encuentra carreteando, intento ver por la ventana la dimensión del Charles de Gaulle. Suenan algunos

aplausos que despiertan a los que andaban amodorrados, como yo. Otra película ha quedado empujada y la sensación de que esta sí me iba a dar la gran respuesta de alguna pregunta que seguramente también ha quedado prendida en el tiempo.

Maya sonrío, siento que ha esperado largamente estas vacaciones, lo que significa en una adolescente 2 o 3 meses. El viejo Pot nos espera y me dispongo a darle un buen abrazo como él me ha enseñado, como me hubiera gustado dárselo a mi padre en vida, cuando se murió, y aun conservando su temperatura, se lo di y rompí a llorar sabiendo que en vida no pude hacerlo... no hay peor nostalgia que esta, de añorar lo que ya no se hizo.

Veo ahora a mi hijo, se ha rasurado la barba porque está cansado de que le digan que se parece a mí en todo, incluso en sus gestos. Nos abrazamos y me dice que el comandante Pochocho está por ahí con un personaje VIP, lo saludo y me doy cuenta de que es Nicanor Restrepo, uno de los pocos paisas con dignidad que prefirió asilarse voluntariamente con tal de no compartir nada con el señor de las sombras.

Nos sintonizamos inmediatamente, nos invita a regresar en su carro contratado, una charla de altura, amena, sincera, me siento orgulloso de que mis hijos estén allí, él es amable por naturaleza, quiere que el viejo Pot y la Maya participen en la

conversación, nos comentó que estudió Sociología y Ciencias Políticas y de tal estudio saldrá un libro editado por la Universidad de Antioquia.

París es el lugar en donde las relaciones se facilitan y la mirada del país se nos hace más clara y objetiva. Veo la ciudad a lo lejos, ¡qué esplendor estético nos espera, qué privilegio, Dios, estás ahí! Bien, compadre, ahí vamos, con mi cara de nostalgia y toda mi alma en un instante, como dice mi Maya... la de Cortázar es la Maga, me digo, algún día iré a visitar su tumba.



## LOS HIJOS EN EL EXILIO I

Cuando todo era un proyecto intelectual, mi cuerpo no cabía en sí mismo, el dolor no se vislumbraba y mi voz era el mismo orgullo, era un verdadero pavo cuando contaba que mis hijos se irían a París. Ahora que no están, la tristeza de su ausencia me ha dejado sin pluma alguna, por más que me repita “es lo mejor para ellos”. Una voz amarga me dice “¡por qué se fueron tan pequeños!”. Ahora es la soledad la que no cabe en mi cuerpo.

A veces me digo, si la elección del arte como camino hace ver el país donde nacieron tan pequeño e incapaz de contenerlos, su retorno es cada vez menos posible. Exilados por amor al arte, desplazados forzosamente por un país que rinde culto a la muerte, maltrata a sus mujeres y no protege a sus hijos, en donde el arte es la cenicienta, invitada a última hora para el efímero coctel.

Ahora viven en un país tan lejano, tan lejano como una lengua desconocida. Ya nunca estaremos en el mismo tiempo, mis amaneceres son sus atardeceres, y la nieve y el otoño son testigos de la diferencia. París y su estética han generado sentimientos desconocidos, han crecido sin verlos

crecer, desconozco su cotidianidad. ¿Cómo palean su soledad? ¿Qué Dios invocan cuando se disponen a dormir? ¿Qué significa el tiempo y el espacio ahora que un mar nos separa? Cuando caminan por sus hermosos puentes y túneles, por sus parques y bosques extensos, por la oscuridad y el frío, ¿qué piensan?, ¿qué leen?, ¿por qué escriben y hablan en otros idiomas?

Mis hijos se han ido a Francia. Ya hace siete años partió el primero, recientemente lo he comprendido, me negaba a leer las señales tan claras, como el dolor que oprime el pecho y su voz que se quiebra, con sus manos frías y temblorosas, cada vez que se terminaba una llamada, cada vez que me despidió, cada vez que los leo, cada vez que las lágrimas no me dejan ver la fotografía donde me dicen que están.

Vivo estacionado en el tiempo, como la escritura que pudiera ser eterna y tan ausente, como aquellas direcciones de email de amigos que ya se han muerto, sin ser borradas con la esperanza de abrir sus correos y un buen día volver a leerlos, volver a sentirlos.

Gracias, hijos, por haberme dejado ser su padre, al sentirlos en la distancia, desaprendiendo, deconstruyéndose para construirse de nuevo con sus propias manos, ahora por relecturas que permiten crecer en otras pedagogías, con menos modelos y más cercanos a lo que quieren ser.



Ahora que son adultos, me han obligado a dejar de pensar tanto en mí. El verlos tranquilos y seguros de lo que hacen, apropiándose de sus errores, de sus aciertos y liberándose de cargas culposas, de la nostalgia paralizante, verlos viviendo el presente y pensando en el futuro cercano, viendo con apertura un horizonte infinito, me hacen ver el mundo con más optimismo, por ejemplo, ¿será que podré hacer otras cuantas locuras con el resto de vida que me queda?, pero no se preocupen, esta vez sin afectarlos (es una promesa).

Ahora que ando tan desocupado, busco gatos inválidos para cuidar, asegurándome de que no se irán de la casa nunca, ¿quién sabe de alguno?



## LOS HIJOS EN EL EXILIO II

Los hijos están atrapados en un París convulsionado, herido, paranoico, sus policías ven enemigos en cualquier migrante con cara de no francés. Francia se siente indefensa, frágil, el terror puede salir por cualquier parte, le han puesto a prueba los pilares de su constitución “Liberté, égalité, fraternité, laïcité”. No entiende qué pasó con los jóvenes asesinos que nacieron en su tierra y fueron criados en orfanatos del Estado.

Mis hijos están asombrados con tanta contradicción, se forman marchas para expulsar a los musulmanes, pero a su vez se forman marchas para proteger a los musulmanes; la derecha se escandaliza que hayan matado a sus enemigos de la izquierda, y aprovechan para reforzar sus argumentos racistas, xenófobos, y con su sabida visceralidad proponen referéndums para la pena de muerte, piensan y sueñan que gracias a este macabro acontecimiento (nadie sabe los caminos del Señor) pueden llegar de nuevo y muy pronto al poder.

En el metro, un joven árabe insultó a mi hijo, pensó que lo miraba con desprecio. Mi hija se pregunta qué se hizo el París de la fantasía, de la ensoñación y del cine, por qué se ha asesinado a los artistas.

Ir a un supermercado da terror, ir por el metro es una aventura siniestra, la vida debe continuar, me dicen: tengo que ir a la universidad, tengo que ir donde el tutor de mi tesis. Y yo, como padre, desde la distancia, solo puedo callar, mirar al cielo y pedirle al Dios de mis ancestros que los proteja. A ellos les he dedicado el siguiente ensayo. No están solos, millones de personas han salido para apoyarlos, en todo el mundo.

## **“JE SUIS CHARLIE”**

*“Je suis Jaime Garzón” (Nunca te olvidaremos)*

Los hermanos Kouachi, seudofundamentalistas, han intentado asesinar el arte y la libertad que conllevan valores que son imposibles de asesinar, esta vez, es el arte de la expresión mediante el dibujo. Cuando se exageran los rasgos físicos y psíquicos, se devela la caricatura, la esencia de lo que somos.

El maestro Shakespeare, otro gran caricaturista universal, decía: “La vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y se agita una hora sobre la escena y después no se le oye más. Es una historia contada por un loco, llena de ruido y furia, que nada significa”.

Los hermanos K murieron sin entender el sentido del arte del humor, de la ironía, defensas paliativas que nos permiten vivir en un mundo paralelo para no ver el paisaje de horror que nos impone “el gran hermano”. Nos defendemos como aquella niña que le tapa los ojos a su muñeca para que no vea lo que a ella le toca mirar.

Los hermanos K vivieron en orfandad y solo Alá representó el padre muerto que desde el mismo infierno les enviaba órdenes de vengar su situación de desamor absoluto por la vida, su mirada literal, distorsionada y aberrante del “otro”, del “otro” libre, hedónico, dionisiaco, a veces demasiado narciso para mi gusto, lo cual no me autoriza utilizar mi rifle AK para exterminar lo que no puedo subjetivar, o simbolizar.

Les fue imposible vivir bajo el mismo cielo con hombres y mujeres del Charlie Hebdo. Como ellos, existe un ejército de hombres heridos por el insoluble hecho de estar vivos, seres que se levantan día por día a vengarse de su orfandad, seres que se han sentido excluidos, estigmatizados, y como zombis de la vida real, deambulan con un desarraigo absoluto, ahora se agrupan con la esperanza de fundar un “Estado islámico”, beduinos en el desierto, nómadas del Medio Oriente.

Un ejército de frustrados se alimenta de jóvenes con estructuras psíquicas maleables, de la segunda o tercera generación de un núcleo familiar de desplazados, educados en el islam (palabra que quiere decir sumisión), que crecen en el desarraigo de sus culturas originarias y en la extrañeza de ese otro mundo al que no asumen con pertenencia, sintiéndose ajenos en su idiosincrasia (I. Álvarez Osorio).

Los yihadistas (los de la guerra santa) han creado un Dios para que esencialmente tenga fe en

ellos, el cual manipulan a su antojo, a sus deseos, a sus instintos reprimidos e insatisfechos, y en nombre de él realizan todas sus fantasías y delirios.

Los yihadistas son misóginos, les temen a sus mujeres, las esconden detrás del burka, no soportan su vitalidad, su sensualidad, su cuerpo, su maternidad, sus vínculos con la vida.

Los yihadistas se lanzan con extrema ferocidad e inmensa violencia a todo lo que consideran interpelación, crítica, burla, señalamientos. Son obstinados hasta el delirio, incapacitados de interpretar, de comprender un mundo diferente al concebido por ellos.

“Es difícil definir patrones de origen. Lo que hay en común es una necesidad de huir, de escapar de una realidad que los sobrepasa y en la que no ven ningún porvenir” (D. Bouzar).

El animal más peligroso de nuestra tierra se hubiera inhibido ante la solicitud de piedad del policía herido, indefenso y en el suelo (Quisiera creer que no supieron que era musulmán-argelino).

En ese “Estado islámico” se viola, se lapida, se decapita en nombre de lo que no debe ser parodiado, en nombre de Alá el grande, “hemos vengado el profeta”. Ante esto, Charlie Hebdo decía en palabras de Mahoma: “Es duro ser amado por idiotas”.

Un verdadero fundamentalista procura argumentarse en su fe y tiene espacio en su alma para los que no comparten sus creencias, porque saben que desde este lugar no es posible debatir, porque los credos pertenecen al mundo de la intimidad, la relación con Dios es más afectiva y su visión dependerá del padre terrenal que hemos tenido, por eso es íntima, singular y no puede pretender que el otro, el prójimo, tenga que ser mi hermano obligatoriamente. Los yihadistas son seudofundamentalistas, lo que menos les interesa son los fundamentos, les interesan las justificaciones de sus delirios. Justificar sus actos delictivos, psicopáticos es un imperativo para ellos.

Dicen los yihadistas que los hermanos K son “combatientes heroicos”. Decimos nosotros que los caricaturistas son los héroes de la libertad, combatientes de la violencia y del fanatismo, los que hacen pensar con la risa, mediante la caricatura y la crítica feroz.

Me da pena con ustedes, yihadistas, pero son hombres literales, son 114 azores del Corán, donde todos comienzan invocando el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso, virtudes de las cuales ustedes carecen en su totalidad.

“Es posible sacar citas fuera del contexto de todos los libros sagrados, incluyendo la Biblia y la Torá, para justificar crímenes (...) el derecho no cuenta en el análisis de los asesinos” (V. de Currea-Lugo).



En dónde dice que Mahoma debe ser vengado asesinando viejos caricaturistas de la generación de Mayo del 68, además izquierdistas ingenuos, iconoclastas y libertarios, defensores de un humanismo tolerante, que con el uso agudo del humor y la sátira combatían los prejuicios y deshacían sectarismos políticos, solo tenían un lápiz para reírse de la vida.

“Querían silenciar la risa que es el arma esencial de la fraternidad y de la democracia (...) en estos momentos de consternación y dolor, semejantes al que tuvimos en Colombia cuando asesinaron a Jaime Garzón (los paramilitares, con complicidad estatal) debemos reivindicar la risa, el humor y el derecho a la sátira. Pues sin humor y sin risa no hay vida, no hay democracia” (R. Uprimny).

“Para ellos [los caricaturistas] no eran sagrados ni el papa ni el profeta, ni Israel y ni siquiera la libertad de expresión, pues habían echado un antisemita de la redacción. Todo estaba sometido al escrutinio crítico, y a la prueba suprema de la burla y el desprecio” (H. Abad Faciolince).

Por qué pensar entonces que solo se burlaban de ellos, cuando era de todo el que se subiera a la cresta, de todas las iglesias, de los políticos, de los actores, de todos los Dioses, de los creyentes y no creyentes. Seguramente porque “los extremistas no tienen humor ni toleran la burla y por ello

persiguen a los extremistas de la sátira, pues en el fondo comprenden que la risa mina los autoritarismos y las intolerancias” (R. Uprimny). “Detrás del humor se oculta siempre algo profundamente serio. Y eso fue lo que supieron ver...” (P. Bonnett).

“Continuaremos informando, investigando, entrevistando, editorializando, publicando y dibujando sobre todos los temas que nos parecen legítimos, en un espíritu de apertura, enriquecimiento intelectual y debate democrático” (Editorial conjunto de seis periódicos de Europa).

Su egocentrismo maleficente, el terror al borramiento, a la invisibilidad, a la pérdida de cualquier identidad, a la nada, a un mundo de vacío interior, que debe asustar. Seres acorralados por sí mismos, que huyen de sí mismos.

De nuevo una paradoja: Los hermanos K matan en un periódico y mueren en una imprenta, mientras que una pareja se toma un supermercado judío, un musulmán (muslim quiere decir sometido, rendido a Dios) logra esconder unos clientes judíos dentro de un congelador, da para pensar que Dios tiene un humor negro como el de nosotros, o debe ser porque somos imagen y semejanza de él, o quizás una caricatura de él.

La última ironía se convirtió en un acto de provocación: “Toujours pas D’attentats en France” (Francia sin atentados), en palabras del controvertido escritor Michel Houellebecq.

¿Cuál puede ser la verdad de este crimen? La intolerancia, el fanatismo, el desprecio por la vida y la libertad. Hombres que visualizan un futuro de inestabilidad e incertidumbres, un futuro sin trabajo, por lo tanto, sin poder ingresar en un sistema capitalista que cada vez acepta más su máquina trituradora de empleos dignos.

De todas maneras, sería una ofrenda a los terroristas y una ofensa a las víctimas considerar siquiera por un momento que las supuestas burlas a los dioses y profetas de una religión ameritaban algún tipo de castigo cruento o escarmiento por mano propia. Quienes se sientan ofendidos por una caricatura, pueden acudir a los tribunales (Editorial La República).

Un internauta malayo recoge bien el espíritu del momento: “Aterrorizar a la gente para que no haga bromas. Matar gente por hacer bromas. Más importante que nunca seguir bromeando”.

La relevancia de un caricaturista está en la habilidad de decir las cosas de un modo claro y directo, en la virtud de transmitir una idea con ironía, lo cual le permite difundir su mensaje con contundencia y de un modo mucho más potente que el de cualquier columnista. Con su trabajo promueve la responsabilidad, combate la corrupción y procura fortalecer la relación entre los elegidos y la ciudadanía, la cual estará informada, aprendiendo la importancia de la crítica y de la participación.

El humor es un ejercicio intelectual que permite ver la realidad con distancia, relativizar la idea de verdad y de sacralizar todo desde un escepticismo burlesco. El humor, en general, no deja títere con cabeza, ni admite sentimentalismos, es impiadoso. Por eso es subversivo, un arma de combate con gran poder político, que desarma al contendor a punta de inteligencia (filósofo Henri Bergson, ensayo sobre la risa citado por P. Bonnett en su columna).

Sócrates y los caricaturistas podrían decir: Los dioses nos han puesto sobre la ciudad como tábano sobre un caballo, para mantenerla despierta, para no dejar adormecer a la sociedad, y qué bien lo hacían y lo harán.

Qué se puede esperar de la condición humana sobre la crueldad, “que Nietzsche llama ‘contranatura’ y que para Artaud es la expresión de un apetito perverso, se caracteriza por el encierro del sujeto en lo imaginario y por su aspecto voluntario y espectacular. Como decía Schopenhauer, supone una descarga de agresividad contra el alter ego que procura al cruel un descenso de la tensión y un alivio de su propio sufrimiento (...) Esa generalización: crueldad, voluntad de poder como fuerza cruel equivalen a vida (...) la crueldad como metáfora de la vida subraya la imposibilidad para el hombre de estar de acuerdo con el mundo y consigo mismo. Si la vida es crueldad, es porque en su voluntad (de poder), en el rigor de su

deseo, el hombre quiere lo que lo hiere. Ese pathos, ese esfuerzo cruel le indican que su fin, el secreto de su deseo, es del orden de lo inhumano (...)” (C. Dumoulié).

Zizěk venía analizando la reacción frente a las caricaturas desde que los musulmanes reaccionaron con el periódico danés, *Jyllands-Posten*, en el otoño de 2005, y como buen profeta filósofo se anticipa, consignando este aparte en su libro *Sobre la violencia*, escrito en 2008: “Las multitudes musulmanas no reaccionaron a las caricaturas de Mahoma, sino a la compleja figura o imagen de Occidente que perciben como la actitud que hay tras las caricaturas (...) Lo que explotó de manera violenta fue una red de símbolos, imágenes y actitudes, entre ellos un imperialismo occidental, el materialismo ateo, el hedonismo y el sufrimiento de los palestinos y eso fue lo que quedó ligado a las caricaturas danesas. Tal es el motivo de que el odio se expandiera (...) en las caricaturas se condensó un torrente de humillaciones y frustraciones”.

A manera de conclusión, resuenan en mí las palabras de Gloria Arias Nieto, columnista de opinión de *El Nuevo Siglo*, cuando dice: “Hemos sido silencio y palabra, llanto y resiliencia; hemos asistido a muchos más velorios que bautizos, y que Dios nos perdone si al callar hemos otorgado; si nos ha faltado más valor, y si olvidamos los nombres y los rostros de los héroes del lápiz y la palabra, aquellos que pasaron su primera noche de

muertos, en una mesa de medicina legal. Hemos sido tantas cosas, tantas ausencias, tantas huellas, que tenemos el alma llena de cicatrices; pero es eso, justamente, lo que nos hace seguir siendo nosotros y los otros; parte de los vivos y una sombra de los desaparecidos”.

Quiero terminar proclamando mi solidaridad con Corinne Rey, conocida en el mundo de la caricatura como Coco. Si la ven, díganle que he intentado estar ahora en su lugar, me he enfrentado en estas noches de insomnio a la encrucijada de colocar la clave para abrir la puerta donde están mis compañeros, estoy con un fusil en mi cabeza y me han dicho que me van a matar, intento engañarlos subiéndolos al tercer piso y una vecina les dice que no, que la oficina de los caricaturistas es en el segundo, entonces me toca abrirles, y matan a mis compañeros y yo he quedado viva, me escondí en un escritorio, he quedado viva me repito cada instante y mis compañeros han muerto, ¿por qué me tenía que saber la clave?, ¿por qué no se me olvidó?, tal vez yo estuviera muerta, pero ellos se hubieran salvado. ¡Qué infierno se ha vuelto mi vida, qué ironía, qué sátiro se burla de mí!

Por eso, Corinne, estoy contigo, yo no sabría qué hacer, quizás también los hubieran matado, pues me han contado que tenían armamento pesado, lanzagranadas y todas esas cosas mortales, hubieran derribado la puerta, de todas maneras. Corinne estoy contigo, je suis Corinne.

## CARTA A LOS AMIGOS

*Queridos amigos:*

Creo que la noche fue espléndida, llena de atropellados recuerdos, ideas y sentires, nadie quería ceder la palabra, solo el afán de los afectos, el de sentirnos orgullosos, de continuar siendo amigos, a pesar de ver la vida de manera tan distinta.

Recuerdo que el mono Correa se hizo dueño de la barra, la condujo magistralmente como sabio alquimista, combinando los químicos humeantes con las bases, los ácidos y el alcohol.

El negro Adolfo, poseído por la verdad que a su vez había sido transmitida por un sabio y ancestral africano, hablaba con vehemencia sobre el mundo de las polaridades, la energía de lo mágico, de sus iniciados, de los que ya están en la cuarta dimensión y de los que están por fuera del real y único conocimiento posible para entender la vida y la muerte.

Yo, desde la metapsicología, maquillada diferencia, que cree que la palabra tiene el poder de abrir puertas como el “ábrete Sésamo” de la cueva de Alí Baba y los 40 ladrones. Me lanzaba en diatribas platónicas, tartamudeaba con aforismos

de Cioran y me enternecía con poemas de Pessoa, brindando por la vida sin proponerle ningún cambio.

Mono Correa, nunca te habíamos escuchado tan abierto como aquel 19, era la primera vez que hablabas de la intimidad de tu familia, con todos sus encuentros y desencuentros, de sus falsos idealismos, de sus mezquindades y generosidades, de sus aciertos y desaciertos, eras como el representante del realismo, el mago de la ironía y el caballero de lo negro.

Luego, la música de aquellos años en que éramos felices e indocumentados, iletrados y tan cargados de sueños, con todas las vísceras completas y sin ningún duelo auestas. Aquella música de conciencia social que nos ayudó a construirnos y que nos blindó frente a la indolencia, frente a la injusticia.

El carbón de rojo vivificante como un pequeño infierno, después agazapados en una esquina, distantes de las mujeres y en esa complicidad de niños perversos jugando a ser adultos, mirábamos a través del humo, a través de las botellas y nos imaginábamos en mundos paralelos que se elevaban como cualquier pompa de jabón y recitábamos a Machado y luego a Miguel Hernández.

Ya en la madrugada, yo no quería sino cerrar los ojos para no dejar escapar nada, para así poder



atrapar cada detalle, entonces el mono Correa interrumpe la música, se pone de pie, e impregnando el escenario de un aire trascendental, dice con gran dramatismo: “Solo para informarles que soy un poco neurótico”, reímos hasta el dolor. ¡Ay mono!, como si lo hubieras descubierto hasta ahora. Esa noche te partió la vida en un antes y un después. Luego te dijimos, somos un poco más que neuróticos, somos como sicarios con alas, como bien lo dice el escritor Sebastián Miranda, somos poetas maldecidos que intentamos aferrarnos a la vida y desentrañar los secretos de su vientre.

Las primeras luces aparecieron como un enjambre de cocuyos que atravesaban la neblina de aquella madrugada. Quedaron preguntas, fragmentos de pensamientos que aún retumban mi mente, ¿será que siempre habrá una gran diferencia entre lo que éramos y lo que sentimos que somos? ¿Sí hemos podido aceptar lo distinto? ¡Qué bueno sería atravesar el río donde Narciso aún yace y en la otra orilla empezar de nuevo!



## **A LA GUERRILLA SIEMPRE LE FALTÓ POESÍA**

El big bang de los bombarderos de caza ilumina de terror la noche, los futuros comandantes en su orfandad deambulan por las cordilleras desde los 7 años, sus padres han sido asesinados ante sus ojos.

El sentimiento de impotencia clama venganza, solo el odio puede cubrir como manto el frío de la soledad. Dios ha muerto, o nos unimos o nos matan de a uno en uno, se han cerrado las puertas de la imaginación. No hay tiempo para enterrar a los muertos, no hay tiempo para pensar, se actúa con agilidad, se aprende a vivir con los secretos y las voces de la selva.

No es difícil imaginarnos qué siente un “tirofijo”, un “caraballo”, un “mono joyoy”, seguramente lo mismo que sintió el “capitán veneno” o el legendario “desquite” en el pasado. Con un fusil en las manos las cosas son a otro precio.

La guerrilla lleva en sus mochilas el alma desgarrada, el portacomidas vacío, su cantimplora llena de nada, solo los acompaña el

silencio de sus fantasmas. El odio crece en cada paso, dejando poco espacio para la ideología. Ha ingresado un nuevo actor a la guerra, el más perverso de todos, lo llaman narcotraficantes, tiene el poder de convertir todo en el oro del demonio. El norte se ha perdido.

Ante el asesino de su vivencia, hay dos caminos: igualarse con la víctima y morir en vida o emparejarse con el homicida, vestirse con sus ropas, camuflarse en el olvido, perderse en la locura. Tal vez, por eso, algunas veces se matan entre ellos, ya no se distingue de dónde vienen las balas, ya nadie sabe a quién van dirigidas. Militares que sobrevuelan el cuartel de Las Delicias reportan: “Con la novedad, mi mayor, nos tuvimos que ir porque no se sabía quién era quién”.

En retenes misteriosos por las carreteras de Colombia ya nadie puede precisar por quién fue asaltado, el paseo millonario no da abasto, los desplazados deambulan como turistas internos. Los que vemos la guerra a través de la televisión, no sabemos tampoco de quiénes son las bajas, ya hay más de 10.000 falsos positivos, recogedores de café de la infamia, del insomnio, nadie duerme, todo es una pesadilla.

Las muertes duelen de cualquier orilla, son jóvenes dirigidos por comandantes de la hiel, mientras muchos de ellos mueren de viejos como cualquier yupi o como un general de la República

frente a su escritorio cargado de soldaditos de plomo y tanques en miniatura sobre un mapa, jugando a la guerra, a ser grandes.

Surge la ilusión de un jefe que ama con igual amor a todos sus miembros de la colectividad. Para el soldado o el hermano existe una aspiración amorosa, ligada al jefe o a los otros miembros. Es claro cuando el jefe pierde la cabeza, todos emprenden la fuga o negocian sus ideales. Es como una religión llena de amor para sus fieles y, en cambio, cruel e intolerable para aquellos que no la reconocen.

Necesitamos con urgencia las instrucciones del poeta Byron, para cambiar el mundo: “Reúna los silencios necesarios. Fórmelos con sol y mar y lluvia y polvo y noche. Con paciencia vaya afilando uno de sus extremos. Elija un traje marrón y un pañuelo rojo. Espere el amanecer y, con la lluvia por irse, marche a la gran ciudad. Al verlo, los tiranos huirán horrorizados, atropellándose unos con otros. Pero... ¡no se detenga!... la lucha apenas se inicia”.

O las instrucciones para no llorar: “Que mientras quede un hombre muerto, nadie se quede vivo. Pongámonos todos a morir, aunque sea despacito, hasta que se repare esa injusticia”. ¿Ausencia de líderes? ¿Ya los mataron a todos?



## A JAIME GARZÓN

¡Cómo te extrañamos compañero, ahora más que nunca, cuando debemos vivir entre polaridades! El humor ha desaparecido, solo ha quedado el cinismo.

Te han excluido en tu materia inerte, con tu alma no pudieron, lo que no aceptan, es que aún nos nutrimos de vos, por eso la rabia está intacta.

En tu tiempo, colgaba de tu cuello una lápida de guerrillero, ahora que ya no existen, los llaman violadores, vándalos, desadaptados, siempre recordando el linchamiento público, siempre tan amigos de la muerte.

Los tiempos han cambiado, compañero Garzón, ahora cuando veo a tus asesinos, me conmueven, siento una profunda tristeza, por su alma tan inútil y tan llena de nada, inundada de certezas solitarias, amantes del espejo, donde prima un absoluto egoísmo. ¡Qué triste condición humana! De nada te has perdido, mi querido Jaime Garzón, no hemos avanzado en nada, todo tiempo es perdido.





## DIOS ES NEGRO

*A Édison Medrano*

18 de agosto amanecer del 19 año 2018, tuve una epifanía: “Dios es negro y vino del corazón de África”. Su peregrinaje avanzó con los sonidos melancólicos de una marimba y el arrebatado de la percusión de sus tambores. Todo es un palpar, una pulsión y un deseo. La madera de sus árboles suena, sus hojas al caer suenan, en el aire sus vientos son contenidos en negros clarinetes y respiran sonidos de vida, de perpetua fiesta. La muerte natural en el Pacífico se baila, la muerte violenta se llora con rabia y no hay alabao que valga. El Dios negro con todos sus ángeles, se quedó en el Pacífico, cuna de Palenque, la cuna del erotismo y la risa de los dientes blancos. Sus mujeres caminan sobre esteros, entre guayacanes, en el mar gris y profundo. Debe ser por esa razón que el currulao fluye como torrente por sus venas. Nada más original y auténtico que África y sus descendientes, estén donde estén. El pueblo elegido no es Israel, todo ha sido usurpado, excluido, desplazado, pero nunca han podido aniquilar la esperanza. El Petronio es la fiesta más grande de nuestras raíces. De un exsacerdote y una exreligiosa ha nacido un

nuevo rey, el verdadero, se llama Yuri Buenaventura, ha traído noticias de Europa, donde ya bailan a su ritmo. Desde la oscuridad del sótano de un metro los ha colonizado con la luz de la cultura. También trae lo bueno de los otros, siempre respetuoso. Ha tenido claro que la salsa evolucionará con la fusión de los sonidos de la selva y con el manual de agravios del Palenque, porque la salsa es sentido social, lo demás es chucú-chucú apanelado. El parcero Yuri anoche estuvo inmenso, enano gigante, dirigiendo a todos sus músicos, que hace rato salieron de la esclavitud de los cañaduzales. En el Valle del Cauca siempre ha existido un apartheid, latente, detrás de, maquillado... Solo un representante del Dios negro nos salvará y ya ha regresado...

## UNA NOCHE SIN LUNA

*“Una noche sin luna”.*

Dai Sijie

Anhelo estar con mis amigos, volver a conectarme con el humor, intento entrar en modo ensoñación, embriagarme con tanto recuerdo, poder oír las risas de estar juntos a pesar de nuestras irremediables diferencias. Los siento ya envalentonados con los elixires espirituales, y estando ya inundados de tanto amanecer, decir a viva voz, en un coro sublime, “el amor no es eterno”, con el tono y el sabor de un falso tango, aunque esta canción no ha sido compuesta, no ha sido nunca una revelación, la cantamos desde hace más de veinte años.

Después de escucharla por primera vez del compadre Ro, ahora quizás para tratar de conjurar tal premisa, la repetimos simplemente. Hoy pienso decirlo de otra manera: “El amor puede morir”, solo se trata de morir un poco, perder el miedo y renacer desde el vacío. Que viva o que muera o que vuelva a vivir, me parece que es un desafío que implica atravesar cierto dolor, caminar descalzo sobre el hierro frío e indiferente de

la soledad, es percibir la libertad en el alba, arrullado con el canto de los pájaros, y ser un gusano digno de todo sufrimiento, un gusano que descubre con entusiasmo y estupefacción la belleza del amor difunto.

“Es una belleza melancólica y liberadora, una especie de danza macabra en la que yo he girado alocadamente”.

¡Oh deseo, origen de todos mis males, dadme un remanso para sentir las mieles de una muerte tranquila! ¿Cómo ser aquel gusano de seda “que obtiene con los jugos que él mismo segrega, un hilo cada vez más largo con el que forma una trama, una estructura y por fin un capullo, donde se refugia a resguardo del mundo exterior”? Y luego, alado, ser libre o ser luz centelleante, sin generar ruido alguno, estrellarme en el vacío de un atardecer cualquiera, amortajado en mi propia hamaca.

Ver transcurrir la vida sin tristeza, sin sorpresas más bien con escepticismo, tranquilo en un rincón de mi casa en Jamundí, en donde escucho sus voces que me acompañan; la voz sindical, polo a tierra de todos, la primera que ha partido, la que más taconeaba en el baile, mi querida Lola, las inmensas carcajadas de Martha, con sus bellos ojos de colores. El comentario alegre y el más desfachatado de todos, de la gran dama Albornoz. El discurso trascendental del autoexiliado Mono,

toda la verdad para él, el silencio del autista primo hermano Valencia que pareciera dormir en su lucidez. La palabra fría e implacable que penetra al fondo del saco roto del inconsciente de Richard. El humor que prende el funeral más serio del compadre Rodrigo, la palabra sabia del gran gurú negro, la voz cariñosa de su amor devocional, la Morita.

Y toda esa disposición de amarnos, de permitirnos un pequeño espacio para el pensamiento mágico, porque la razón es la reina de la noche, la obstinación por la historia no puede faltar, la palabra medida que estalla con la explosión de una ironía sin medida alguna, lo ecuánime se desvanece con el tiempo que se agota, los positivistas se tornan pesimistas, el romanticismo en babosería, surge ahora la saudade, las anécdotas de la infancia.

Los amigos de colegio. Aquel que siempre tuvo las palabras de aliento, el que siempre padeció su cuerpo hasta su reciente partida. Ahí estamos todos. ¡Cómo decirles que me hacen falta sus abrazos! Contarles que en noche reciente había visto en un sueño los ojos tristes de ella saliendo de un camino solitario y oscuro; “era como si mi cuerpo estuviera en el hoy y mi alma lo mirara desde lejos”.

Cuando despierto, intento decir no seré yo el que finalmente me vea en ella, tener conciencia de haberlo perdido casi todo, sucedió en un atardecer de manera súbita, concisa, sobria, como suelen ser

las revelaciones de la vida. Sí, es posible conocer lo que significa perder cuando este se pierde y se perdió porque durante veinte años se trabajó para ello, para perderlo. Siempre he querido ser claro y sin atavíos cuando trato de decirme las cosas, soy un adicto de verme en el reflejo del río, así lo he declarado, así siempre me lo dijo ella, esa vocación de solo pensar en mí, de vivir ensimismado no sé de qué, tal vez de ser libre, en busca de una autonomía sin ley o con pocas leyes.

En fin, aquella tarde había terminado de trabajar, el último doliente se había absorbido todo o el resto de mi líquido esencial, y bajando las escaleras de un quinto piso, me di cuenta de que no tenía a dónde ir. Unos segundos antes tenía deseos de vivir, de comer. Sin saber a qué tienda del camino iría a parar, qué desear y sentarme de nuevo solo, y después la casa vacía, la puerta que se abre y la oscuridad, el frío que te recibe, sin bienvenidas, sin formalismos, la mascota que ya no está, los hijos que ya se fueron, la mujer que ya no te mira, todo hizo que me cuestionara el sinsentido del trabajo, sus jornadas pueden ya no tener límites, y los proyectos que se hicieron. Entonces, para qué el final, si después no habrá nada.

Ahora mismo quiero entender la concepción del tiempo, “este instante en que hablo ya está lejos de mí”. Ya tengo casi 60 años y todo me parece en vano, todo es tan relativo, todo es posible, todo se parece a la pregunta fundamental, ¿qué va a pasar

después de la muerte? No me queda otra que acogerme a las palabras: “Hoy estoy perplejo, como quien pensó y encontró y olvidó”.

Lánguido esperaré que la aurora entre con sus pasitos menudos y me sorprenda junto a mi deseo, por un nuevo sueño, como un rezo que repito: “La vida no tiene nada mejor que esta hora de diáfana frescura, la hora de despertarnos juntos”.





## NEW YORK

*“En New York, la única ciudad del mundo que no dan limosna y a Rojas le dieron”.*

Tigre Díaz

La cita se había planeado con un día de anticipación y sus detalles parecían suficientes para el encuentro en New York, más precisamente en la 5th Avenue Street 42, del condado de Manhattan, en donde perro come perro, como dice la canción de Henry Fiol. Partíamos en días diferentes desde la ciudad de los vientos, coincidíamos en que siempre que se está cerca de New York había que ir, como para no olvidarnos quiénes somos.

La capital del mundo nos señala el norte, desde la simple e impresionante moda en el vestir, en su música, en el arte de caminar, de hablar, hasta en el modo de cómo matarnos, sus motivos, en fin, ciudad de todos y de ninguno, en donde la indiferencia reina. Toda propuesta rápida tiene resonancia en aquella gran manzana atiborrada de rascacielos y de los más tenebrosos subterráneos, submundos de leyes implacables, hombres rata recelosos de todo, el cielo y el infierno en un mismo punto, sin mayores fronteras.

Esta era la segunda vez que la visitaba, aunque lo había hecho muchas veces a través de la literatura con Henry Miller, con Charles Bukowski, con Edgar Allan Poe, y a través del cine de la mano Woody Allen, todos ellos cuestionados por asumir la vida con la transparencia que da la mirada interna sin hipocresías, con ese escepticismo lujurioso que dan nuestros instintos cuando no les tememos, sin represiones monacales, insulsas, con el deseo en la piel que es donde está el alma.

Recorro el camino hacia el aeropuerto en un lujoso taxi, con todo el tiempo del mundo, una negra grande y gorda desparramada frente al timón, conduce y habla sola, intuyo que es del clima, del tráfico, del último asalto a un banco; luego la pregunta de cortesía: “*¿Where is your from?*”. “Colombia”. Un silencio, una mirada por el retrovisor, siento que presiona un poco más el acelerador y pienso que de todas formas algo es algo, tener una identidad que produce como miedo, me da seguridad. Con tanto tiempo disponible, una mexicana amable me pregunta que si no me quiero ir en un vuelo anterior, lo cual me pareció perfecto –días después supe que ese vuelo sería el último, pues a la ciudad de los vientos no le dicen así en vano–.

Contaba con tres teléfonos, amigos de mi padre, como plan B donde podría alojarme. Un vuelo movidito, pero serio con mis lecturas, distraje el temor de morir en pecado. En el aeropuerto

de Newark me encontré con un colega, cuyo nombre siempre olvido, un espécimen raro de mi secta, de posiciones enjutas, cabeza inclinada, mirada esquiva, de movimientos temerosos y con musitaciones solitarias, me recuerda aquel personaje de los cuentos de Chejov, “hombre enfundado”.

En sitios tan distantes de mi madre tierra, cualquier mirada de un conocido y que además habló el mismo idioma, siempre será bienvenido, despertando así mi precaria sociabilidad, llegamos a unos acuerdos, abordamos el mismo bus de New Jersey a Manhattan, luego el subway y su mapa clásico de colores diferenciando redes, después la frustración, había tanta aclaración, paso por paso, que no lo entendí, pero ¿por qué? Si me ufanaba de haberme desenvuelto en el metro de París y de Berlín a las mil maravillas. Me consuelo pensando que el croquis europeo, parte del principio que el que lo va a interpretar es medianamente inteligente, diferente a nuestros amigos norteamericanos que todo está pensado desde y para mentes prácticas, al pan, pan y al vino, vino, nada de subjetividades, ni mucho menos de representaciones simbólicas.

En fin, mi amigo de la tierra de las hormigas culonas y de las mujeres bravas ya se encontraba en una esquina leyendo el mapa, con espíritu científico y de asombro, pero el idioma, hay que decirlo, no nos ayudaba mucho, el papel metido en sus ojos, sus gafas a media nariz, en aquel sótano

¿cómo diablos íbamos a saber dónde quedaba el sur o el norte?!

Quemaba tiempo intentando mirar a las gringas con el mismo espíritu científico y sobre todo deseando tal cercanía, sin poder pasar mi aguja más de la media asta, me preguntaba que si era que me estaba enamorando, lo cual sería sumamente grave para mi espíritu libertario, y se me venían dos caminos: el de la consulta con el psicoanalista o la del temido urólogo.

Tiempo después, el primo, que sí sabe de mujeres, me tranquilizaría explicándome que la química de las gringas no era interpretable para los latinos, que su caminar era el mismo de los hombres y sus gestos tan diferentes a nuestras coterráneas en su feminidad, que por eso era que no se me había movido la aguja.

Después de caminar de un lado para el otro, de ver y oler el gran orinal de subterráneos, salimos a una cloaca mayor y después, solo y escupido como en el descenso de un canal de parto, salimos a la luz de Manhattan. No lo podía creer, estaba realmente emocionado, una hora antes de lo pactado estaba en el sitio acordado, es decir, eran las 14:00 horas o'clock, me despedí del amigo toche que como pájaro partió sin rumbo claro.

El lugar correspondía a una biblioteca, sin habérselo propuesto, miré alrededor, tomé aire

de libertad con aspiración profunda, ubiqué un lugar estratégico de vigilancia en donde pudiera divisar las cuatro esquinas, saqué mi pequeño libro de Fernando Savater sobre la ética, conté los días que me quedaban para regresar a Colombia, eran cuatro también, me dije que la simetría en la ciencia de la numerología era un buen augurio.

Había tiempo suficiente para conocer la discoteca de Tito Puentes, ver uno que otro striptease sórdido, nada superable al de Tuluá (Valle), donde sin mayor coreografía conocí la grupa que fumaba; ir también a un par de museos, ojalá posmodernistas, que son los más perversos, tal vez al Central Park.

Me compré un hot dog en el país de los hot dogs, acompañado de la deseada Coca Cola en el país de las colas, y me sentí tan auténtico. Luego, con pena con mis camaradas progres, que tan generosamente me han recibido a pesar de no tener muchas expectativas con un buena vida como yo. Me río de mis años, no son nada, me siento como un adolescente añoso, sin vergüenza.

Nada me hacía presentir que en pocas horas mi vida iba a dar un giro importante, que la cita nunca se cumpliría, pasaron las horas, los minutos, luego los segundos, luego la nada, la desesperanza, la soledad entraba por los dedos de los pies, caminaba de un lugar para otro, el cielo comenzaba a cerrarse por una gran nube negra que amenazaba

con caer toda encima de mi cabeza, la gente corría, con un destino definido, y yo no sabía qué hacer, abandonar el sitio de la cita ¿y si después llegaba?

Ya había agotado las tres llamadas, una había respondido el impersonal contestador automático, la otra se había perdido en el repicar nostálgico y monótono timbre de lo que no hay retorno; la última, una voz femenina hierática y fría se enfureció cuando oyó mis pretensiones ingenuas de querer que me recogiera de aquel andén ya encharcado, con mi morral inundado y mi alma fría llena de tantos temores, logré calmarla diciéndole que no pasaba nada, que la culpa de vivir es responsabilidad de cada uno.

¿Qué había pasado? Nunca antes había dejado de cumplir una cita, repasé los pasos, miré de nuevo una y mil veces más la dirección, empecé a dudar si la anoté bien, si era en aquella ciudad o me había equivocado de día. Llovía a cantaros, a mares, mis anteojos enneblinados, mis ojos llovían, mis pensamientos estaban mojados, ya no fluían bien las ideas, sus conexiones estaban húmedas, hacían cortocircuitos, como las descargas eléctricas que estoy viviendo.

Flash back de recuerdos repetitivos: un niño de 5 años grita desde una montaña tan lejana y tan llena de soledad, el eco de su grito se vuelve con más violencia y él se acucilla tapándose los oídos, y llora sin consuelo. Oigo al compañero de

internado que se enloquece, grita mi nombre, que lo acompañe y no lo deje a merced de unas voces tiránicas que lo vienen atormentando, el recuerdo de las palabras del amigo, que, sabiendo que sus días estaban en cuenta regresiva, miraba silencioso sus pies indefensos y contaba los sueños que ya no se podían cumplir.

Cierro los ojos y aparece el amor que como ciervo solitario empieza a escalar, con el canto de sus poemas de gran orfandad, repito con ella, “esta vida no es más que un gran acabadero de ropa”. No dejo de pensar en el compadre Rafa, que le da por preocuparse por el último condenado a muerte, por la puesta de la inyección letal, por sus eventos adversos, cuando todos ven con buenos ojos su muerte.

Todas las visiones, todas las voces se juntan con los recuerdos, como autopistas de innumerables carriles y atestadas de carros que tocan sus bocinas hasta el delirio. La penumbra desciende como niebla, es la hora en que los fantasmas salen a caminar, con buen apetito suelen alimentarse de la carroña de nuestras dudas, de los desperdicios de nuestras culpas, de los pedazos de tiempo, razonablemente perdido.

Entonces recito: “Si fuera posible salir juntos al acecho de la culpa y enfrentarla con desdén, sujetarla del cuello y escupirle la cara, estaría dispuesto a inundarla con todo el odio acumulado de mi vida”.

Se viene la oscuridad y con ella todos los mendigos, los ñeros, los clochards, los desechables, los leprosos, los excluidos, todos los que sobran del baile, ahora danzan bajo la lluvia, todos aparecen, suplicantes, indefensos, con sus manos huesudas, bóvedas sin ojos, bocas sin dientes, cuerpos sin alma, pulmones sin aire.

He caminado en todas las direcciones, debo tomar una decisión, ¿por qué no la he tomado? Ahora la ciudad se inunda con luces de neón, la noche ha caído como un telón negro sobre la tarde que fue gris y ya no será más. Recuerdo que tengo unos dólares en un rincón de la billetera y oigo la voz del amigo del Sur, que días antes había dicho: “Yo he visto al Juan salir de peores cosas”, y me sorprendo de la mirada del otro, ¡cómo es posible saber lo que no sé de mí mismo!

Encuentro un hotel de coreanos, hostiles hasta donde no más, subo por un ascensor a tiro de descompensarse y soltarse al vacío; encuentro una habitación oscura y lamentable, con una lamparita que no sirve para nada; arrojo en girones mojados la ropa, ahora sí totalmente desnudo, escucho la intimidad del silencio, susurros de vacío, miro desde la ventana la tierra lejana. Piso 54, estoy solo, hablo solo, desconozco mi cuerpo.

Los fantasmas se han asomado sorprendidos de tanto silencio y desolación, me abandono con ellos y con algunas brujas invitadas, en un aque-larre inimaginable, descubro que nadie podría



mirarnos, nadie podrá juzgarnos. En esa altura con el pavoroso silencio de Dios, podría lanzarme, podría masturbarme, podría ser otro, podría ser... puedo ser. Apago la tenue luz, son las 23 horas y pienso que la cita sí se había cumplido.



## EN ACHÈRES, FRANCIA (2009)

*A José Malaver*

Ahora vive en la litera de un vagón de tren dado de baja hace muchos años. Es un tren con historias de viajes y de huidas, de encuentros y desencuentros. El director de la clínica psiquiátrica, con la mirada de los que trascienden las cosas inanimadas, ve vida en ese cementerio de trenes e invita a los estudiantes de arquitectura de París a crear un complejo habitacional de dos pisos, un restaurante de belle époque, cálido y acogedor. Desde sus ventanas se observa un pino gigante y solitario que enseña su color verde al otoño.

José abre su litera y en una pequeña antecámara de su habitación hay cinco cosas: una mesita, dos asientos y dos afiches, uno de Cornelius Castoriadis y otro de una mujer desnuda, de espaldas, mirándose al espejo, arreglándose su cabello largo, con unos zapatos de tacones altos, que le dan una mayor inclinación a su ya pronunciada lordosis, haciéndola ver en todo su conjunto más poderosa que el pino de su ventana. Me dice: “Es Simone de Beauvoir, en plena juventud, en un hotel de Chicago”.

Imagen que trae recuerdos, no dejo de pensar en aquella mujer que algún día me amó con pasión absoluta. Así era ella, tan fuerte como sus piernas, tan sensual como una cola africana, tan convencida de pensar que desde sus caderas nacería el nuevo hombre. Te recuerdo, amada, aquí desde este tren estacionado que solo vive por el movimiento de las ideas, las que ahora me acompañan, en este pueblo silencioso llamado Blois.

A pocos minutos y caminando se llega a la clínica Achères, la cual está rodeada de un gran bosque, por esta época teñido de amarillo otoñal. No hay puertas que encierren, siempre hay la posibilidad de salir a la libertad. Aquí estoy, tan distante de todo, en este lugar existen otros seres, seres tan rotos y hermosos como yo, como tú, como ella, que me hablan en otro idioma y me preguntan si soy gentil mientras almorzamos. Aquí también quiero vivir un tiempo, mientras mi cuerpo se restaura, hasta cuando cedan mis voces de agonía como los de aquel gallo francés disfónico que intentaba despertarme esta mañana.

Por su salud, compañero, brindamos con un ron blanco de pocos euros de origen desconocido y nos calamos en la tarea de pensar, sin preocuparnos en absoluto por quién tuviera la verdad, solo con la seguridad de aquel atardecer que moría ya. Ahora lo cubre todo una neblina tenue que anuncia que esa noche se pudieran develar cosas muy importantes para los dos. ¡Qué bueno es el diálogo

de los amigos. “Hay que tener un proyecto para ser realizado en Colombia, seremos los pioneros en Latinoamérica al replicar esta gran idea que ves aquí, son cincuenta años los que la han madurado”. Para mis adentros pienso que lo vivido en Achères es lo más cercano a la psiquiatría que algún día había soñado.

Caen las hojas, cae la lluvia, caen mis lágrimas y mi alma a pedazos, caen las imágenes de cuanto las amé, caen los recuerdos, los detalles nimios, cae todo, hasta mis huesos, sus partículas agudas rompen mi piel, todo sucede a través de la ventana de aquel vagón. De nuevo el pino gigante ocupa mi mente, parece el fósil de un hombre de tiempos bíblicos cuando existían seres de dimensiones mayúsculas, nobles y pacíficos que murieron de inocencia, enfermedad que en nuestros tiempos ha desaparecido. Nadie en nuestro tiempo es inocente, ni los niños que ya bosquejan pensamientos de terror. Nadie en nuestro tiempo confía en el otro, se oyen voces de componendas universales, son nuevos cantos de sirenas, me aferro al mástil sin mayor seguridad, me aferro a los recuerdos sin mayor convicción, me aferro al pasado de sufrimientos inútiles y huyo del futuro incierto, huyo de la melancolía en acecho, la que me estará esperando al voltear la esquina. Caminaré de espaldas e invocaré el insomnio eterno, me cuidaré de las ensoñaciones diurnas, de los astros que profetizan, de las norias del camino. Me prepararé para el invierno, desde la soledad de aquella silla

blanca que se encuentra debajo del gran pino y mis huesos serán leña ardiente que me protegerán de los nuevos embates traidores.

Sí, José, te escucho, a tu salud de nuevo. Me hablas de la jardinera del lugar, pienso que está tristemente enamorada de su marido, es cuestión de tiempo, no hay que impacientarse, las uvas están verdes, hablamos de su trashumancia, hoy arregla el jardín aquí, unos meses después en España, luego en Inglaterra. Veo sus grandes ojos azules, su juventud que me recuerda la muerte en Venecia, su sonrisa de mujer y me pregunto, ¿cómo es posible que no esté enamorada de todos los hombres, solo de su marido?

Ya había visto las flores de su jardín y nada se comparaba con ella, flor errante, flor que deshoja todo a su alrededor cuando camina. ¡Qué vaina, José, no ser una planta para ser podado por sus manos! Me siento cansado de cargar tanta soledad a costas, solo la corporalidad de los pensamientos me acompaña.

Ahora la recuerdo a ella, Penélope, la que siempre me esperaba, mi continente, mi cordura, la tierra que circunda y da límite al mar, a su ímpetu sin medidas, a sus olas alebrestadas, al caos, la luz de mi oscuridad. También ella se ha ido, ya no espera, cansada por el tiempo, cansada de los embates del engaño, ya no la dejan cerrar sus heridas.

En la mañana caminamos otro poco y me presentas al bibliotecario, impecable, del orden absoluto, de la limpieza a toda prueba, de la simetría a ultranza, no hay detalle posible que se le escape. Luego nos preguntamos qué tan posible es solicitarle un libro. Con tanta normatividad a cuestas, ahí va él, como todos los que intentan trabajar, como los del club, lugar creado después de un incendio, donde participan los pacientes en su nueva construcción, con el actual ropaje, son merecedores de un premio nacional de arquitectura.

Participo de la reunión donde se planea la semana, hoy hay alguien nuevo que libremente se quiere comprometer a unas jornadas de trabajo. Se le pasa la agenda, lo piensa lentamente y elige unas tardes y unas mañanas. En el orden del día, el espacio en el que se habla de las dificultades de la semana anterior, se debate el problema de hacer cumplir la ley que prohíbe el consumo de cigarrillo en recintos cerrados, se plantea una orejita a la ley que se permita al lado de la chimenea, otras chimeneas humanas, en turnos.

Después conozco al coronel que participó en la guerra y en otras vidas, ya no recuerda por qué sabe hablar español, este idioma emerge sin su voluntad. Pasa ahora un genio de la música que optó por la radicalidad de no volver a hablar con nadie, solo se comunica a través de su instrumento, la música es el objeto exclusivo de su deseo, nadie más existe. Ahora mismo me explicas las

normas de andar en pequeños grupos de tres, no se permite la relación de parejas, aún reflexiono sobre tal concepto, entiendo con más habilidad el permiso de tomarse dos tragos básicos de bebidas con alcohol los domingos junto con sus familiares. Saltamos a otro módulo donde están los estudiantes que hablan de la experiencia de su estadía frente a los monitores, quienes siempre están dispuestos a aclarar dudas y a generar inquietudes.

Pasa madame Silvy, con su hermosa sonrisa, sus buenas maneras, de mujer culta y reflexiva, la mujer que escucha, silenciosa como la Francia misma, la mujer que me brinda su casa de campo con amorosa sencillez.

Aquí en Achères se cumplen las relaciones horizontales y se disuelven las jerarquías. Me pregunto si solo se puede trabajar aquí por convicción y para llegar a ella no es posible si no se ha caminado por fuera de los caminos de la ortodoxia, con una mirada filosófica existencial y con una posición de ideología política anarquista. Es así como se pueden manejar con autenticidad los conceptos de lo que es una psicoterapia institucional, la de crear esta gran comunidad terapéutica.

¡Qué buen ejemplo de convivencia!, las fronteras de la insania y la salud mental son generosas y sin alardes. Las habitaciones de los pacientes están con lo básico, con luz y limpieza, confortables. Hay un gimnasio donde se cuida el cuerpo, también



una sala de música, un salón de poesía y un recinto para las conferencias de la noche.

Cenamos con el director. Entre el primero, el segundo y tercer plato nos escuchamos, nos preguntamos y planeamos algunas tareas, me invita a capacitarme cuando lo desee, disfrutamos y comemos con avidez, con hambre de seguir aprendiendo.

Los pacientes trabajan con ganas de hacerlo bien. Nos disponemos a oír la conferencia sobre las olimpiadas populares de Barcelona, las que nunca sucedieron, se trataba de contrarrestar las del führer en Berlín, cuando llega su aliado, el dictador Franco, al poder en España, trayendo el silencio de la muerte y, en consecuencia, el exilio del psiquiatra español que termina construyendo esta idea, en el caos de la guerra, el encuentro con los enfermos en el bosque de Francia. “O nos sabremos acompañar, o nos moriremos en el invierno que ya llega, ¿Quién de ustedes sabe hacer el pan? ¿Quién sabe cultivar un huerto? ¿Quién sabe construir una casa?”. Y fue el comienzo de todo.

Avanza la noche y se discute entre los colegas, qué es lo más conveniente, si la necesidad de competir para crear, o la de emular para convivir más fácilmente en armonía, pensamientos que surgen de hombres y mujeres que tienen tiempo para pensar. Entonces el tiempo se me hace más lento, cierro los ojos y me doy cuenta de que el mundo es

más grande cuando no se ve el tiempo ni el espacio, solo así es posible pensar.

Hay proyectos, bienvenidos todos los que se puedan sustentar. Ahora mismo se planea la compra de unos caballos para la equinoterapia, o por lo esencial que también es lo lúdico. Amigo José, no encuentro la fisura, el quiebre o el pero, quizás es mi tendencia a idealizarlo todo, toda mujer se puede convertir en una figura de amor.

La noche lo arropa todo, el sueño lo vence todo y a pesar de nosotros, mañana saldrá de nuevo ese sol que anuncia un nuevo invierno. Parto a París, luego a Colombia.

## **BAJO LA MIRADA DE UNA LUNA QUE NO ERA LUNA (2005)**

Éramos tres. Mi compadre, la chica del cabello ensortijado y yo. Planeábamos el final de la noche en el “Son Cubano”, después de un mojito y haber ganado un concurso de salsa improvisado por un habanero, quien estaba seguro de su triunfo frente a un jurado de origen alemán.

Cerraba el cuadro de parejas una morocha de carnes prietas; era de Puerto Tejada, Cauca, y trabajaba en el mismo bar. Estábamos en Bellavista, Santiago de Chile, y era la noche de un jueves nada concurrido. La chica del cabello ensortijado se sentía cómoda con nosotros y planteó su fantasía erótica y su temor a caer en el gusto mutuo de otra mujer, pero conocedora de que los compadres eran hombres de cierto recorrido en las rumbas marginales de varios países, sentía que podía profundizar más en los recodos laberínticos de su libido y, tal vez con el sí un poco flojo, se comprometió más en su fantasía y planteó de nuevo que lo que realmente quería era ver cómo un hombre se clavaba a otro y pues pensaba que en algún lugar de aquella ciudad, atravesada por el río Mapocho y por gaviotas perdidas en su rivera, lejos del mar,

habría hombres con tal disposición. Prometió que si le concedíamos ese deseo nos daría su bien máspreciado y escondido entre sus piernas. Intenté canalizarle su deseo con la recomendación de la lectura del libro *Las edades de Lulú*, de Almudena, premio de novela erótica española, en donde desde el primer capítulo aparece un hombre sodomizado por otro, con un pene con anillo de puntas. También le dije que igualmente habían hecho una película de tal libro, pero ella quería en vivo y en directo.

Entonces miré a mi compadre, ya canoso y avejentado por los excesos de la vida, y me vi reflejado en el espejo del bar, con el hígado medio podrido y con una víscera menos, y le recordé aquellos tiempos cuando terminábamos viendo los mejores “estriptis” del mundo; mujeres contorsionistas, de cucas humeantes, mulatas que nos enseñaban a bailar samba, mujeres desnudas sobre las mesas cabalgándonos en la nuca. Habíamos sido jurado de un reinado de camisetas mojadas en una fiesta de quinceañeras ¡Qué buenos tiempos aquellos! Pero en los últimos años nos ha dado por frecuentar lugares gais ¿Qué nos pasa, compadre? Convento rico en Toronto, Canadá, donde los basquetbolistas de la NBA lucen libremente sus faldas; en *vita cure*, en Bello, Antioquia, en donde los meseros están vestidos de novias y hay una urna donde se hace culto a la mierda, show con drag queen en Lisboa, Portugal, en esas hermosas calles diseñadas por marineros borrachos,

del tiempo de los descubrimientos; en aquella discoteca de São Paulo, Brasil, en donde lo importante no era el desnudo, porque todas las mujeres ya lo estaban, sino la obra de teatro de transformistas que de rudos pilotos se convierten en lindas y locas azafatas. ¿Será, compadre, que estamos entrando en esa edad de la incertidumbre de no saber a quién tirarle la tripa? ¡Y ahora la chica de cabellos ensortijados con la medio pendejadita que estaba pidiendo! ¡No, compadre, póngale límites! ¿Por qué no más bien pensamos en cómo instaurar el día de la histeria? Un día festivo con reconocimiento mundial, un día que se anuncie como el de más grande descubrimiento poético de finales del siglo XIX, como lo decía André Breton. Mire, compadre, gracias al desvelamiento de ellas, bellas e inteligentes, la creación desde la falta siempre será posible, siempre la insatisfacción será el motor de otras fantasías, otras propuestas de ver la vida sexual con toda la gran riqueza de posiciones, de expresiones y teatralidad posibles. Echémosle cabeza y verá.

No muy convencido el compadre, discutimos sobre el tema de la homofobia y del heterosexismo como residuos del fascismo que gobierna nuestra interioridad y, sin darnos cuenta de tanta botadera de plumas, terminamos de nuevo en el tercer piso de un sitio de suficiente “ambiente”.

Hombres bigotudos besándose apasionadamente, uno de ellos animaba el baile desde una

tarima con una mini tanga y la música de fondo: el trance, esa música que ejerce una especie de masaje cardiaco y se necesita una pepa de alguna anfetamina para poder apreciarla bien. Les puedo asegurar que aquel tipo ponía eléctricos al 99 por ciento de los que estábamos allí. Bueno, solo mi compadre y yo no nos sentíamos conscientemente seducidos. De hecho, le oí decir: “No dejo de extrañarme de ver tanta ternura suelta entre hombres”, con ese concepto estético de influencia griega de que lo bello únicamente está en la juventud y la naturaleza que es perfecta (mejor dicho, él sabe muy bien quién es bonito y quién es feo), en donde el mundo se divide, además, en ratas e inocentes. En cambio, para mi concepto de belleza, un poco más obtuso, puesto que está construido por la mismísima perversión de los curas que me educaron, nada era natural allí. Para mí solo es posible el gallo con la gallina, nunca el perro con el pato, es decir, dos hombres bigotudos besándose es un cuadro simétrico y especular; ahora, considerando la influencia del Romanticismo francés, la belleza está en la asimetría, lo bello en lo oculto que está por develar, lo bello y su relación con lo siniestro, en ese oscuro objeto del deseo, como decía Buñuel.

En fin, mirábamos cómo la chica de cabellos ensortijados ya había encontrado un parejo y se encontraba bailando y se sentía libre de todo prejuicio. Pero lo que tarde vine a saber era la trampa que se me tendía en complicidad del compadre, pues el parejo, un árabe que a los ojos de mi compadre

era feo y mueco, y yo solo podía agregar que era baboso, de esos que hablan y salpican gotas a todos los lados (preciso, como soplapollas), le estaban diciendo que de los tres, el único gai era yo, pero que era muy tímido y apenas me estaba iniciando en esas lides.

Debo decir que la broma era muy buena hasta que mis compañeros de rumba no pudieron de la risa y el árabe, que parecía más bien un detective del culo, pagado por el mismo club para detectar personas inconvenientes (como homofóbicos, por ejemplo, o simples burleteros voyeristas), se empezó a poner paranoide y a hacer señas a otros como él: al disc jockey, y este, al guardia fisicoculturista de la entrada. En ese momento me preguntaba si esa risa de ellos era de burla, y yo me acercaba a mi compadre y a la chica del cabello ensortijado para que pararan ya, que el árabe estaba ya un poco molesto y ellos se reían más al ver mi cara de horror; de hecho, mi imaginación ya veía muertos atravesados por puñaladas tra-peras, por la espalda, por todos los del bar y a la chica de cabellos ensortijados quemada con una mecha de gasolina que salía de su bien máspreciado. Bueno, menos mal que ahora vivo para contar estas cosas.

Sin haber hecho ningún tipo de concesiones, el final de la historia: cuerdas de risa que duraron hasta el próximo bar, voces que hablaban de acosador-acosado, voces que decían entre lágrimas de

risa, de cazador-cazado, hasta que llegamos a un nuevo bar. Sí, de gente de bien.

Una chica dorada, de cuerpo esculpido por un escarpelo, a lo mejor de la mano de un cirujano caleño, bailaba lanzando sus prendas al aire hasta quedar en bola, como Dios nos la mandó a partir de Adán, de tetas perfectas y pubis recién afeitado. Me la bebí toda con una gigante cerveza y, en actitud reverencial, dije como en oración lo que escribía el maestro Shakespeare: “La vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y se agita una hora sobre la escena y después no se le oye más. Es una historia contada por un loco, llena de ruido y furia, que nada significa”.

Aún guardo el recuerdo de aquella rubia, como también sus medias que me habían caído en la cabeza, y en las noches de soledad me las pongo de bufanda para el frío.

Luego, en el hotel, mi compadre se encerró con el premio ensortijado. Solo le dije: “Oiga, compadre, resuélvame esta pregunta. Yo sé que todos los maricas son paranoides, pero no sé si todos los paranoides son maricas”. Me dormí con tal pregunta; tal vez no esperé respuesta. Ya el compadre andaba en las suyas. En aquel hotel de la risa, sentí que me habían tumbado de nuevo el premio prometido.



## ASDRÚBAL

Ocurrió en un pueblo, de esos que se encuentran prendidos de las faldas de una hermosa y delineada cordillera, en donde el anochecer es temprano y los días soleados son muy escasos.

Sus habitantes, la mayoría silenciosos, deambulan por caminos de trocha, fangosos y difíciles, arrastrando sus bestias cargadas de frutas y alimentos de la tierra. Asisten los domingos al sermón de un cura viejo y aburrido de vivir, quien después de condenar los espacios, en donde la fantasía de la libertad se hace presente y la alegría, a pesar de efímera, alcanza para defenderse del tedio de la semana.

Al dar por terminados los oficios religiosos, los hombres bendecidos salen presurosos a dejar a sus mujeres en el mercado y de allí, a los lugares condenados por el cura. Uno de ellos queda contiguo al cementerio, distante del pueblo, es una casa de puertas azules, que en las noches, con la luna, se viste de rojo, y pareciera titilar, como faro, evitando que hombres de bajo vuelo no se estrellen.

Su música monocorde, sus letras claras y directas, hablan de pasiones, de celos, de envidias, de los temores de la soledad, de la virilidad y de la muerte. Es allí donde el baile representa lo que es un cortejo de seducción, preámbulo del amor, que con frecuencia se torna fúnebre, y la danza sexual se convierte en una caricatura macabra.

Las mujeres que la habitan se pasan su vida recorriendo los pueblos, arrastrando historias de desesperanza y desengaños, historias de miserias, de esa miseria humana que grita el cura y que para él, con el culto de la cruz, quedó afuera, como sus deseos.

El otro sitio queda dentro del pueblo, son las tiendas, llenas de anaqueles, atiborradas de cosas vencidas, de techos altos con sus paredes a medio pintar, cuelgan afiches de mujeres en biquini que simulan montar una llanta pinchada de la chiva.

Asdrúbal se encontraba sentado en un bulto de yucas, con una cerveza en la mano y un guacal entero que lo aguarda, este pequeño hombre, devoto de El Milagroso, por demás, y labrador de su tierra de toda una vida, no entendía su dolor, el de aquella noche era mayor.

Su alma tambaleante se sostenía todavía por el frío del pequeño manantial de cerveza. Cumplía siete días de ayuno de la palabra, su mirada no se vinculaba con nada de este mundo y su final ya se podía presagiar.

Contaban que su error fue el de haberse enamorado de una mujer que no podía pertenecerle; otros aseguraban que aquella mujer nunca lo engañó, y que no se trataba de un drama común, de esos que simplemente terminan yéndose con otro.

Asdrúbal realmente estaba muy serio con su tristeza, su vacío no permitía que entrara la soledad, la nada lo abrazaba con frías cadenas, no existía otra posibilidad, sin ella moriría, con ella viviría.

Aquel día, el pueblo fue invadido por una bruma densa, se juraría que el tiempo se había estacionado. Las mujeres cerraron sus casas, los niños y los animales, en un profundo silencio, escucharon un último lamento.

Al amanecer encontraron a Asdrúbal, en sus manos se hallaba la guadaña, a la altura del cuello una herida profunda, un río tibio de sangre lo acompañó durante la noche.

Comentan que aquella bruma lo cubrió todo, menos aquella olvidada certeza de que los dolores del alma no se desprenden de otra manera.



## A RAFA

Ayer vi a un viejo amigo, muy tieso y muy majo caminando a las ocho de la mañana por la novena en dirección sur, con paso seguro, mirada altiva, con una gabardina verde, un carriel terciado, como caminante de alta montaña, lo hacía en contravía de los carros, en contravía de todos sus pronósticos. Admiré y envidié su vitalidad, su buena salud mental y física. Él es escritor, poeta para mayores pistas; en su tierra samaria le dicen el míster, lo persigue la maldita felicidad. En sus tiempos mozos le gustaba dormir a los demás y anestesiar sus dolores, ahora se dedica a hablar solo y solo con la verdad. No tiene reparos en criticar a los políticos corruptos, vive convencido de que la poesía y la melancolía son la misma vaina. Ya tiene definido su epitafio: "Les dije que estaba enfermo", pues ninguno de sus amigos ha creído en sus lamentos. Su hablar pausado, su espíritu tranquilo recuerda sus ancestros arahuacos, dejan claro también su posición frente al éxito de la modernidad, le parece lo más falso de este mundo. Queridos amigos, ustedes ya saben a quién me refiero.



## A MARÍA CRISTINA (2018)

Su hija Eva Cristina se casa:

Tres violinistas tocan una sentida melodía, “Volaré por ti”. Todo está rodeado de flores, de naturaleza, de pájaros danzarines, de hojas que se mecen con el arrullo del viento.

En un idioma distinto, cálido y lejano, comenzó el bello ritual, de una fiesta de amor.

Thomas, con las manos de Eva Cristina, la mira, saca un escrito de su bolsillo, guarda un breve silencio e irrumpe inundado de sentimiento, en modo de sollozos y de tremor del alma, pues el amor no está en las palabras.

Entonces puedo jurar lo que escuché: “Eva, esta fiesta de amor, el amor que nos ha hecho libres de estar juntos durante 21 años, está dedicada a ti... Cómo no amar tus grandes ojos fijos, tu mirada infinita, tu mirada tan verde como tu país, tan lejano del mío. Llegaste un día como el amanecer para mi vida, traías la nostalgia del sol del mundo que dejabas, a cambio de un mundo donde el sol es tímido y se esconde tras las nubes grises, donde el

invierno es largo y despiadado. Ahí me encontraste, cargado de silencios entre botellas de color amargo. Levanté mis manos porque venías volando, con tu traje nuevo de todos los colores, llegaste como la lluvia, como la risa, con tu cuerpo claro, como la más hermosa golondrina, y soplaste en mi corazón lleno de miedo y frío. Ahora tú y yo, y mi alma y la tuya, hemos caminado por la escalera de veintiún peldaños. Oigo tus alas y el mar que te habita y que ahora habita por mis venas. De tu vientre tres lunas me has dado, tres milagrosos secretos me dicen padre.

Muero y vivo por lo dulce que eres”.

Eva Cristina lo abraza y le dice en susurros al oído: “Tú eres mi corazón perdido, tú, mi corazón redondo, firme y terco como una palabra. Estoy fría y pegada como una estrella en ti, hasta la eternidad. Estoy dispuesta a todo, porque la noche es tuya y mía, la noche donde tú y yo nos encontramos nerviosos en la tiniebla, entre el mar de Finlandia y Suecia. Siempre te traeré en mis brazos por mis caminos”.

El curso de la noche fue de una bella hermandad colombo-sueca, como si nos hubiéramos conocido desde siempre. Con la certeza de que un mundo mejor y hermanado es posible. Es la noche en la que todos reconocimos que el amor existe.



2019

**SOBRE LA MITAD OSCURA DE LA ESFERA**

*Rafael Escobar de Andreis, el Cioran samario*

Ha vivido más años entre el Valle y el Cauca, y nunca ha dejado de estar “envuelto en la túnica del mar”, a pesar de que sus coterráneos ya lo desconocen cuando vuelve cada año a caminar por las playas de su ciudad de la infancia y de la juventud, le dicen el Mister: “Mister, le tenemos lo que necesita, diga no más”. “Hombe, si yo también soy de aquí”. “Lo que usted diga, mister”.

Ya nadie es profeta en su tierra (murmura ensimismado), “en otras playas encallan sus palabras”. Además, aún no ha ganado el pleito que hará constar que el poeta realmente es italiano, y yo le creo. Nadie es tan italiano como él; un italiano se conoce al rompe, por lo exagerado en asumir su existencia, por su capacidad histriónica y su gran afectividad, como lo es el gran Rafa. Nadie como él puede convertir un sencillo síntoma en un verdadero agujero negro que orada su cráneo hasta enajenarlo, y es allí donde su inspiración lo acompaña con el ímpetu de un epiléptico, y solo su escritura

puede calmar tal clímax, expresando sus gritos, sus lamentos, sus dolencias, a veces inexistentes de realidad, como buen macondiano. Su escritura es el verdadero triunfo, es allí donde es todopoderoso, se codea con Dios, y las míseras palabras las convierte en verdaderas joyas, sus metáforas alcanzan la belleza del mar o del firmamento. Mejor lo dice el Cioran rumano, con respecto a la escritura del Cioran samario: “Me fascina de él la exageración vertiginosa, el infinito en la negación, el rechazo del sentido común, la intransigencia mortífera, la búsqueda de una posición absoluta, la manía de conducir un razonamiento hasta el punto en que se destruye a sí mismo y arruina el edificio del que formaba parte...”.

El poeta toda la vida ha tenido claro cómo será su muerte, incluso tiene claro qué pasará después de la muerte, quiénes irán a su entierro, las “autoinvitadas”, las flores que ha elegido, incluso toda la vida se la ha pasado retando a la muerte, a un duelo, a sabiendas de un pírrico triunfo, le ha dicho en la cara: “Quiero asegurarte que, si por lances del destino me enfrento a tu poder monstruoso, no espero sucumbir ante tus amenazas, así este sea mi último gesto de libertad entre cadenas”.

De acuerdo, poeta, “es mejor morir a plazos”. La primera vez que le oí declamar su poema que ahora titula “Infiel”, en la clausura de un encuentro de amigos con el tema de los “Cuidados paliativos”, lo sentí con el ímpetu y la actitud del camorrista:

“Aquí estoy, soy yo, todavía vivo”. De nuevo bur-lándose de la muerte conformista: “... con que le dejes un guiñapo; recogerá lo que sea, tarde o temprano. Mejor dejarle entonces un cuerpo gastado, que hicimos todo lo posible por consumir en vida, guiados por el humano disfrute...”.

En lo que sí no estoy de acuerdo con el poeta, es cuando dice que “los gusanos tampoco discriminarían”. Yo creo que sí saben la diferencia del sabor del néctar de un pelo de nariz por el cual se disputa con la mosca, que solo le queda esperar en los labios pálidos, o atraída por el escaso brillo de los ojos, se distrae un poco, mientras que llegue el hartazgo del gusano, que sí sabe de lo podrido y de lo que ha quedado en buen estado.

El poeta huye de los hombres exitosos y busca con frenesí a los fracasados, de quienes se nutre y en esto una vez más se parece al Cioran rumano, quien “acudía a ellos como quien se acerca a un sabio. Imponiéndome sus amarguras me prepararon para las mías...”.

Rafa ha aprendido que las derrotas también llenan la vida, y en compañía de los fracasados ha ido “rivalizando en abulia con los ángeles, medita sobre el secreto del acto y no toma más que una iniciativa, la del abandono... Habita sus convicciones como el gusano al fruto; cae con ellas y solo se repone para soliviantar contra sí las tristezas que le quedan. Si ahoga sus dones es porque con

todas sus fuerzas ama su cansancio; avanza hacia el pasado, desanda el camino en nombre de sus talentos”.

Para Cioran, fracaso no es con respecto al mundo exterior, sino con él, que pensó que podía ser, siendo el fracaso de algún modo su esencia, comprendió que podía alcanzar ciertos extremos, pero no permanecer en ellos. Por su propensión fatal al escepticismo que lo termina contaminando todo, el gusto mórbido de la duda. Es así como uno puede entender por qué hombres exitosos no pueden enseñarle nada a Rafa, hay que huir de ellos, de acuerdo. Sus amigos más cercanos seguimos fieles a su precepto de la “Dulce compañía”: “Que me acompañen el humo y la cirrosis... el camino sin fin, la cuerda floja, el precipicio y los dados tramposos... el delirio, la fiebre y las perplejidades... Por suerte, aún queda el recurso de escoger amistades”. Por eso vivo orgulloso de ser su amigo. Solo se trata de resolver la pregunta que nos hace: “¿Estaré ya en forma para morir morir morir sin miedo?”.

Cioran, el que acude inmediatamente a socorrer al que ha pensado en el suicidio y si esa es la solución, pues difiérala. Aparece con el poema “Terquedad”: “... A veces contra toda corriente, se despierta uno un día con unas ganas locas de seguir en la vida”. Poeta, he disfrutado y sufrido su libro, yo, que me creía un pájaro que cruzaba, gritando libertad en mi aleteo, hasta que la piedra de su cauchera acabó con el ímpetu de mi vuelo.

## A MI HIJA, LA MAYA

Cuando me dices: “Yo siempre estaré esperando que me compartas tus confesiones de vida, esa vida misteriosa que siempre has llevado”. Qué te puedo decir, mi Maya, mi vida llena de locura, tener conciencia de ello me da cierta tranquilidad, a la vez nostalgia, a pesar de vivirla no tenía claro lo que hacía, de la fuente que las determinaba. Ahora entiendo que no era solo la búsqueda ingenua de placer, de plenitud, de agitar el volcán para conseguir clímax de felicidad. Sí, es cierto, aposté a los caballos, a la ruleta, a loterías imaginarias donde podía ir a submundos más justos.

Caminé por lugares de trocha, de abismos oscuros, compartí con seres que ya habían muerto para este mundo, hombres sin principios, mujeres que no lograron ser mujeres dejando su cuerpo a merced del otro.

Dormí en lugares infernales sin poesía, sin sol, sin esperanza, encontré muy tempranamente el alcohol y la droga, entonces me sumergí en un mundo interior, silencioso, distante a todo, solo, viendo a mi familia tan lejos de lo que era, no quería parecerme a ellos.

## VIVIR DOS VECES

Los caminos siempre me llevaron a intentar encontrar un sentido de la existencia. ¡Qué cosa tan rara es vivir para morir!

Aprendí también atravesando la monomanía, a disfrutar los colores de la amistad, del amor de las mujeres, del sufrimiento por el otro, de los logros cuando se construye una ética, a no negociar los principios morales. Encontré la compañía en la espiritualidad, descubrí la relación mística con la naturaleza.

Ahora que ha empezado la vejez, he pensado con entusiasmo en una buena muerte, digna, sin tanto miedo, poética incluso, como lograr mimetizarme con los ríos, con los árboles, con las montañas, confundirme con un guayacán, y poder decir él era, él es, yo soy un árbol, así me es más fácil imaginarme la eternidad.



**SOLILOQUIOS DEL FÚTBOL**





I

**CAMPEONATO BERCHMANS  
CALI, 2017**

Completamos más de dos años conociéndonos, lo cual incluía el temperamento, las virtudes y los defectos. Hago énfasis en la obligatoriedad de entender que el deporte en grupo es ante todo lúdico, es decir, debe ser una mamadera de gallo hasta la muerte.

Entre los logros que conseguimos, en orden de importancia, está el haber aprendido a burlarnos de nosotros mismos y, por supuesto, de los demás. Esto ha decantado a muchos. Aquellos que no son capaces de reír, ya han quedado por fuera.

También, desde lo dialéctico, o mejor, de tanto convivir en lo mismo, se había generado una particular solidaridad y generosidad, como cuando invitamos al compañero a tomarse una cerveza, o le pagamos el taxi y la cuota al que no tiene, al portero no le cobrábamos, suficiente castigo era cuidar los tres palos. Aprendimos la magia del capitán, en la recolección de la cuota, pues a él siempre le sobraba, y cuando me tocaba a mí, siempre me faltaba, sabía que debía practicar.

Una semana previa al inicio del campeonato, los rumores iban y venían, pero todo se reducía a que debíamos marcar y dar pata al 18 porque era el goleador número uno, sin saber que ellos habían planeado darnos pata a todos, y durante el partido me preguntaba ¿y a mí por qué?, si no he podido hacer un gol en dos años.

Intenté coger el balón en tres ocasiones y en todas ellas rodé por el suelo. Un sumo enano con cara de japonés, que en la espalda de su uniforme tenía el nombre de MAO, o ¿sería entonces chino? En fin, vi cómo otro defensa, más boxeador que futbolista, golpeaba en la cara a nuestro aguerrido “argentino” (colombiano de la sabana cundiboyacense, que negaba con rabia su origen y decidió cambiar su nacionalidad desde su imaginario, obligándonos a decirle el Argentino). Viendo que los jugadores del otro equipo contenían al troglodita gigante, el Argentino se le acercó diciéndole casi en su oído, con acento de Buenos Aires, que era un modelo casi perfecto de hijo de puta, un boludo sin bolas, y ahí se armó la debacle. El gigantón se retorció de rabia botando espumarajos por la boca; el árbitro y su equipo lo sedaron con una tarjeta amarilla, recomendándole, además, que no se fuera a cagar el partido.

Vi también cómo nuestro portero, de cuerpo esculpido en gimnasios de tiendas y bares cerveceros, se lanzaba atajando todos los tiros al aire que le enviaban. Vi a nuestro capitán (quien le

recomendó dichos gimnasios) cómo con humildad aprendida, se debatió como un verdadero y fiero rinoceronte histriónico, teatral, para ser más claro, hacia lo práctico, sin embargo, se le cobró injustamente una mano involuntaria de tas-tás, solo porque el equipo contrario se le fue encima al maricón de árbitro que nos habían asignado. Antes todo se lo perdonaba, empujones, pisotones, codazos a diestra y siniestra, que recibió la delantera entusiasta.

Vi jugadores de sacrificio que subían y bajaban con carácter de olafos, endemoniados por tantos codazos y patadas que recibían. Vi a Diego “Maradona” más enchufado con el equipo en el segundo tiempo, cuando arrancaba desde la mitad porque en el primero lo marcaron escalonadamente: uno le mandó un tramacazo al mentón; otro, un rodillazo; y el tercero, ya aterrizando, un viajazo de patada, sin piedad alguna. Vi a Juanda que ya se le estaba llenando de sangre el ojo –es preciso recordar que se había practicado una cirugía misteriosa, 15 días antes del campeonato, y estaba en forma unos 3/4–. Vi la obediencia táctica de JJ Cuartas; vi al debutante, el toro de becerril, salvar un gol cantado, con su dedo sin uña.

Vi un excelente manejo de tiempo y espacio dirigido por nuestro étlico DT de turno, era Carlos o Luis Illera, uno de los gemelos, excúsenme, es que parecen repetidos. Al final, y lleno de emoción por haber sobrevivido a la batalla campal, inicié un espontáneo

## VIVIR DOS VECES

discurso: “Compañeros, en calidad de presidente del equipo, he pensado subir los premios en euros a todos si llegamos a la final”. Después me arrepentí toda la noche, ¿cómo se me ocurrió tal promesa?

II

**OCHO TERCOS**

En la sexta década de la vida, suficiente tiempo para haber sentido la soledad de las tristezas y de las alegrías, ya cuando la mirada va atrapando el color esencial del atardecer de la existencia, a través del saber vivir, hemos aprendido a soportar la lentitud, el arte de la paciencia, en ese ajedrecista juego que arrastramos desde la infancia, el fútbol. Ocho tercetos, obstinados en el arte de la indiferencia, sordos a los juicios y amenazas que auguran la ruina y las lesiones mortales, cumpliendo la cita, en una noche fría y con amenaza de lluvia, a las diez de la noche, en una cancha alfombrada, con la vocación única del gol, ninguno, es claro, quiere ser cancerbero de nada, nos elegimos según los temperamentos perfilados a lo largo de los años y del saber convivir con las sombras, en dos aguerridos equipos. El primero estaba conformado por Pacho-Taco, que siempre intentó el gol ideal con la mejor estética del mundo, olvidándose de su torpeza motora congénita. También estaba el teórico del fútbol, Carlos “la Pantera” Muñoz, desorientado, deambulaba por toda la cancha siempre acudiendo al balón a destiempo, ya fuera por dos segundos antes o dos segundos después. Junto a él, el calidoso de la plaza Jairo Varela, que no solo era viejo y gordo, el Yoiner Peláez, quien sorprendía

con los vestigios de un extraordinario jugador de fútbol de playa. Nos acompañaba también el dueño de la técnica, el Illera bueno, siempre en el lugar donde se necesitaba. Con su vocación innata de recogedor de bolas, era el plus de los equipos que nadie quería tener. Por último, estaba el gran Pirlo Juancho, como una verdadera fiera ávida de gol.

En el otro equipo, lleno de figurines, estaba el dueño de la ética y la moral en la reglamentación, el capitán Yepes, aficionado a los autogoles y a dejarse meter túneles con su vocación intacta de toda la vida de ser la defensa amurallada, con sus casi cien kilos de peso; acompañado por George de la selva, la trac-tomula Bechara, quien solo conocía la primera y la doble tracción sin frenos de viento ni de nada, siempre adelante. Estaba, además, el elegante Villegas, figura del partido. Con él y su estado físico de largo aliento, siempre aparecía la duda del *doping*, su guardaespaldas, su hijo, quien nos acompañaba silenciosamente frente al absurdo empecinamiento de estos viejitos alegres y viagrosos que se negaban a la postulación de su existencia.

III

He recibido información confiable de fuente anónima, que nuestro líder y gran conductor, el profesor Juan Carlos Rojas, desenfrenó todo su id y sus eros luego de una falta descalificadora en su contra, por ende, quisiera preguntarle, profesor, ¿cómo amaneció? Atentamente, José Fernando Gómez.

**R/** Cómo agradezco su pregunta, profesor Gómez, usted siempre con las consideraciones médicas necesarias que competen a los jugadores de la sexta década de la vida. Me permito responderle de la siguiente manera, haciendo todos los esfuerzos para no apartarme de la realidad lo más que pueda.

Todo empezó cuando se apareció el joven amigo y exvecino John Jairo Torrecillas con un invitado, un nuevo "crack" de los que nos tiene ya acostumbrados. En esta ocasión lo llamó "el primo". No pude dejar de asociar esas primeras relaciones amorosas que cada uno tiene con "la prima", ahora en estas generaciones generalmente es con "el primo", vaya uno a saber de lo que se perdió siendo tan conservador. En fin, el capitán Yepes rápidamente contrató para su equipo al "primo-crack", y en pocos minutos convirtió al longilíneo jugador de más de 1 metro con 90, a punta de regaños y reconvenciones, tipo pecoso, en un verdadero misil o, mejor, en un "volador sin palo", al no darle resultados en la defensa, ya

que se tropezaba fácilmente con él mismo, de ahí su sobrenombre “la muralla de los gases”. Quizás por la avidez e impulsividad que tienen los jóvenes regueteros de obedecer las instrucciones tácticas al pie de la letra, optó por enviarlo al arco como una especie de castigo, y ahí sí fue mi tragedia, pues en una ocasión, “el dueño de la táctica”, el hombre que ha reinventado las nuevas “chilenas”, digamos, de la posmodernidad, se le ocurrió enviarme un centro, hasta bien dirigido, todo hay que decirlo. Me encontraba en la zona donde merodeamos los verdaderos leones del área, es decir, los centro delanteros netos, mal llamados “hueveros”, que ahora escasean.

En este punto he intentado buscar la mejor analogía, para no correrme un céntimo del gran espectro de la verdad, y me la dio el alcalde de Medellín cuando, por medio de la técnica de la “implosión”, acabó de una sentada el narcotráfico y la deshonestidad de muchas almas de los comerciantes paisas. Fue así como se me vino la imagen impactante de nuestro calidoso jugador, el famoso “Pirri”, el Yoiner o Joiner, quien frente al “Capitán” se desmayó o sufrió una súbita implosión y se lesionó en esa espantosa soledad que uno siente cuando ya nadie lo toca, ni tiene un mal deseo con uno, y lo digo con conocimiento de causa, pues en esa línea de acción me pasó a mí.

Este “primo-crack”, ahora en el papel de arquero, no tuvo empacho en borrar me del espacio que ocupaba, y saltando por encima de mi



estatura promedio de colombiano raizal, como un rascacielos, cayó sobre mi ya precaria humanidad. Solo me atreví a gritar de espanto y dolor: “No jodás, no jodás... yo existo”. Así fue como entendí a mis pacientes cuando la sociedad los ningunea, los excluye; sentí el caos del borramiento. Y quiero dejar en este punto, mi estimado profesor Gómez, pues ahora sufro de pesadillas con la imagen de un edificio que implosiona y yo en el sótano gritando: “No jodás, alcalde, no jodás”.



#### IV

### EDITORIAL DE UN DESASTRE

Solo tiene un nombre, Mario Yepes. Ante la dolorosa y ofensiva derrota 11-2, debo precisar su causa absoluta, el capitán ebrio de un barco lleno de ingenuos y lejanos jugadores de fútbol (tres de ellos no habían tocado el balón desde hacía dos años), ubicó en el campo a un equipo de manicomio del siglo XVII: en el arco, el hoyo soplador Morgan, todo lo que le llegó lo aspiró y lo convirtió en goles; en la defensa se hizo acompañar de un viejito, que al parecer se le olvidó llevar su caminador, a responderle por el lado derecho, donde los delanteros del otro equipo hicieron una autopista de doble calzada.

Otra brillante idea fue desplazar al gran y pequeño Andrés Velazco como falso número 9. Lo escribo y aún no puedo creer tal ceguera para el fútbol del ebrio capitán Yepes. Y para redondear tal decisión, le enviaba unos centros de tal altura que Andrés, el pequeño, intentaba saltar aleteando sus alas como hacen los pingüinos, claro que nunca alcanzó nada.

En la defensa, a la izquierda, colocó a Diego, el falso Maradona, el que suele salir como un cohete, como caballo de carreras que galopa con la cabeza

inclinada, siempre mirando el piso, haciendo caso omiso de la realidad, pues jugábamos en canchas diseñadas para cinco contra cinco, y en esa ocasión había 18 jugadores regados por toda la superficie. Maradona llegaba al otro lado, sí, pero sin la redonda, pues en la mitad de su recorrido de volador sin palo ya se la habían quitado.

En el medio plantó a Yesid, que pesaba más que un edificio viejo. Sufría uno de verlo cómo intentaba voltearse para un lado y para el otro (¿a qué horas este buen hombre se iba a desarticular?) a marcar a los veloces y ágiles jugadores del equipo contrario.

César de delantero derecho, que se veía a leguas su dedicación tiempo completo al doctorado, en una posición que a él mismo le parecía absolutamente novedosa y la asumió con irresponsable entusiasmo, pues supo tragarse todos los goles que ya le cabían en su voluminoso abdomen.

Solo al capitán le quedaron los RO-RO, los que siempre le toca asumir, pues ya nadie los elige. Al toro de becerril le dijo: “Usted haga lo que le dé la puta gana”, y por eso mismo, en estado de libertad absoluta, hizo unos partidazos, y en esta ocasión hizo un pase gol al calidoso de su padre que simplemente lo concretó.

Pero también me pongo a pensar, ¿qué podemos esperar de un hincha caleño, Mario Yepes,

si los dueños del equipo de su vida son capaces de construir un estadio en medio de la nada, sin parqueaderos adecuados ni suficientes, sin un estudio sobre las vías de comunicación y transporte; y cuando llueve, los charcos se convierten en salas cuna para un zancudero endemoniado, transmisores del dengue y del temible chikunguña. También pido mucho.



## V

Siempre he pensado que la organización mental, la madurez en el fútbol, supera el ímpetu juvenil con todos sus pulmones y hormonas cero o pocos kilómetros. Dicha tesis se corroboró el día de la cita a las cinco de la tarde en el famosísimo estadio Diablo Azteca, que ya no le queda sino el nombre, pues sus canchas están llenas de baches peligrosos para jugadores veteranos, como algunos de nosotros. Decidimos jugar veteranos versus jóvenes imberbes. Con el pitazo inicial, el viejito amigo de Luis Illera sucumbió con el primer balón recibido, se le olvidó calentar, estirarse un poco, llegó tarde, mejor dicho, ya entendimos por qué es amigo de Luis. Sospechamos, además, que estaba un poquito borracho, pues salió del campo con marcha atáxica.

Les metimos 13 goles a los jóvenes ilusos, llenos de falsas esperanzas, y solo recibimos 3. En el arco estuvo nuestro arquero titular "el cantante de los cantantes", Abadía, sabio marido, entre otras cosas, nos dictará un taller sobre cómo perdurar en el matrimonio y, al mismo tiempo, mantener a raya a la mujer, mejor dicho, ella vive a un mar de distancia, y se encuentran felizmente cada tres meses. Es un maestro.

En esta ocasión, la pantera negra, George de la selva, se encontraba de paseo en las altas montañas con su pandilla de motociclistas y ecologistas, nos hacía barra desde la distancia. De regreso sí estaba el capitán Yepes, impasable, quien hizo una rápida contratación con un aficionado del público, que resultó mucho mejor que esas que hace el glorioso de Rozo (Deportivo Cali).

Múnera, el Nando Che, estuvo desempeñando el noble trabajo de ser nuestro aguatero, pues en los últimos meses venía quejándose de dolores en las articulaciones, ya que han estado deformes desde chiquito. Nada que podamos hacer.

En cambio, sí pudo jugar el matador Omar, quien venía haciendo una dieta dudosa desde hace muchos años, y era bien dudosa, pues cada vez que lo veíamos, estaba más gordo y calvo, como lo pudimos ver en las selfies que se la pasa tomando con unas señoritas semidesnudas, de ojos ingenuos.

Mario Hernán y Pirlo, como bien me dicen, haciendo referencia al gran crack de la selección italiana, estuvimos muy acoplados en la delantera, pues hicimos goles hasta el aburrimiento, y en el hastío nos comimos otros tanto.

Me parece interesante abrir una encuesta, con la siguiente pregunta: ¿Cuál de los hermanos repetidos Illera juega mejor? Las respuestas dirígir las



al administrador. Mi opinión es que cuando juegan juntos, uno no sabe, y cuando juegan en equipos contrarios, se anulan.



VI

**VIEJOS SINVERGÜENZAS VS.  
GUERRERAS DEL FUTURO**

Y finalmente, el día señalado, a las ocho de la mañana, el horror en todo su esplendor se hizo presente, esta vez a la colombiana, en las canchas del Diablo Azteca, disfrazado de sicario y con su guadaña hechiza de siete tiros que le descargó a un padre anónimo, quien se encontraba viendo jugar a sus dos pequeños hijos.

Todos, incluido el capitán Yepes, nos preguntábamos si era pertinente asistir al campo enlutado, como si no hubiera pasado nada.

La culpa se anida en los pulmones y se ve amenazada la posibilidad de disfrutar el maravilloso encuentro entre los amigos de crianza, que de manera cómplice fantaseaban una pilatuna, y las mujeres jóvenes y bellas. A nuestra edad era fácilmente interpretado como un goce infantil de viejitos verdes vergonzantes.

Por primera vez, once compañeros entre padres e hijos, estaban a tiempo, o mejor 40 minutos antes de la hora pactada, calentando músculos, estirando tendones y tratando de regularizar la respiración ansiosa. Las veíamos desde lejos.

George de la selva ya se había tomado una foto con las veintidós. Nando Che, con un uniforme azul impecable, sin bigote y con una venda en su rodilla artrítica, se había curado de manera mágica del reumatismo crónico que lo venía afectando desde hacía muchos años. El capitán, como un adolescente intenso, ya había preguntado veinte veces que cuándo empezaríamos. El matador parecía un zorro en gallinero, cacareando y atajando pollitas. Como solo podíamos jugar seis, no sabíamos cómo ubicar en la nómina a los repetidos Illera, entonces decidimos hacer cambios cada quince minutos. Ellas jugarían con dos varones jóvenes, el profe en el arco y el otro como mediocampista.

Propuse un tímido minuto de silencio, que no fue más de treinta segundos. La monita delantera aclaró que no fue en esa cancha lo sucedido, “eso fue allá en la esquina”, con el tono de la cotidianidad de las historias de uno de los tantos barrios populares de nuestra ciudad. “Sí, ya no respetan nada ni la mirada de los niños”, agregó.

El capitán decidió la nómina así: en el arco, Yepesito; en la defensa, George y el capitán; en el medio campo, el matador; en la delantera, Mario Hernán y Pirlo. Y mientras el viento soplaba en aquel atardecer, la número 5 rodaba por el césped sintético, rodaba entre las piernas, entre las manos, por encima de la cabeza, siempre pensando que el pase era impreciso, nada que ver con nuestros reflejos anquilosados, siempre faltaban 5

centavos para el pase. La próxima la alcanzamos, era nuestro pensar silencioso.

Ellas hacían lo suyo, bien organizadas en sus funciones, jugando a un solo pase y, como si su sexto sentido previera la existencia de un huevero de gallinero a quién cuidar, lo hicieron a la perfección. Siempre tuve dos escoltas a cada lado, me consideraban peligrosísimo y eso para mí era un gran reconocimiento. Eran unas verdaderas murellas chinas, no me dejaron hacer nada, me sacaban la pelota apenas la intentaba contener, hasta que Luis Illera, cansado de gritarme y pasándose por la faja al capitán Yepes, me sacó del partido para poder ingresar él, y lo acepté con verdadera resignación.

Ingresó Juanma, el hijo menor de Villegas, nueva sangre, nuevos bríos. Ya perdíamos 2-0. Uno de ellos se fue por la mona diminuta, que solo arqueó sus caderas y fue suficiente para que nuestro arquero volara en dirección contraria a la pelota, esta se anidó en la otra esquina del arco y el segundo gol lo hizo el mediocampista que las ayudaba gritándoles un poco. Las superpoderosas ya habían renovado el equipo, salía una y entraba la otra aún más bella, y todo parecía igual. Era como jugar en el mismo paraíso sin el bonazo de San Pedro, así hubiera sido unas horas antes el mismísimo infierno. Ya boqueábamos como si nos hubieran robado el oxígeno, nos daba la sensación de que estábamos jugando en La Paz, Bolivia.

A lo lejos se oían los gritos de Nando Che: “O me dejan jugar o me visto ya”. Ante tal amenaza, el capitán decidió ubicarlo debajo de los tres palos. Confieso que no daba crédito alguno, pues lo que se nos venía pierna arriba era una alta posibilidad de ir al abismo con Nando Che en el arco, que tenía pinta de todo menos de un ágil arquero, pero me tocó tragarme los pensamientos. Para sorpresa de todos, este prohombre hincha americano se lució como un pulpo. El público gritaba: “¡Ese es, ese es, Nandioni!”, recordando al gran arquero Facioni.

Ya entrados en gastos, el matador se llevó a las chicas a la lona de un solo cargazón; Mario Hernán ya había codeado a la altura de las costillas falsas a una de ellas; George aseguraba que había cogido unos senos entre sus manos, sin culpa. Todos nos miramos y, sin decir palabra alguna, pensamos que George andaba en abstinencia prolongada.

Logramos confundir a su profe entrando a un Illera por otro, sin percatarse de que eran dos; dos con la misma intención mental de agilidad y de deseos, de destrezas ya perdidas e irreversibles.

El capitán se comportó impasable, como siempre, solo por un descuido entretenido por tanto regañar, el profe se le adelantó y, como peinándose, nos metió el tercero, ya se nos venía la noche encima, fue cuando el paisa Domínguez, desde la tribuna y habiendo transgredido la norma de que no podíamos llevar a nuestras esposas, nos

gritaba: “Los están humillando, muévanse troncos del sur”, y fue así, como pasa con los buenos fajadores, que metimos el primer gol y luego el segundo. En pocos minutos, la familia Villegas los hizo. Ya el tiempo era nuestro enemigo, y cuando ya teníamos engatillado el empate... sonó la chicharra final, final. Y eso ya fue historia, quedamos con los crespos hechos. 3-2 el marcador.

Después, la celebración, más fotos, las cervezas y la noche era larga para seguir soñando.





## VII

El papa Francisco, cuando pisó tierra colombiana, dijo: "¡Sí, hasta una final entre el Atlético Nacional y el América de Cali es ocasión para estar juntos!". No se diga más. Con todas bendiciones dadas, nada menos que por el pontífice, que representa un puente entre Dios y los hombres, nuestro futuro americano se aclara, ya no descenderemos al infierno de la B, nunca más. La ruta es clara, hemos sido perdonados por nuestros pecados pasados, no nos esperan sino los triunfos, tocar el cielo con las manos, y volver a ser el mejor equipo del mundo. Gracias, Pachito, eres todot terreno, un verdadero parcerero.



## VIII

De aquí en adelante me dedicaré a vivir desde el lugar de la aventura, del riesgo y la noradrenalina. Iré, de todas maneras, al centro de la pachamama, por los caminos de trocha; visitaré las cuevas, bordearé los abismos y me bañaré en cuanto velo de novia encuentre desde las alturas, haré el sexo sin condón, y este domingo, para empezar, me voy a ver jugar a la Mecha (como le decimos los de confianza al América de Cali) contra el Nacional tribuna sur, donde sí saben lo bueno que es la marihuana medicinal. Saltaré hasta la agonía al ritmo del canguro, y de mis partes nobles saldrá una bengala roja que dibujará en el alto cielo la cara del diablo rojo, puro ángel caído, el primer revolucionario de la historia de la humanidad.



IX

**LAS BARRAS BRAVAS**

Me pregunto si en Colombia existe algún movimiento social progresista serio, como Podemos en España, el Bloco Esquerda en Portugal, 5 Stelle en Italia, Syriza en Grecia, Occupy en Estados Unidos. Nada, ni mierda, el único movimiento social organizado y serio son las Barras Bravas del América de Cali, que no comen cuento de nada, siempre leales a una idea roja, incluyentes, solidarios, virtudes de las que carecen los partidos políticos de risa de nuestra patria, boba para unas cosas, porque para la corrupción sí la tienen gruesa.



X

**LA TORCIDA**

Compañeros, debo decirles que de hoy en adelante formo parte de la Torcida de Flamengo, por sus DT Rueda y Redin, por su preparador físico, por los colombianos que juegan bonito en el rojinegro, como Berríos, que hizo una jugada de antología en el mítico Maracaná. Fue la suma de un desborde de gacela africana, más un 8 de taco, con una comba endemoniada, justo para culminar con un pase gol. Ahora entiendo por qué las cante-ras de nuestros equipos deben salir rápido de los jugadores que se perfilan talentosos. Cuando se van para otro país adquieren madurez, y cuando juegan en equipos grandes dan todo lo que llevan por dentro. Quedarse en el fútbol colombiano es morir-se en vida, es contagiarse de holgazanería, contaminarse de la perversión de sus dirigentes y cubrirse con la desvergüenza de la mediocridad.





XI

LA FE

Ofrezco excusas públicas por no continuar viendo el segundo tiempo del América vs. Cali. Me desesperé viendo cómo la defensa entregaba todo a los delanteros del Cali; todos los esfuerzos de la ofensiva roja se perdían por la ansiedad de los que cuidaban. Perdonadme, ángel caído-diablo bueno, dios del América, por mi falta de fe. Me acuso de haber dicho negros hp, no lo volveré a hacer nunca más. Me dicen mis amigos (otros ángeles caídos) que la Mecha jugó con los cojones que siempre le faltarán al Deportivo Cali, nuestro compañero de patio, y que la próxima será la vencida.



## XII

A las directivas del exglorioso Deportivo Cali les dije de muchas maneras, dejen al Pecoso por un año más para que Yepes aprenda como asistente, que se encargue del camerino, que es lo difícil, es lidiar con los jugadores con sus traumas y necesidades. A Yepes le dije: “Mijo, póngase a estudiar que eso de ser DT no es cualquier cosa, es como el arte del ajedrez, no basta pensar en uno, toca, además, pensar en el otro y sus posibilidades”. Pero no, a los burros no les entra nada. Miren en lo que han quedado, y lo que más me duele es que han expuesto a nuestro capitán, ídolo nacional, a ser maltratado, amenazado por la hinchada que es igual de burra, no por lo pasional, sino por su fanatismo y su facilidad para pasar al acto, ahí nunca habrá lugar para el pensamiento. ¡No hay derecho! Atentamente,

Hincha americano bienintencionado



XIII

**CRÓNICA DE UN PARTIDO DE LA MECHA  
(AMÉRICA DE CALI)**

Una hinchada que sufre, que puja y se persigna, invoca a Dios y le canta al Diablo, el único equipo bendecido por el papa Pachito, sus jugadores entran a la cancha haciendo salticos con su pierna derecha. Sur no deja de saltar y cantar dos horas antes y durante los 90, las luces de bengala rojas, todo está rojo, no nos deja ver la realidad.

Un luchador libre como Martínez Borja, camina y corre como cagado; Novoa la coge, pero no sabe para qué; Olmes corre como “vaca loca” de feria; Bueno no es bueno, es malo; el Queso sí es un queso y es mejor que este en la banca. ¿Qué hace un canterano del Deportivo Cali en nuestro equipo? (enemigo de patio). Ese que hace como de 10, da vueltas como cucaracha envenenada, como un bus crema y rojo de aquellos tiempos, sin ningún sentido; Vélez sube a nada; Arboleda hace sombritas y tiene la fuerza de una marioneta, permanece en el suelo y uno se conmueve; Ayala no sé si jugó o se volvió invisible; solo rescato a Angulo, entiende de fútbol, siempre dispuesto a recibir y la pone donde quiere; Castañeda, el señor de la defensa; Zapata cumplió la tarea; y Bejarano, el supermán negro de tierra africana, eso es lo que tenemos.

## VIVIR DOS VECES

Los come burras, los “yu yu” del Junior, nos van a joder en Barranquilla, si no llegamos a los penaltis. Entendí el desespero del Polilla, si los dirigentes no invierten con todo lo que dejamos en las tribunas. En menos de cinco días, el estadio se llenó dos veces, siempre repleto de amor, sudor y angustia.

El árbitro central, sí tuvo que tener un mal parto su madrecita. Cerca de mi asiento, una joven en manía y disforia no dejó de gritar “gonorreas” al viento frío de la noche, y también la entendí.

XIV

**SIEMPRE GANAMOS,  
ANTES DE TODO MUNDIAL**

**Colombia 3 - Francia 2**

**Saint-Denis, viernes 23 de marzo 2018, 15:00 p.m.**

82.000 hinchas, 15.000 de ellos colombianos, un minuto de silencio que para los colombianos se hizo una eternidad de treinta minutos. Ya teníamos dos goles en contra y los franchutes nos bailaban; en la tribuna hacían la ola y ondeaban su bandera de tres colores y cantaban la Marsellesa a todo pulmón. La horrible y fría noche parisiense nos arropaba como el pallium de moribundo; pero de pronto sucede lo inesperado, un golpe de suerte, la mujer que tanto soñabas un buen día te llama.

Paso a relatar lo que sucedió en el bello juego de la vida, el fútbol, en el que están todas las posibilidades, incluida la resurrección, como si se jugara siempre en Semana Santa. Sufríamos el calvario y allí mismo, en el Gólgota estadio, el ladrón soplón de la izquierda de Jesús, uno de los que formó parte de la noche de la rumba con las peluqueras estafadas de Buenos Aires, empeoraba las cosas, subiéndose de manera vertical, solitario e irresponsablemente hasta las 18 del campo francés. Frank Fabra perdió el balón, se lo quitaron limpiamente, pero por unos segundos quedó

enredado entre el codo y la mano del jugador galo, iniciándose el contragolpe mortal con Kylian Mbappé. La defensa colombiana parecía ser un bosque de palmas adolescentes, se mecían, se resbalaban y se caían ante la tromba huracanada y veleidosa del norte de Europa, y tome para que se lleve a su casita el segundo. ¿Era la noche de la Ciudad Luz? El primer gol sí hay que anotárselo al otrora “tú tranquilo” de David Ospina. Con sus manos le había dado como ofrenda de la tribu embera antioqueña al Gulliver de 1, 92 m, Olivier Giroud, y este, ni corto ni perezoso, ni haciéndose rogar ni mucho menos, le devolvió el presente con un sonoro gol a los doce minutos del partido.

Debo confesar que por un momento creí que estábamos ante la mejor selección del mundo moderno, que los periodistas deportivos tenían la razón cuando cacaraqueaban el apocalipsis que nos esperaba, íbamos a luchar con los mismísimos dioses del Olimpo y nosotros sin tener el fuego de Prometeo, o con la llama apagada o, lo peor, sin haberla orinado ni siquiera. Solo el silencio y la oscuridad nos acompañaban. Nuestro futuro realmente era incierto. “Tú tranquilo-Ospina” no pasaba por buen momento, quizás estaba avergonzado por las amistades de su hermana con la esposa de “lindolfo”, ya capturado por tener una oficina de la muerte en Envigado; no se veía concentrado, su rostro era triste, de amargura y sufrimiento, a los paisas se les nota a leguas cuando están deprimidos, dejan de hablar por cinco minutos. Entonces,



¿qué fue lo que pasó para que Colombia remontara ese aciago 2-0? Esos dos mazazos, uno en la frente y el otro en el hígado.

A mi manera de entender lo inentendible de este juego de la guerra sublimada, del arte lúdico, del engaño inofensivo, donde las fintas, el drible, el yo-yo, el túnel, la bicicleta, la media y completa chalaca, el “¿dónde está la bolita?”, donde los movimientos de cadera de la tierra de Shakira sí mienten, todo en función de desubicar, desorientar, despistar al contrario, aparece la clave, el decodificador interno del psiquismo del jugador colombiano. Surge cuando se siente solo frente a la injusticia arbitral, la injusticia de la desigualdad con que se mira la ley, cansado de ver que ella es para los de ruana, no le queda más remedio que enfrentar la realidad, siempre tan llena de carencias y muchas veces cruenta. Reviviendo su pasado, emerge en él una furia del color del coraje.

En esta ocasión, los hombres de negro, que estaban de rojo, no consideraron que la retención del balón con el codo y la mano del franchute era algo intencional, como si hubieran podido leer la mente del jugador, como si tuvieran una especie de VAR psíquico que les dijo que no fue la voluntad la que operó, que su inconsciente no determinó la jugada, por lo tanto, no pitó la falta mañosa.

Todo el equipo reaccionó, reclamó con vehemencia, rodeó al árbitro, y este sacó de su bolsillo

una tarjeta amarilla de carácter colectivo. La actitud jugaba, la unidad de la solidaridad era evidente, los cojones en su lugar, el pánico escénico se desvaneció, porque el que piensa o se enamora, pierde. Para adelante, compañeros, que atrás asustan. El escenario como por arte de magia cambió, las banderas rojo, blanco y azul ya no eran de los franceses, ahora el estadio estaba lleno de camaradas del M19 que nos animaban a rabiarse con el canto de la internacional, pues era la misma bandera que se entrecruzaba con la tricolor amarillo, azul y rojo, que nos acompañaba y daba voz a los que se la han negado.

El lenguaje interrumpido del “tatareto James” fluía con precisión, y empezó la segunda del noveno, bella estrofa de la canción “Decisiones”, dirigía con maestría la filarmónica del pueblo. Presentes Padilla, Guachené, Florida, Santa Marta, Quibdó, Cali, Medellín e Ibagué, y la melodía con el pasito cañadonga, con el coro “son de la loma” y el bailado de salsa choque, transformaron a los canarios de amarillo en un ejército de guerreros ofendidos.

Pronto llegó el primero de nosotros, salió de las piernas del Cohete Luis Fernando Muriel, el Suertudo le pegó en una comba como si fuera un centro-pase-gol de artificio, donde el afamado y endiosado portero francés Hugo Lloris, la vio sin verla pasar, y ya no había tiempo de “Lloris” y ¡lleve el primero, papá!

A esas alturas del partido, Muriel se había comido dos sin empacharse, Ospina nos había salvado de dos más, la Roca Sánchez dejaba de ser la roca-de-papel. Abelito Aguilar se había olvidado que era del Deportivo Cali y empezó a meterle los codos en los ojos de los africano-franceses, Mateus Uribe dejó de picárselas de “Cuadrado”, y en el segundo tiempo, gracias a nuestro ajedrecista y futuro presidente de Colombia, el único que no polariza y nos une en un solo abrazo, Néstor José Pékerman, lo movió de lugar, lo puso del lado de la roca-roca y se convirtió en un verdadero Rey León.

Uribe (lástima su apellido), con una inmensa agilidad mental, leía y jugaba con la intención del “otro”, rebuscándose unas pelotas que no eran de nosotros, que después colocaba en los botines de tatareto que ya no era tatareto, y luego este en Santi y este en Radamel, el que solo sabe hacer goles bonitos en los momentos que más los necesitamos, cuando los espíritus están caídos, cuando las ánimas no han recibido el trago de rigor, cuando la desesperanza nos inunda, aparece Radamel Falcao García, el caballero del gol, que ya se había quitado la guardia que le tenían como el peor de los yihadistas, le metió el segundo y empatamos, ¡papá!

La defensa de los Umititis no apareció sino para recoger el balón que había inflado la red. A esas alturas, mi mente lúcida y llena de confianza

me decía que era hora de hacer cambios. El futuro presidente me escuchó y entró primero al enano rockero, Juan Fernando Quintero, por su compañero de pony fútbol, James, cuando este tenía 12 y él 9 años. Este enanito impertinente con solo ocho minutos en la cancha, cogió el balón del penalti que le habían hecho a José Heriberto Izquierdo (¡qué buen apellido!) es una verdadera alternativa, as bajo de la manga, lo mismo que Jefferson Lerma, Barrios (otro del trio de las peluqueras de Buenos Aires) y, el doble troque de Duván Zapata que se disponía muy tieso y muy majo a cobrar el penalti cuando ya el enano lo estaba celebrando con su parcero de infancia. A estas alturas, los acomplejados de Yerri Mina y Davinson Zapata se habían curado.

El equipo francés y sus hinchas se habían ido, quizás pensando en lo que una vez más le está sucediendo a su pueblo, un joven marroquí, reivindicando los derechos del Estado Islámico y denunciando la barbarie del Ejército francés, que forma parte de la coalición internacional en Irak y Siria, asesina a tres franceses y deja heridos a 16 en las ciudades de Carcasona y Trebes, horas antes del partido. Por todo esto y por lo que nos puede suceder a nosotros si gana la derecha de Duque o de Lleras, quienes amenazan de frente con volver trizas la paz conseguida, no podemos celebrar nada hasta ahora, no estamos aún en el mundial Rusia 2018.

XV

RUSIA 2018

El grupo H del Mundial de Rusia 2018 es parejo, porque el nivel de los cuatro equipos que lo integran es similar, con distintas miradas del fútbol y del mundo de la vida, es decir, si los jugadores colombianos tan propensos a creerse más de lo que realmente son, la podrían embarrar desde el principio, peligrando incluso el paso a la siguiente ronda. Polonia tiene un técnico con mañas y viveza, logró ser cabeza de serie al no pactar partidos amistosos. Tiene jugadores de alto nivel, Lewandowski y muchos dowskis más. Este pueblo que ha sufrido muchas invasiones, tenía a sus espaldas el campo de concentración más infame y vivieron sin darse cuenta de que en sus chimeneas, el humo era de humanos; seres raros, católicos, como el papa Juan Pablo II, un político anticomunista; y Walesa, un presidente ejemplo del sindicalismo honesto. Los jugadores de Japón no podrán dejar de ser gimnastas, intensos de espíritu y guerreros de cada pelota, pero que entiendan de tácticas y estrategias de equipo, no; son unos kamikazes con cada balón perdido, difícil diferenciar quiénes son defensas, medios o delanteros, todo en ellos es en serie. Los jugadores del equipo de Senegal son como leones y gacelas, espectáculo de la estética muscular; chocar con ellos sería un gran error, tienen el espíritu de un continente tan necesitado de

todo, lucharán cada balón para sobrevivir y arrastrar a su familia a una mejor vida. Colombia, un equipo sin escolaridad, poco estudio de sus contrincantes, pavos reales en un momento dado, y en otro, perritos apaleados buscando afecto, país de contradicciones; seres extraños siguen a un mesías llamado Uribe, a pesar de que ya los ha engañado y robado muchas veces, y cuando se les pregunta ¿cómo están?, responden en coro: “¡Felices!”. Dios quiera que con la ayuda del tiempo maduren un poco más, si no pasan la primera ronda serán vistos como unos buenos para nada, se culpabilizarán unos a otros, y los periodistas, fungidos de oráculos, magos de circo de tres pistas, fachos de profesión, serán su peor pesadilla, como cuervos oportunistas les sacarán sus ojos.

XVI

A JOSÉ NÉSTOR PÉKERMAN

Viejo, nos ayudaste a rescatar la dignidad perdida en un país tan violento y corrupto, ahora nuestra estima tiene la dimensión de lo real, ya no nos tragamos el cuento de que somos el país más feliz del mundo. Reconocemos nuestro cáncer derechista que ha criminalizado la infante democracia que padecemos, sin perder la esperanza de no salirnos del camino, tratando de encontrar el remedio adecuado.

Las historias de nuestros futbolistas son heroicas, de una dimensión de absoluta nobleza, modelos de perdón, les debemos mucho, por lo poco que han recibido.

Ahora de nuevo solos a merced de la voracidad de una junta directiva de mequetrefes de fútbol, a merced del veneno y el pus que destila el alma de un endiosado comentarista y delirante mago de tercera, el calvo o, mejor, el facho Vélez. Guardo la esperanza de que su coro áulico de enanos y vasallos de la estupidez, algún día sabrá abandonarlo.

Quiera Dios que el mar de un horizonte infinito esté más cercano y lleno de posibilidades, y que estas no se nos vayan como el agua entre los dedos.

## VIVIR DOS VECES

Solo me queda decirte, comandante Pékerman, gracias, muchas gracias por tanta alegría, y desearle lo mejor. Una bella flor de nuestro país permanecerá en su casa; una paisita, una hija que supo nacer en Medellín, hará imposible el olvido. Hasta siempre, querido entrenador de nuestra idealizada selección colombiana de fútbol.



XVII

COPA AMÉRICA 2019

**Perú 3 - Chile 0**

Bien por los guerreros incas y qué mal lo estarán pasando los Mapuches. El fútbol es así, como decía un colega, "es un estado de ánimo", y el desagravio (que no es lo mismo que venganza) para los colombianos es sentir un frescor, porque en la previa contra Chile, en la primera página del periódico del "Chi Chi Chile" anotaban que nuestra selección tiene un problema llamado "debilidad mental o fragilidad emocional", que sufrimos del mal de san Vito y convulsionamos con solo tocarnos; con el hombre a hombre terminamos en un codazo, o un cara cara con resoplido de narices, y que nuestra esencia es la vulnerabilidad del carácter, que se hace evidente y suele pasarnos, además, en cualquier momento del partido, y que es cuando nos llenamos de una inseguridad espantosa; el arco nos queda grande, la técnica se nos va con la brisa, el culo se nos afloja, las piernitas tiemblan y es entonces cuando la agarramos con el árbitro y nos llenamos de tarjetas de todos los colores.

Y para qué negarlo, todo eso es cierto, lo que pasa es que nadie por fuera de nuestras fronteras puede ser tan osado y escupirnos nuestras

vergüenzas tan de frente. No hay derecho a que se aprovechen de nosotros tan limitados y pobres, pues, así no nos guste, la jerarquía en el fútbol empieza en la casa y depende del afecto que nos den, como también depende del entorno que nos acune, y el nuestro hace rato se sabe que el riesgo de dormirnos no es que nos lleve la corriente, sino que terminemos empalados o asesinados, o ambas. Estar mal parado en una esquina en Colombia es correr el riesgo de ser un falso positivo, un semáforo es el peaje de una puñalada, así ¿quién crece?, ¿con qué gotero de confianza alimentamos a nuestros hijos? Nuestros jugadores se acostumbraron al tetero del aguardiente cuando la vida los toca.

Por eso me encantó que Perú les ganara a los viejitos chilenos y con solvencia, con maestría, como en México 70, porque nosotros no les pudimos hacer ni cosquillas, la soberbia de los chi-chi los aniquiló.

El fútbol es de sacrificio, de humildad y de mucha solidaridad y de eso también carecemos. ¡Que viva Perú! y vamos por esos pretenciosos cariocas. Quién les manda haber elegido a Bolsonaro, el “Trump de los trópicos”, y haber metido a la cárcel al gran expresidente Luiz Inácio Lula da Silva, más conocido como Lula da Silva, el mismo que hizo todo lo posible por educar a su pueblo, en vano.

## XVIII

El nivel del fútbol de Brasil y Argentina siempre es años luz por encima del de Colombia. Nuestra selección se luce con selecciones chicas como las de Bolivia, Ecuador y Venezuela, y nos damos en la jeta con las de Uruguay, Paraguay y Chile.

No hay nada que hacer. La fortaleza mental se construye paso a paso, pero cómo construirla cuando nuestros jugadores vienen de historias de violencia, desplazamientos, abandono, orfandad, maltrato infantil, disfunciones familiares y, además, les toca que vérselas con toda la porquería que bien se le ocurra al gobierno de turno.

¿Qué podemos esperar viviendo en un país de corruptos, de cafres, de bandidos, donde no es posible creer en la justicia? Un país sin ley, ni orden ni Dios ni ideologías, es lo más cercano a un paraestado lamentable. Y todavía nosotros, simples hinchas de pueblo, le pedimos lo imposible, que traigan la copa América, la copa del mundo, que sean los mejores del planeta y sus alrededores. Definitivamente, somos muy atenidos, sin vergüenza alguna, cómplices del horror, de la indolencia, de la exclusión, y pedimos y pedimos peras al olmo.

Mi ego está herido por tanto triunfalismo, eso no es culpa de ustedes, quién me manda a creer en los discapacitados comentaristas deportivos, en creer en los dirigentes del fútbol, y de plus, en el baboso de presidente que tenemos, viene alardeando que trae la final de la copa para Barranquilla 2020, ¡qué oso nos espera! Para hacer el ridículo frente a toda Suramérica, mejor apaguemos la luz y nos vamos.

XIX

**BARCELONA, DICIEMBRE 2019**  
**DE CÓMO ME DI CUENTA DE LA POBREZA**

Me acerqué a la Barça Store para saber sobre la última camiseta del equipo de ensueño y, llenándome de coraje, pregunté (a lo que realmente iba) si aún había boletas para el clásico contra el Real, y lo que nunca esperé: “Sí, claro, las están vendiendo en el segundo piso”. Para mis adentros, ¿cómo así, clásico aplazado y a dos días de suceder el clímax lúdico hay boletas? Tembloroso de emoción, subí las escaleras, me antecedió un inglés, al que le advirtieron que la marcha de los separatistas era a las cuatro de la tarde y el partido era a los ocho, entonces que se fuera desde las dos, pero que el estadio solo lo abrían a las seis. En fin, los obstáculos naturales que le pone la vida a uno para dificultar más la felicidad que está al alcance de nuestras manos, me dije sin titubear. El inglés, una vez recibió sus tiquetes, saltó literalmente de emoción y abrazó a su mujer que lo esperaba, sin identificar bien por qué tanta alegría y sin saber que ella no era su origen. Seguí yo, me senté y pregunté qué opciones tenía, me dijo: “Las más económicas, acá (señalándome un croquis del estadio), detrás del arco”, y agregó que los jugadores se ven como los muñequitos del PlayStation y que, además, no había plazas juntas. Check list, me dije. Pregunté

entonces la segunda opción más económica, me dijo: “Es de 239 euros cada una”. Rápidamente, en mi mente aparecieron los vestigios de matemáticas que me quedan:

$$239 \times 2 \times 3.600 = 1.720.800 \text{ pesos.}$$

Sin perder mi compostura, le agradecí su información y me excusé diciendo que debía consultar con mi mujer para tal decisión, él tuvo un gesto de compasión con una leve sonrisa. Lo que no sabía el catalán era que mi mona había profetizado que los terroristas iban a poner una bomba, que ni se me ocurría.

Bajé las escaleras realmente afligido, entendiendo por fin el concepto terrible de lo que es la puta pobreza, la de uno.



**Distribución y Comercialización**

**Distribution and Marketing**

Universidad Santiago de Cali

Publicaciones / Editorial USC

Bloque 7 - Piso 5

Calle 5 No. 62 - 00

Tel: (57+) (2+) 518 3000

Ext. 323 - 324 - 414

editor@usc.edu.co

publica@usc.edu.co

Cali, Valle del Cauca

Colombia

Se terminó de imprimir en octubre,

en los talleres de

Artes Gráficas del Valle S.A.S.

Cali - Colombia 2021.

Fue publicado por la Facultad de Educación de

la Universidad Santiago de Cali.